MASTER NEGATIVE
NO. 93-81664-1

MICROFILMED 1993

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES/NEW YORK

as part of the
"Foundations of Western Civilization Preservation Project"

Funded by the
NATIONAL ENDOWMENT FOR THE HUMANITIES

Reproductions may not be made without permission from
Columbia University Library

COPYRIGHT STATEMENT

The copyright law of the United States - Title 17, United States Code - concerns the making of photocopies or other reproductions of copyrighted material.

Under certain conditions specified in the law, libraries and archives are authorized to furnish a photocopy or other reproduction. One of these specified conditions is that the photocopy or other reproduction is not to be "used for any purpose other than private study, scholarship, or research." If a user makes a request for, or later uses, a photocopy or reproduction for purposes in excess of "fair use," that user may be liable for copyright infringement.

This institution reserves the right to refuse to accept a copy order if, in its judgement, fulfillment of the order would involve violation of the copyright law.

AUTHOR:

DEGETAU Y GONZALEZ, FEDERICO

TITLE:

CUENTOS

PLACE:

MADRID

DATE:

1894

Master Negative #

93-81664-1

COLUMBIA UNIVERSITY LIBRARIES
PRESERVATION DEPARTMENT

BIBLIOGRAPHIC MICROFORM TARGET

Original Material as Filmed - Existing Bibliographic Record

86D36
I

Degetau y González, Federico, 1862–1914.

... Cuentos. Para el viaje. Madrid [A. Avrial, impresor] 1894.

237 p., 1 l. 17½cm.

CONTENTS.—Dedicatoria.—La injuria.—Corriente eléctrica.—El principio de autoridad.—Los hijos del bailarín.—Silvia.—¡¡A ese!! ¡¡A ese!!—Del vagón á la celda.—El hada de las excursiones.—El sueño de las vírgenes.—Palote y la montaña.—Sueño de oro.—El almohadón de la marquesa.—¡Buenas noches!

1. Title.

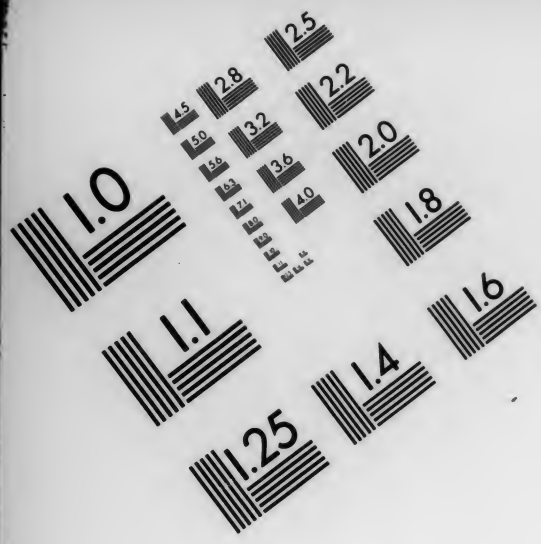
1–17212

Library of Congress PQ7439.D4P2

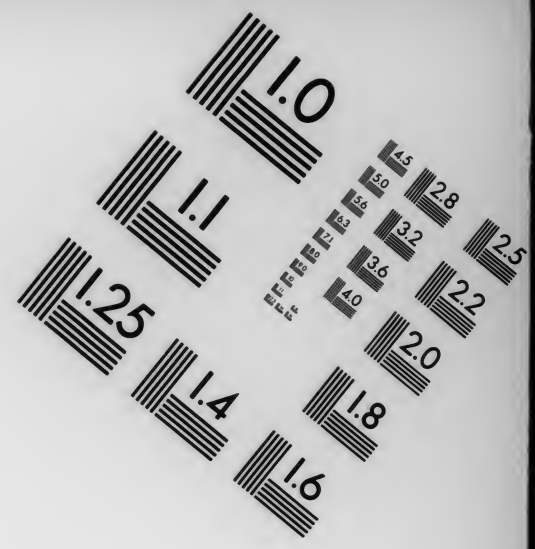
Restrictions on Use:

TECHNICAL MICROFORM DATA

FILM SIZE: 35mm REDUCTION RATIO: 9x
IMAGE PLACEMENT: IA (IIA) IB IIB
DATE FILMED: 8.11.93 INITIALS SS
FILMED BY: RESEARCH PUBLICATIONS, INC WOODBRIDGE, CT

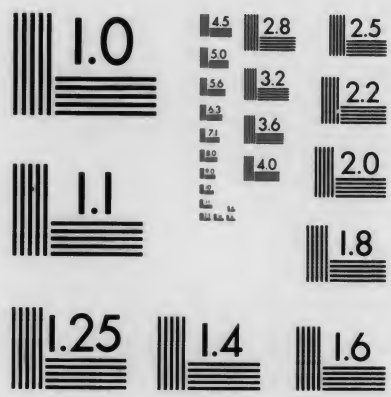


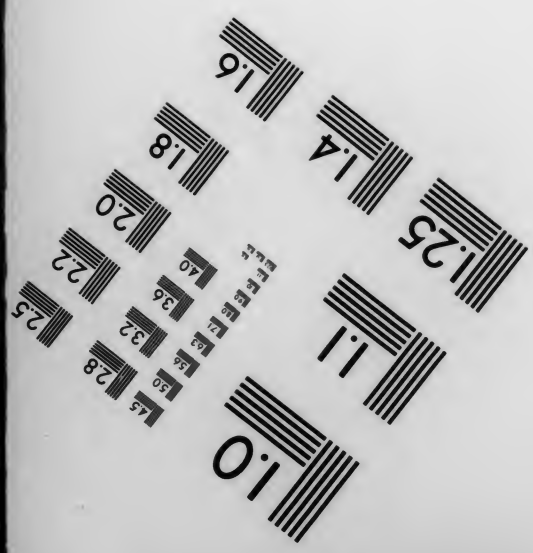
Association for Information and Image Management
1100 Wayne Avenue, Suite 1100
Silver Spring, Maryland 20910
301/587-8202

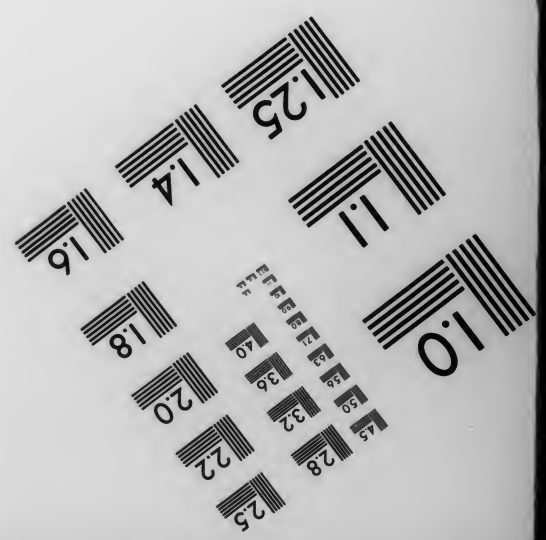


Centimeter

Inches







MANUFACTURED TO AIIM STANDARDS
BY APPLIED IMAGE, INC.

86D36 I

Columbia University
in the City of New York
Library

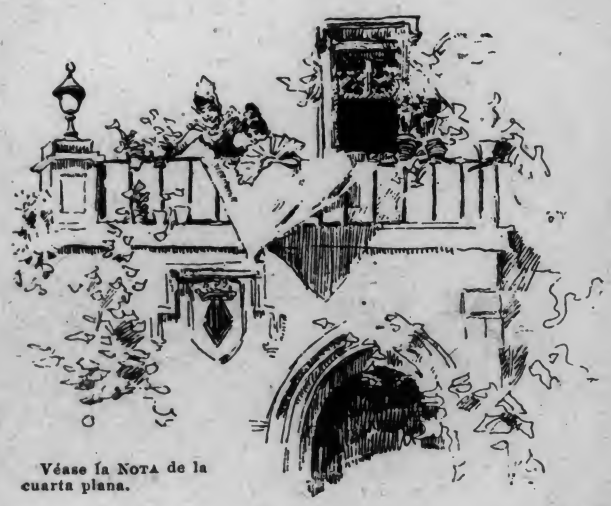
GIVEN BY

Prof. N. M. Butler

PEGETAU Y GONZÁLEZ.

Cuentos.

Para el viaje



Véase la NOTA de la cuarta plana.

Cuentos.

Para el Viaje.

Pegetau y González.

Cuentos.

Para el viaje

MADRID
MDCCCXCIV

Este libro es propiedad de su autor. Los ejemplares de la presente edición van numerados y rubricados.

Ejemp. n.º 01153

AGUSTÍN AVRIAL, Impresor.—*S. Bernardo, 92.*
Teléfono núm. 3.074.

JUL 1 1901 Rec. N. M. Butler MAR 21 1902 62530

DEDICATORIA

A * .....

No quiero que nos separemos cuando, al impulso de la locomotora, choquen los topes, y deslizándose rápido sobre los «rails» desaparezca el tren en lontananza. Quiero que, juntas y unidas como las dos mitades de una almendra, sigan nuestras almas,

* Al público no le interesa el nombre. Pero si deseas, lector, que no quede en blanco esa línea escribe en ella el de la mujer que haya ennoblecido tu vida ofreciendo horizontes más puros y más dilatados á tus sentimientos y á tus ideas.

311037

y con este anhelo vehementísimo busco un talismán que te lleve, con mi recuerdo, los latidos de mi corazón.

No podría realizar ese prodigio un magnífico brillante puesto en tu anular, destellando esplendideces, tampoco una elegantísima «bonbonnière» provista de coquetonas menudencias, tan gratas á la vista como al paladar, ni siquiera un ramo de flores de aromas y colores tan delicados, como de escasa duración; que no he de confiar á cosas tan efímeras la misión de acercar mi espíritu al que lo ha inundado con sus efluvios delicadísimos.

¡Un libro! Eso es. Pero un libro formado además con estos

Cuentos

Para el Viaje,

con estas páginas, que han sido pensadas y sentidas bajo tu dulce inspiración.

Así, al levantar los ojos y mirar un segundo por la ventanilla de tu tapizado vagón, — convertido en estuche por la magia de tus encantos, — si te parece que mientras eres tú la que permanece en tu puesto, todo corre y todo vuela y todo pasa, y yo con todo; las hojas que siguen, desvanecerán esa penosa ficción. Ellas

irán á decirte en cada línea, en cada palabra, en cada sílaba y en cada letra, que todo puede pasar menos los lazos morales que á ti me unen tan estrechamente, que siendo tú la que en alas del vapor corre sobre el terraplén que los ingenieros nivelaron en la llanura, y la que vuela por el puente que tendieron sobre el río, y la que salva las «agujas» que clavaron en el seno mismo de la sierra, dondequiera que estés y dondequiera que vayas, te acompaña siempre el pensamiento mío.

Madrid y Abril del 94.

LA INJURIA

I

La fotografía, si tiene sus inexactitudes y deficiencias, tiene también sus maravillas. ¡Cómo alcanzar con la pluma la minuciosa determinacion de los rasgos que ofrecen á la luz los cuerpos, y que una placa de gelatina archiva con toda su prolijidad!

Yo admiro á esos grandes fotógrafos de la palabra, que, con una paciencia inagotable, saben mantener su atención sobre cada uno de los detalles que les presenta, ordenadamente, aquello que se proponen describir. Pero si esto me produce admiración por la labor que representa, por el esfuerzo gigantesco que supone mantener toda la ac-

tividad sorda á las excitaciones del espíritu, que pugna por sublevarse y distraerse de la tarea que le ha sido impuesta, declaro que admiro muchísimo más á esos otros artistas que han sabido apoderarse de la significación, del alma de las cosas, y las colocan ante los ojos del lector con toda su fuerza, con toda su energía interna, con tal vigor y trascendencia tal, que parece que el secreto de cada ser se revela á nosotros por la intervención de esas grandes genialidades, traduciéndose en nuestros pensamientos y en nuestros actos, como formando parte de la vida que, á partir de aquella impresión, hemos de manifestar, de desenvolver, de realizar.

Ver un montón de piedras que han permanecido un siglo y otro en su puesto, guardando fieles, ya el dintel que el arquitecto heleno construyó cientos de años antes de que el Cristo pronunciara el Sermón del Monte; ya el arco que el artífice romano dibujó en el cielo para glorificar grandezas terrenas. Recibir en la retina la impresión de un paisaje, ora contemplado al despertar y levantarse de una mañana de primavera, con todas las fascinaciones de las hojas frescas y jugosas, de los brotes á medio abrir, de la vida que se irradia y se difunde; ora sorprendido entre las audacias infinitas de ese gran colorista, el sol poniente, al adormecerse y declinar de una tarde de otoño, con toda la melancolía de las hojas caídas sobre el menudo césped, de las ramas desnudas que, como índices suplicantes, se elevan al cielo en la plegaria silenciosa de nuevos días de calor y de luz, sufriendo resignadas la frialdad implacable de la helada, con el misterio profundo de la vida que cesa y se recoge, para elaborar en su propio seno, aparentemente muerto, nuevos brotes, nuevas ramas, nuevas hojas jugosas, nueva semilla, nuevas flores y nuevos frutos, cuando vuelvan esos días de calor y de luz de la plegaria muda. Acercarse al abrupto acantilado de la costa y admirar cómo la ola gigantesca, con su cresta de hirviente espuma, álzase al infinito, al encuentro del cielo, que baja en nubes negras y pesadas, produciéndose esa conjunción extraordinaria y monstruosa, esa convulsión inmensa de la naturaleza—la tempes-

tad—que en el seno de sus tenebrosidades tiene iluminaciones como el rayo y besos como el trueno, para engendrar en aquel momento terrible de sublime expansión la mañana siguiente: el espectáculo dulce y apacible que se desenvuelve en el oleaje suave de las ondulaciones azuladas, cubiertas por el encaje purísimo de su plateada espuma, viniendo á lamer tranquilamente la dorada arena de la playa.

Y viendo todo esto, poder llevar al ánimo del lector el alma, la vida de estas cosas, ¿no es una facultad, un poder, un don, maravilloso y envidiable?

Luego, á medida que la dificultad sube de punto, multiplícase la envidia.

No es ya el esqueleto adintelado ó las ruinas del arco, ni el paisaje, ni la marina, el motivo de una impresión viva y profunda. Es una causa más cercana, más directa todavía; es el alma humana misma lo que os atrae y encanta, algo tan vulgar y al mismo tiempo tan santo como una confesión espontánea, en que late todo el pasado de una vida; una historia más humilde, más modesta y más sencilla tal vez, que la que cuen-

tan los históricos sillares, y en la que hay mañanas de juventud irradiando vida, tardes de otoño perfumadas por melancolías profundas, y tempestades hondas provocadas en un espíritu, por la brutal expansión de las fuerzas ciegas de la vida social. Todo ello desenvolviéndose en una conversación agradable y tranquila, como el oleaje, que en los días serenos, besa apacible la arena de la playa.

Y decidme: ¿cómo no he de envidiar yo ahora ese don maravilloso?

Pero no quiero cansar con más digresiones la atención del lector. Si el detalle me distrae y no sé hacer la fotografía, si la inspiración me falta y no sé hacer la pintura, que su indulgencia me acompañe: que es preciso, para que la humana labor se realice, que alcancen las excelencias de los unos donde lleguen las deficiencias de los otros.

Al relato, pues.

II

Es mi vecino, el dueño de la *Villa* de enfrente, un hombre laborioso que en el comercio de lanas ha hecho su fortuna. A esta ocupación—me habían dicho—ha dedicado todo su tiempo. No se ha mezclado nunca en política, porque reconoce todas las instituciones en cuanto se le presentan acuñadas en una moneda de ley; constituye su religión, el culto al dinero.

Estos informes, cuya exactitud todo parecía confirmar, no me lo hicieron simpático. Así es que resultaban exagerados á mis ojos, su aire reposado y reflexivo (que interpretaba como indiferente para los otros y calculador para las cifras del provecho personal), su abdomen un tanto prominente, su cabeza calva y sus manos grandes y callosas. Detalles todos que, bajo la impresión de tales noticias, parecían justificar

mi antipatía, en el veleidoso sentir de esas impresiones fugaces que á diario recibimos y aceptamos sin ulterior reflexión, ya por una especie de desidia mental, ya por la dificultad de analizarlas todas, quedando en la obscuridad del sentir indefinido, donde la malicia enciende no pocas veces la linterna sorda de la suspicacia, para guiarse por los recodos que los rayos del claro entender dejaron en la sombra.

Por estas razones, antes de anoche, al encontrarlo en casa de Angela, la espiritual duquesa de Altocielo, no me sentí agradado por la idea de la presentación oficial, teniendo que encerrarme en los fríos moldes de la cortesía, para comprimir los aleteos de prejuicios que me revoloteaban por la imaginación, cuando el Sr. Hernán del Fresno —que así se llama—me dirigió con su saludo una afable sonrisa.

Pero la duquesa, que es un lince, viendo con sorprendente claridad lo que pasaba en mí, quiso cambiar mis impresiones, y al presentarnos, haciéndonos sentar junto á ella, dió seguidamente con el tema de conversación que al vecino y á mí había de

sernos interesante y simpático. Quiso que habláramos de la educación de la infancia, y tan por completo logró sus deseos, que antes de que yo me diera cuenta del tiempo transcurrido, advertí que había llegado la hora de despedirme, sin que nuestra charla hubiera perdido un ápice de su interés, y sin que se me ocurriera rehusar la invitación de mi nuevo amigo, para que fuese á continuarla hoy en su casa, tomando con él una taza de té, ya que el cansancio de un viaje me obligaba á retirarme temprano.

Ahora vengo de allí. El vecino me ha hablado de su vida de trabajo, haciéndome á pedazos su historia; de sus ideas, revelándome á sacudidas el fondo de su conciencia; de sus sentimientos, abriéndome de par en par su corazón: todo ello con un desorden y una sinceridad encantadores.

No trataré de repetir servilmente ni sus frases ni sus giros: no intentaré *fonografiar* nuestra entrevista, ante el temor que me asalta, de no acertar á transmitir al lector *lo que me dijo,* por atender al trivial prurito de *calcar* su manera de decirlo.

III

—Estas cosas de la educación me interesan tanto—me decía él con sus palabras y á su modo—porque tengo un hijo en el que se cifran y compendian todos mis anhelos, mi vida toda. Por él acaricio las aspiraciones más altas que he podido concebir, por él aliento la ambición loca de ser padre de un gran artista.

Pero para que V. me comprenda, es preciso que conozca algo de mi vida.

Nací yo en una de las más pobres comarcas de Castilla. Siendo niño, llevóme consigo á Valladolid un canónigo, hermano de mi madre, con el propósito de hacerme cursar la carrera de leyes. Y, ¡qué rara es la vida!; yo, que no llegué siquiera á concluir el bachillerato, recibí de mi tío, contra su

voluntad, ó por lo menos contra sus deseos concretos, beneficios mucho mayores. Mi tío tenía un libro, la Biblia, que llegó á ser mi pasión, una pasión ilícita, porque era el latín, la geografía y las matemáticas lo que yo debía amar.

Como un sueño, recuerdo mis lecturas de contrabando á la luz que se filtraba por el vidrio de una ventanucha cuadrada y chiquitina, encerrado en el más escondido lugar de la casa, donde lo olvidaba todo, absolutamente todo, como si los sentidos no existieran en mí para la realidad material, y sí sólo, para las imágenes que mi fantasía iba ofreciéndome. Las paredes de la estrecha habitación en que me encerraba, rompíanse como por encanto, y sentíame en medio de las tenebrosidades del caos, cuando el *¡Fiat lux!* sonaba en las alturas, y correteaba anhelante por el paraíso del deleite, y seguía á Adán en su expulsión, y á Caín en en el eterno destierro de sus remordimientos, y navegaba con Noé por la inmensidad de las aguas, y peregrinaba con Abraham, contemplando en el horizonte el llamear gigantesco de las ciudades incendiadas por la

ira de Jehová, y ayudándole á llevar la leña del sacrificio, ascendía con Isaac al monte en la tierra de Visión, y bajaba con José á la cisterna, y le acompañaba á Egipto, y entraba allí con él, en la cárcel primero, en el palacio de los Faraones después, para salir de la tierra del Nilo, con Moisés y Aarón, en pos de la columna «de nube y de fuego», hasta el Sinaí, á recibir las Tablas de la Ley. Y si al fulgurar del rayo en lo alto, recibía en mis ojos una impresión deslumbrante por lo intensa, á la dulce claridad del Calvario sentíame inundado de un inefable bienestar, y veía mi vida semejante al sendero del justo, que, al decir de Salomón, se ensancha, como la alborada, á medida que avanza hasta llegar á la perfección del mediodía.

Pero la realidad tiene sus exigencias y sus imposiciones, y las largas horas que pasaba con los libritos de texto, abiertos ante mis ojos distraídos, en una infructuosa tarea, trajeron sobre mí esta sentencia de mi tío, encerrada en una carta á mi padre:

«...El chico es bueno como un angelote de la catedral; pero no tiene cabeza para los estudios, así es que te lo devuelvo, re-

nunciando á mi propósito de hacer de él un sabio jurisconsulto...»

Y de este modo vine á encontrarme de nuevo en mi pueblo, gozando de las comodidades que nos prestaba el mediano bienestar de mi padre, rodeado de una masa de infelices que sufrían las inclemencias de la miseria más espantosa. Mi padre era un ricacho en el pueblo, ¡pero qué riqueza!: un pradito del tamaño de este jardín, quinientas ovejas y dos ó tres pares de mulas.

Teníamos pastores. ¿Sabe V. lo que ganaban aquellos infelices? Pues lo que ganan hoy mismo en muchísimas regiones de Castilla. Luchaban todo el día con el vendaval, con la lluvia y con la nieve, por el alimento (unas patatas guisadas por la mañana, un pedazo de pan negro y un plato de rancho á la noche), por las abarcas, y por quince reales al año.

Los convenios se hacían por un número de anualidades determinadas. Era preciso sujetar el siervo á la gleba; remachar bien los eslabones de la cadena del esclavo.

En todo el pueblo no llegaba á media docena el número de construcciones que merecieran el nombre de casas. Tener una vivienda que se levantara sobre el suelo, era para aquellos campesinos un sueño irrealizable. ¿Sabe V. lo que son los *silos* de los pobres? Pues en esos agujeros, en esas cuevas insalubres á las cuales bajaban para dormir, se albergaban algunas horas contra la ventisca helada.

Un día me encontré huérfano, y una idea fija se presentó como una obsesión á mi mente. Era preciso que yo transformara aquello, de modo que la civilización no fuese una palabra sin eco en los valles escondidos donde vine al mundo, y adonde el mundo me devolvió. No, pudiendo, como Moisés, llevar á los míos á la tierra de promisión, érame necesario transformar el riachuelo cenagoso de la aldea en otro Jordán, símbolo á mis ojos de las comodidades y el bienestar para aquellos desventurados.

A esa obra dediqué mis energías, mis esfuerzos, mis aspiraciones, mi juventud entera. Emprendí el comercio de la lana; púsele en las grandes poblaciones. Abrí un camino que no existía para facilitar el tráfico, y, ya hombre, aprendí el francés y el inglés, y á

Francia traje, y á Inglaterra envié, los largos y rizosos vellones de nuestros merinos.

Así he conseguido realizar el ideal de mi juventud. Mi pueblo tiene hoy sus casas de ladrillo y piedra; mis convecinos gozan de una holgura mayor que la que disfrutó mi pobre padre. De mis pastores, el que gana menos, bien alimentado y bien calzado, tiene un duro al mes. ¡Una miseria si V. quiere! Una riqueza para ellos.

Esta es mi obra.

Para realizarla, lo sacrifiqué todo. Cuando la empezaba, el amor llamó á mi puerta con su manecita sonrosada; yo luché, luché contra sus molicies y sus encantos; renuncié á la alegría y á la dicha de un hogar, porque me parecía que esa satisfacción podía ser un obstáculo á mi empeño de edificar hogares para los demás. Pero la vida tiene sus leyes, á las que no es posible sustraerse. Tuve un hijo, y al tenerlo, cuando la muerte de la que me lo trajo en sus entrañas me hizo comprender mi error, era demasiado tarde para constituir legalmente una familia. Mi hijo, legítimo por mi declaración, nació

fuera de la ley de los hombres, en cumplimiento de una ley de Dios.

Entonces, nuevos problemas vinieron á complicar mi vida; la crianza de mi hijo primero y su educación después, han sido y son dos grandes preocupaciones para mí. Ellas, á pesar de todo, no me han apartado de mi obra, en la que he seguido trabajando con fe y con perseverancia un día tras otro. Ni el cansancio de los años ha rendido mi espíritu, ni los achaques han debilitado mi voluntad; pero ya casi al fin de mi vida, comprendo que todo el bien que he podido hacer, ha sido bien poco.

Todos los servicios que yo he podido prestar á los demás han sido servicios materiales, que me han sembrado de gratitudes la vida, pero que apenas han mejorado á los mismos que los han recibido.

Cuando veo arraigados en un alma errores profundos ó sentimientos injustos, lo daría todo por llegar al fondo de aquel espíritu y extirpar allí el daño. Por eso y para eso sueño con que mi hijo sea un gran artista.

IV

¿Sabe V. lo que me pasó la otra noche, después de su marcha, en casa de la Duquesa?

Perezuelo, que, según se dijo allí, había perdido en el Casino, al llegar y encontrarse conmigo, pareció querer desquitarse de algún modo, haciendo un chiste sangriento á costa mía.

Me preguntó, en plena reunión, cuánto podía valer un colchón de la mejor lana para una cama *de matrimonio*. Yo me limité á responderle que no lo sabía. Una tontería que me pondría más en ridículo, si V. quiere, pero entre el miedo al ridículo y el temor de hacer un daño innecesario; entre quedar aparentemente mal á los ojos de los demás, y quedar realmente mal á los de mi conciencia—la compañera inseparable que me

alienta en mis abatimientos, que me consuela en mis tristezas y que me proporciona mis más puras é intensas alegrías—no había para mí duda ni vacilación posible.

Pero Angela, que si es inteligente y buena, es impetuosa como ella sola, se apresuró á contestar á Perezuelo.

—Yo os podré responder mejor—le dijo—porque el valor de un colchón, más que de la clase de su lana y de sus dimensiones, depende del hombre que lo usa. Mr. Irving, ese patriota americano que habéis conocido aquí, ha pagado cuatro mil duros por un modesto colchoncillo en que descansó un leñador que se llamó Washington. Si intentáis vender algunos de los vuestros, tratad de no ser tan exigente, porque estos precios no se pagan todos los días.

Al chasquido del latigazo, fué Perezuelo á esconder su vergüenza en un rincón.

¿Y sabe V. lo que yo sentía en aquel momento? Gratitud hacia mi noble amiga, que en su mundana inocencia creía haber venido en mi socorro, y tristeza, una tristeza profunda, al ver un hombre confundido,

aniquilado, abofeteado, por la ironía de una mujer.

Cuando me retiraba á casa, un mundo de consideraciones se despertaban en mi espíritu ante aquella justicia del azar, que tan duramente castigaba á Perezuelo por el crimen de emplear en la injuria esa chispa divina que Dios encendió en las circunvoluciones del cerebro—la inteligencia humana—para iluminar la vida con las esplendorosas claridades del bien.

Perecíame estar ante un fenómeno inexplicable. Porque si la suerte avara con él, no ha querido dotarle con la idea del respeto á sí mismo; porque si las molicies ociosas y afeminadas que brillan en el cosmético de sus alisados cabellos, y se sienten en sus perfumes exquisitos, y se ostentan en las exageradas *elegancias* de sus trajes—cortados por la tijera de la veleidosa moda—han absorbido todo el jugo de su alma dejándole vacío por dentro; porque si en tal situación ha quedado como la vela hueca de la ligera nave que á los azares del viento debe la impulsión de su marcha, sin la fuerza propia, interna, del vapor, que traza en el agua,

con las ondulaciones del movible medio, la raya ideal dibujada antes en el plano; porque aun siendo así, debía quedarle en la frivolidad de tal condición moral, una brújula que le sirviese para orientarse, y aun sumido en las incertidumbres del que para regir sus actos sólo cuenta con el impulso inseguro de lo que las gentes pensarán, debía al menos detenerle el temor de sembrarse de escollos su camino, al entregarse á la tarea de hacerse odioso á lo demás.

Y los demás, ¿por qué toleran la injuria?

Dos formas de expresión tiene la voluntad social, como dos modos de actuar tiene la naturaleza. Unidos ambos entre sí en una misma ley de común existencia, como unidos entre sí están por una misma interna y profunda relación, la hoja que amarilleando en la planta es arrancada por la violenta racha, y cae al suelo, y perdiendo su flexibilidad se convierte en ligerísimo polvo, y el hilacho blanco de raíz, que, cual un ávido gusano, escarba en silencio la tierra en busca de los jugos del mantillo, que nutren, allá en la redonda copa, los apretados racimos de sabroso fruto. Esas dos formas

de actuar que en la sociedad corresponden á la tempestad y á la calma en la naturaleza, laboran siempre y de continuo sobre el espíritu de cada uno de nosotros. En las grandes sacudidas, cuando la fuerza ciega se desencadena con energías irresistibles, locas, el hombre átomo se ve arrebatado, envuelto, arrastrado por el torbellino. Esta es la tempestad humana: la que aniquila ó crea en un instante.

Al lado de ella está la calma social, esa acción continua de cada minuto, de cada segundo, en que la atmósfera de todos pesa sobre cada uno, viniendo á producir y á determinar resultados personalísimos, la brisa perfumada que orea el jardín vecino, el aire viciado que aspiramos en el lujoso café, el oxígeno excitante de los bosques inmediatos, el traidor ácido carbónico que se desprende de las escondidas brasas, cubiertas de ceniza, y el que sale confundido en las porciones de oxígeno que al calor de la vida exhala cada pecho. Todo eso tan de antiguo conocido y que hoy un naturalista llamaría la influencia del medio y un filósofo la tutela social.

Y esas energías que se manifiestan, ya impetuosas y ciegas, ya calmadas y reflexivas, cooperando á generar en síntesis suprema el bien social, ¿cómo no se evidencian con mayores y más vivas señales ante ese mal terrible; la injuria?

Preséntase una epidemia, llámese cólera, llámese viruela, llámese tifus, y hay pueblos enteros en los cuales la tempestad del miedo se desata. Huyen unos desolados, sembrando en cuantos encuentran el contagio de su pavor, sin medir el daño que á los demás infieren, y el grito de los primeros atemorizados siembra el espanto, y todo es desorden y confusión. El terror multiplica las víctimas, en el hombre asoma la fiera, y cuando la tempestad ha pasado y vuelve la calma á la masa, y se oye á los que piensan, viene la higiene á encargarse de sanear, de purificar, de mejorar en lo posible, las condiciones de la existencia material, infiltrando sus máximas, sus preceptos, sus advertencias por todas partes. Y la sociedad, en su sacudida y en las horas siguientes normales de su existencia, evita y combate por diferentes medios el cólera, la viruela ó el tifus.

Y ante la injuria, ¿qué hace? ¿Por qué se cruza de brazos con tan punible abandono? Pues qué, ¿es menos dañoso un injuriador que un colérico, un tifoideo ó un varioloso? ¿Qué epidemia ha ocasionado tantos estragos como la injuria?

Cierto es que hemos progresado, cierto que la injuria grosera—fíjese V. bien, la *burdamente* inferida—se considera entre las gentes de mediana cultura como cosa antipática y repulsiva; pero aún no ha llegado á despertar en las conciencias un sentimiento de horror esa misma agresión moral, cuando se comete con destreza, con ingenio, con elegancia y con gracia, como si el envenenamiento perdiera su carácter odioso, detestable, cuando se administrara con los arteros refinamientos de los Borgias y los Médicis.

V

Estas cosas venía reflexionando, cuando sentí que el coche se detenía á la puerta.

El criado, al abrir, me anunció que Rodríguez había venido y que me estaba esperando, porque que tenía que hablarme de un asunto urgente.

Rodríguez es íntimo de Perezuelo y mío. Así es que supuse que su visita estaba relacionada con lo ocurrido en casa de la Duquesa. La oficiosidad del pobre Rodríguez confirmaba su afecto por su amigo.

Pero ¿qué querría decirme, ni qué intervención era aquélla? Confieso que no comprendía lo que pasaba.

Cuando entré en mi despacho, Rodríguez se dirigió á mí con un aire desolado.

—Perdone lo inoportuno de esta visita.

¡Pero es tan urgente y tan grave el asunto! Vengo por Perezuelo. Créame V. El es, en el fondo, un hombre honrado. Es majadero, impetuoso, ¡todo lo que V. quiera!, pero no es un perdido. Y luego, si la cuestión es para él de vida ó muerte, para V. no tiene importancia ninguna. Al separarnos le he dicho: «Cuenta que es cosa arreglada.» A él le avergonzaba venir personalmente. «Yo iré, le ofrecí, y antes de media hora tendrás resuelto el conflicto.»—«Si dentro de media hora no tengo noticias tuyas, me respondió, es que no hay para mí salvación posible.» Y aun á riesgo de que él creyera que no había podido hacer nada, no he querido moverme de aquí hasta hablar con V. y poder contestarle algo concreto.

—Cálmese—le dije á Rodríguez.—No sin razón pensaba V. que eso no tiene para mí importancia ninguna. V. me dirá en qué forma puedo servir á su amigo.

—¿La forma?—exclamó Rodríguez sorprendido.—Pues... él le hará á V. un pagaré...

—¿Un pagaré...?—repetí yo más sorprendido todavía.

—Sí, señor; un pagaré por los tres mil duros.

Entonces comprendí el *quid pro quo*. Me dirigí á la caja, tomé la cantidad, y, entregándosela, me limité á preguntarle:

—¿Desde qué hora le está aguardando Perezuelo?

—Desde las diez—me respondió.—Como no quería dejarlo solo en el estado de exaltación en que se encontraba, lo cité en casa de la Duquesa. Allí me estará esperando, y no es misericordioso prolongar más sus angustias. Así es que me voy.

Y Rodríguez salió precipitadamente.

Su visita vino á explicarme lo ocurrido. Perezuelo, cuando se separó de él, fué al casino, arrastrado por esas alucinaciones del juego que les hace poner siempre á sus siervos en la última moneda su esperanza más firme; y se imaginó que, mientras perdía allí sus últimos billetes, con los cuales fué en busca de la quimérica revancha, su amigo me había hablado ya, y que yo conociendo toda la extensión de su desastre, me había negado á servirle. Y era el despecho lo que le hizo dispararse contra mí á ciegas.

Esta mañana ha estado aquí con Rodríguez. Renuncio á describirle la escena. Sus lágrimas de arrepentimiento, sus propósitos de enmienda, la espiral entera de proyectos para mejorarse, que iba saliendo de sus labios, todo lo cual me hubiera sido tan grato, lo ha nublado la frase con que se despidió.

—Lo que deseo—le decía yo—es que esto le sirva para no volver á injuriar á nadie.

—Le juro á V.—me contestó—que no volveré á incurrir en una *ligereza* semejante.

Como V. ve, no nos entendíamos, á pesar de mis buenos deseos. Para él, la injuria que me dirigió era una *ligereza* en que había incurrido, de la cual no se le hubiera, por lo visto, ocurrido arrepentirse, si una travesura del azar no llega á convertir en salvador de su vergüenza, al mismo á quien trató de avergonzar. ¡Como si la injuria, radicando en la intención dañina, hija de la voluntad dañada, no fuera más execrable á medida que se infiriera de un modo más deliberado!

Y es que hasta tal punto desconoce los vínculos que á los demás le ligan, que no se

da cuenta de que en la agresión que lastima el alma, como en la que hiere el cuerpo, la premeditación, al afirmar el propósito de delinquir, agrava el delito, cuanto agrava la maldad del que lo ejecuta.

VI

Ahora que sabe cómo pienso y cómo siento, ¿comprende V. por qué sueño con que mi hijo sea un gran artista?—me decía el Sr. Hernán del Fresno, resumiendo nuestra conversación.—Porque á los grandes artistas está reservado llegar al alma y desarraigar de ella la cizaña y la ortiga salvajes, para convertirla en vivero de inestimables bienes, mejorando la vida, al trocar, por la eficacia de su labor, la rama de aceradas espinas, en ramo de hermosas flores que perfuman y embellecen la existencia, con sus múltiples pétalos, de aromas suaves y matices delicados.

A la expresión de este deseo, noble y generoso, de mi vecino, que compendiaba sus anhelos más vivos, sólo pude contestar:

—Señor, dirija sus esfuerzos á que su hijo

sea como V. Si el genio le falta para llegar á las grandes alturas del arte, será siempre un bienhechor. V., que sólo cree haber hecho favores materiales, acaba de dispensarme un gran bien moral.

¡Gracias, amigo mío!

Chalet *Consuelo.*—Biarritz, Septiembre del 93.

CORRIENTE ELÉCTRICA

A mi implacable adversario, y respetable y muy querido amigo, el Sr. Marqués de Bogaraya.

> Todos los escritores, buenos ó malos, labran su capullo: unos mueren en él, otros escapan convertidos en seres alados. Para unos, su propio trabajo es una tumba; para otros, la cuna en que se preparan á renacer en la inmortalidad. Pero ¿puede haber nada más respetable que ese paciente trabajo de meditación y de estudio?—(ZAHONERO.—*Zig Zag*, páginas III y IV.)

I

¡CORRIENTE transmisora del verbo, revélame tu secreto! Sí: es preciso que yo descubra, el mágico resorte que despierte en el fondo de su corazón, vibraciones profundas é ignoradas!

Así pensaba Guillermo, cuando, después de comprimir el botoncito de la puerta, oyó,

allá en las entrañas de la casa, el repiqueteo nervioso y rápido del timbre que anunciaba su presencia.

Iba profundamente agitado y conmovido. No había tenido siquiera una mirada para el portero de patillas largas y abundosas, que, gorra en mano, le abrió la vitrina del zaguán, ni para la soberbia escalera de veteado mármol, cubierta por rica alfombra encarnada, ni para su propia imagen que, al reflejarse en el espejo de la meseta, poníale delante la palidez de su rostro y el brillo febril de su mirada.

En aquel momento no pensaba más que en Diana, la condesa, aquella joven encantadora de cabellos rubios, cuyos hermosos ojos, velados por negras pestañas, brillaban con titilaciones de estrella.

Durante muchos días había mantenido consigo mismo una lucha titánica. Había comparado su situación de artista del pensamiento, es decir, de artista pobre, con la de ella, la rica heredera, y su dignidad había puesto un veto á los anhelos de su corazón, porque hay algo más severo que el orgullo de la riqueza: la modestia de la honradez.

Y pretextando que sus estudios y sus trabajos le embargaban el tiempo, había suspendido sus visitas á aquella casa.

Pero el amor, que representa en la vida lo que el éter en la Naturaleza, estaba en todo y por encima de todo. Y el amor lo arrastraba, imponiéndole la necesidad invencible de revelarle de una vez sus sentimientos, de proponerle que renunciase á todo aquel lujo y á toda aquella fastuosidad, para seguirle á su alegre cuartito, lleno de sol y de luz, á ser allí la musa inspiradora, la inseparable y dulce compañera. ¡Ah! Pero ¿respondería ella al llamamiento de aquella voz enamorada? ¿Acertaría él á tocar el timbre misterioso que había de repercutir en el seno de la diosa-musa?

Lo ignoraba. Un íntimo presentimiento halagaba su sueño, alentando sus desfallecimientos con la idea de que Diana lo dejaría todo por él; pero en seguida, la sola consideración de las costumbres adquiridas y de las necesidades creadas por aquella vida de fausto y de opulencia, y los prejuicios y preocupaciones del mundo, que debían pesar sobre ella con decisivo in-

flujo, daban el carácter de una vana quimera, al idilio entre un artista pobre y una joven de tan alta posición social. Y al fin y á la postre, sólo quedaban en su ánimo la ansiedad y la duda. En la obscuridad de la noche, encerrado en su cuarto, encontraba, por toda respuesta á su mudo é incesante preguntar, las lucecitas vacilantes, de movibles contornos, que la fiebre formaba en lo hondo de su retina, y fatigado de aquellos signos ininteligibles, se dejaba guiar por la misteriosa impulsión que lo llevó hasta allí, y que le había hecho apretar aquel botón, que al ser comprimido, producía en las profundidades de la casa, un repiqueteo nervioso y rápido, á cuyo sonido un criado abrió la puerta.

II

—Hay que disculparlo, hijas: la amistad tiene sus fueros, pero la ciencia y el estudio...

—Nada, nada: no nos convencerá V., conde—dijo Pepita.—Se pone V. á leer esas cosas y resulta que no hay dos autores que estén de acuerdo. Lee V. á uno, y le demuestra que posee la verdad y que no hay más verdad que aquella; y lee V. luego á otro, y le prueba terminantemente lo contrario; y si se quema V. las pestañas leyendo á un tercero, el Evangelio mismo aparece en la obra del último, que impugna victoriosamente á los anteriores, y al fin y al cabo se queda V. sin saber á que atenerse. Mi padre lo dice con frecuencia. Cuando joven se dió á leer teorías de balística y de trayecto-

ria, y concluyó por dejar todos aquellos libracos y no aprender más que las ordenanzas.

—Tienes razón, hija mía. Tú estás en lo firme—apoyó sentenciosamente el viejo general.—Es lo que dijo en las Cortes mi amigo Sevillano, que no podía ver los libros porque una vez leyó dos que trataban de la misma materia, y uno decía que sí y otro que no. Y desde entonces, para no perder el tiempo, no volvió á leer en su vida (1).

—Hay que reconocer, sin embargo—dijo con tono reposado y afectuoso el padre de Diana—que, en medio del laberinto que forman las opiniones de los hombres de ciencia, merecen plácemes los que se dedi-

(1) Esta afirmación es rigurosamente histórica. Fué hecha por un ministro de Hacienda discutiendo con el diputado Sr. Ariaga, sobre el impuesto de consumos, en la sesión del día 30 de Diciembre de 1854. Dijo el ministro textualmente:

—Yo marcho siempre por el terreno del positivismo y de los hechos: por eso no he sido más aficionado á libros, porque una vez leí dos que trataban de la misma materia, y en uno se consideraban las cosas de un modo y en el otro del contrario. Entonces, señores, dije: —«No quiero gastar el tiempo, no quiero ocuparme de esto, pues no sé cuál de las dos doctrinas es la más cierta, en cuál de los dos libros se encuentra la verdad. (Véase el *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes*, núm. 47, pág. 1075.)

can con noble anhelo á buscar lo cierto, y consiguen siquiera orientarse en ese dédalo vertiginoso, formado por el trabajo de tanto pensador ilustre.

—¡Metafísica, pura metafísica, conde!—dijo el baroncito de Laca, que halló una coyuntura para disparar una galantería.—¿Hay pensamiento alguno de autor nacido, por ilustre que sea, que pueda compararse á la impresión que produce un *deshabillé* como la que lleva Diana esta tarde, vestida por una joven de su hermosura?

—Eso es muy lisonjero para mí—repuso ella.—Pero ¿qué tiene mi bata de particular? Ni ¿qué puede decirle un traje femenino á un escritor metido entre sus libros?

—¡Ah, señorita!—hubo de exclamar Guillermo.—Esa bata de seda está hablando desde que entré en abono de mi conducta.

—Veamos—dijo el de Laca estirándose los puños—veamos la *liaison* que existe entre la filosofía y la *toilette* de Diana. Explíquese V. Justifique la falta de galantería que implica el dejar la sociedad de estas señoritas por la de esos librotes.

—No aspiro á otra cosa. La tela de ese

vestido encantador, que revela el gusto de Diana, es la obra de un insecto...

—¿Nos va V. á referir la historia del gusano de seda que se envuelve en su capullo y se encierra allí días y más días, para salir convertido en mariposa y morir en seguida, dejando una infinidad de huevecillos de los que han de salir otros tantos gusanos, cada uno de los cuales ha de repetir la monótona historia de sus antecesores?—Preguntó sin tomar aliento el joven barón, luciendo de un golpe todos sus conocimientos en la materia.

—No era ese mi propósito—replicó Guillermo á su interruptor.—Dándolo por sabido, iba á decir que para mí la historia del pensamiento humano, por lo que á su producción se refiere, es esa misma del gusano de seda.

—¡Qué ocurrencia tan peregrina! Y nosotras, ¿qué papel hacemos en todo eso? ¿Y su justificación?—le interrumpió á su vez Pepita.

—¡Que se explique, que explique la frase! —dijo entonces Diana. Y tomando un aire festivamente parlamentario y grave, acompañó la exigencia con un movimiento agraciadísimo de su clásica, encantadora, testa.

Guillermo continuó:

—Tiene la vida vegetativa del hombre un parecido extraordinario con la del industrioso insecto mientras se arrastra éste en el primer período de su existencia, devorando hojas de morera. Pero llega un día en que el mísero acaricia un sueño que produce en lo íntimo de su ser la necesidad de amar algo bello, algo bueno. Y ese día siente la ambición de volar con alas de dorados reflejos, entre las flores hermosas que se alzan sobre los hierbajos y los secos terrones. Y ante esta revelación profunda, entra en el período de su elaboración personal. La crisis es larga y penosa. Es preciso trocar la gomosa emanación de su propio ser en un tejido armonioso de hilos brillantes que tengan los reflejos del oro, la suavidad de los pétalos, y en su extrema delgadez la flexibilidad y la resistencia de las fibras poderosas. Y empieza esa callada labor interna, que tiene el augusto silencio del templo y la majestuosa sencillez de la ple-

garia. ¡Cuántos perecen ahogados allá dentro, sin haber podido romper sus propias envolturas! Pero cuando se da la fuerza y la paciencia necesarias, entonces surge la mariposa, que luce un momento sus alas brillantísimas, y, por ley portentosa de su fecunda existencia, deja á su paso los huevecillos generadores de un nuevo enjambre de seres como él, que han de reproducir esa gloriosa vida de un instante, en cuyas entrañas palpita la eternidad de sus energías reproductoras. Esa es la historia del pensamiento. El escritor deja en cada inteligencia su ovulillo milagroso. Ovulillo que, perdido cuando cae entre los huecos helados de la pedantería, muere sin germinar en la orfandad del rayo luminoso á cuyo grato calor la vida se difunde y se realiza, y que, fecundado por su acción, se desarrolla en un nuevo ser capaz de rodearse de los hilos sutilísimos con que labra su capullo para morir en él ó para romperlo á tiempo, y volar ese brevísimo día en que ha de diseminar y extender á su vez la semilla genitiva de lo verdadero ó de lo bello.

—Pero ¿y su justificación? ¿Qué papel ha-

cemos nosotras en todo eso?—reclamó Pepita impaciente.

—Señorita—dijo Guillermo, volviéndose á ella, para fijar sus ojos después en los de Diana, que se clavaban en su alma como dos luces.—En esa alegoría son Vds. el rayo luminoso que origina el prodigio. No hay una aspiración generosa y desinteresada donde no hay una mujer que la inspire ó la sostenga con el calor suave de su afecto ó con los destellos de su recuerdo amado. El genio no se revela donde la atracción inmensa del amor no existe. Los eruditos que coleccionan ideas, no acertarán á hacerlas sensibles y hermosas, si su labor no late á impulsos de la ternura y del cariño. Son crisálidas que se condenan voluntariamente á eterna clausura, ordenando tras una vitrina, para resguardarlas del polvo de la vulgaridad, las perlas que el dolor ha producido en la vida, seres que se han sustraído á ella y no la han propagado; sacerdotes de la ciencia que se entregan al celibato en holocausto á la idea, no sus obreros que la humanizan, no sus artistas que la embellecen, no sus arquitectos que levantan esos gran-

des templos—hogares del espíritu, en que las adoramos. Sólo los guardianes encargados de velar la hermosura purísima con que las trabajó el obrero, con que las embelleció el el artista, con que las ordenó el sabio de ayer, para que el genio de mañana, impulsado por el aliento de la inspiración y enardecido por el amor, vaya, en alas de la vehemencia de su vida de un día, á hacerlas fecundas y fructíferas para las generaciones siguientes. Y ese aliento inspirador fulgura en el centellear de los ojos de una mujer, que dice al espíritu de un hombre aquello misterioso que al espíritu de Abderramán dijo su madre, y que le hizo fundar un reino en que las ciencias y las artes resplandecían; aquello misterioso que le dijo Beatriz al Dante y le llevó á conquistar un reino de gloria; aquello misterioso, señorita, que se escapa al historiador, cuando cristaliza y clasifica los hechos en las páginas de la historia, y al crítico cuando analiza y enumera las bellezas de una obra, si al mismo tiempo que historiador y crítico el juzgador no es un artista.

—¡Que se va V. de este mundo! ¿Y su justificación? ¿Por qué abandona V. nuestra sociedad por sus libros?—le interrumpió Pepita nuevamente.

—Porque yo tengo, señorita, la aspiración de la crisálida que se encierra en la obscuridad de su rincón persiguiendo su silencioso trabajo, con el temor profundo de que no he de llegar á realizarlo, redoblando á los impulsos de la ambición, mis esfuerzos por obtener esas alas que me permitan volar hasta Vds. las flores de delicados matices que se alzan por encima de los hierbajos y de los secos terrones, con el anhelo infinito de inspirar en alguien tal vez, un movimiento de honda simpatía, de irresistible atracción.

III

Diana, á quien Guillermo ya no se atrevía á mirar, sintió un calor vivo que coloreaba sus mejillas; y cuando el artista acabó la frase, dicha con apasionado acento, ella, turbada, sin darse bien cuenta de lo que hacía, comprimió un timbre que tenía cerca.

Presentóse un criado, y la joven condesa. al verlo inclinarse ante ella, esperando sus órdenes, con un violento esfuerzo para disimular su emoción, le dijo secamente:

—El té.

El criado se inclinó de nuevo y desapareció.

La corriente se había establecido. Las palabras vehementes del artista, que llegaban, con cadencias deliciosas, á sus orejitas encarnadas, habían hecho sonar el timbre misterioso en el fondo de su ser, con vibraciones rápidas, nerviosas, para ella misma hasta entonces ignoradas.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

I

Como en todas las redacciones, recibíase en la de aquel diario una multitud de periódicos, que contribuían poderosamente á su vida. Algunos había que podían considerarse casi como redactores: aportaban al trabajo pedazos de sus propias entrañas con esa abnegación de aquellos para quienes la gloria y el provecho están en razón inversa del desgaste y aniquilamiento que representa esa labor cuotidiana; otros ofrecían una colaboración menos asidua, aportaban sólo de vez en cuando un suelto, una noticia ó una anécdota; y otros, menos útiles aún, parecían servir no más que para aumentar el montón de papeles, con los que, andando

el tiempo, el lustroso mancebo de alguna tienda de comestibles, envolvería, plegándolos con atildado esmero, el pedazo de queso mantecoso, ó arrollándolos en forma de cucurucho, las caldosas aceitunas que verdearon al sol de Andalucía.

Entre estos últimos desairados papeles, contábase un rollo de *El Eco del Naranjillo,* periódico que se publicaba en una ciudad poco importante de una República sur americana, el cual rollo, por casualidad, cayó un día entre mis manos. Corté la cuerdecilla que lo sujetaba , y desplegando uno por uno los ejemplares que formaban el paquete, vine á fijarme en cuatro distintos escritos, que en cuatro números sucesivos aparecieron solicitando mi atención.

Era el primero un suelto, un artículo literario el segundo, el tercero un *aviso* inserto en la sección de comunicados y el cuarto una noticia.

Pareciéronme cuatro capítulos de una misma historieta, escritos, como el estilo claramente revelaba, por diferentes autores. Eché mano de las tijeras, los recorté, los encerré en un sobre, y al encontrarlos hoy de

nuevo, no puedo resistir á la tentación, que me asalta, de reproducirlos juntos, porque se me antoja que, además de constituir una historieta, la tal historieta tiene su moraleja aprovechable.

II

Dice el suelto así:

Bajo una penosa impresión escribimos estas líneas.

Figuramos entre los admiradores más entusiastas del general Padrós; hemos seguido con verdadero interés sus campañas y contribuido con nuestros esfuerzos á tejerle coronas de laurel, que el ilustre caudillo había ganado en buena lid. Si estos antecedentes no evidencian nuestra imparcialidad, significarán en todo caso que, si estamos equivocados, no es un motivo de animadversión hacia el bizarro general lo que mueve nuestra pluma. Pero debemos decírselo con franqueza absoluta: su manera

de entender el principio de autoridad, según se desprende del decreto que acaba de publicar, nos parece funesta.

La autoridad, en lo que atañe á la nación, como en lo que toca á la familia, tiene su raíz en la razón que asiste al que la representa, en la justicia que inspira sus disposiciones y en el prestigio que nace de que quien las dicta se haya sabido mantener siempre dentro de sus funciones propias, sin confundirse con la colectividad entera—invadiendo el círculo de atribuciones de los demás—y sin tolerar que ninguna otra personalidad extienda el radio de su acción al terreno de las funciones que le están encomendadas.

Invocar el principio de autoridad al vedar á los miembros de una entidad social que cumplan sus deberes según su conciencia, dentro de la ley común, para imponerlos como los entiende el jefe de aquella sociedad, es desconocer lo que hay de eficaz y de respetable en el principio mismo que se invoca. Es empeñarse en que vengan forzosamente á desairar, al que en tal error incurre, los miembros mismos de esa sociedad,

así se presente ésta en su forma embrionaria, la familia, como en la más alta expresión que ha alcanzado en nuestros tiempos, la confederación de Estados unidos entre sí por una misma ley política.

III

Vean Vds. el artículo literario:

¡Oh América, mi diosa! ¡Tú que eres del mundo admiración y asombro, aprisionando los delicados matices del arco iris en las ensordecedoras ondas de tu Niágara, dominando las elevadas nubes en los recortados picachos de los Andes, y entrando con tu Amazonas millares de leguas en el seno del inmenso Atlántico, para adelantarte al viajero y anunciarle tus grandezas! ¡Tú, que sobre el pedestal de tu naturaleza espléndida has ornado con las coronas de animadas flores que forman tus encantadoras hijas, la estatua que te han labrado tus poetas, tus pensadores, tus mártires y tus repúblicos, presta el aliento de la inspiración á este

huérfano del sentimiento, que hasta ahora no conoció otro amor que el tuyo, y que, bajo la sugestión de tus encantos, halle yo notas gratas y dulces como las suaves vibraciones de un arpa eólica, para llevar á la mujer á quien adoro la expresión de mi amor por ella. De un amor puro como el fuego que custodiaba la vestal con sus virginales manos; de un amor intenso como los rayos de un sol en que el negro tubo de un astrónomo no se atreviera á soñar con una mancha; de un amor eterno, no á la manera que la vida en la cáscara del planeta—de cuya eternidad cabe racionalmente dudar—sino como las leyes que rigen esa vida y que subsistirán cuando, arrugado y exhausto el saco de los siglos, haya vaciado ya su contenido sobre todo lo existente, y no queden para reconocerlas y cumplirlas sobre la helada superficie de la tierra, ni aun las fibras y los huesos que encarnaron y encerraron la voluntad y el pensamiento del último hombre; de un amor tan callado y escondido, que no incurriré en el error de compararlo con el hirviente seno del planeta, porque si no ha llegado allí la pi-

queta del minero, llegó, tiempo hace, esa otra piqueta que tan ricos filones ha descubierto en la vida: la hipótesis del hombre de ciencia!

Una sola vez nos hemos encontrado, y sin hablarnos nos hemos comprendido.

Veníamos en el mismo vagón. El ambiente, al rozar su cutis aterciopelado, tomaba de él perfumes delicados, que más que en el grosero sentido, revelábanse en un bienestar etéreo, suave, indefinible; algo así como una especie de *nirvana*. Sus miradas luminosas vagaban distraídas con esas nostalgias del cielo que tienen los ángeles al soñar, cuando vinieron á fijarse en las mías, iluminadas y absortas en la contemplación de tan peregrina belleza.

Fué un segundo, una milésima de segundo quizá, que no es posible apreciar, por la grosera rapidez del tiempo, la intensidad emocional de esas vibraciones medulares del espíritu, que nos sacuden con revelaciones de la eternidad impalpable é intangible del infinito amor.

No sé lo que pasó por mí, y, lo que aún más me emociona y me confunde y me em-

briaga con la intuición de una dicha enloquecedora, lo que pasó por ella.

En medio de mi aturdimiento, oí la voz grave y varonil del viejo general, su padre, que le preguntaba:

—¿Qué tienes? ¿Estas mala?

Y una voz dulce, dulce como debió ser la del ángel al decir á la Madre de Jesús: ¡Ave María!, que contestaba apresuradamente:

—¡Nada, papá, no es absolutamente nada!

¡Deliciosa y púdica mentira, puesta en sus labios rojos por la confusión de su inocencia, al sentirse sorprendida en la desnudez de su conmoción profunda!

En tanto la locomotora corria veloz. Cruzaba llanuras, enhebraba túneles, salvaba puentes, y ni ella ni yo, sobrecogidos de emoción, rasgábamos con el más ligero movimiento la atmósfera ideal que nos cercaba, en la que parecía percibirse el aleteo de hadas invisibles, hadas traviesas que, rodeando con los rayos del sol poniente, á modo de aureola, su cabeza pensativa, venían á colocar sobre mi pecho la sombra de su perfil heleno; hadas tenaces que, avivando las rientes ilusiones de mi alma, cuando cerraba

un momento los ojos para guardar su imagen, ponían los dedos de luz sobre mis párpados, iluminándolos con transparencias sonrosadas, en las que dibujaban las ondas coquetonas de sus cabellos rubios, que la brisa mecía, al tomar en su frente sus aromas.

Pero aquella corriente de vibraciones hondísimas, necesitaba condensarse en una molécula de luz, y en un instante, no sé despues de qué tiempo transcurrido, nuestras miradas se encontraron de nuevo.

Entró la locomotora arrastrándonos por un surco profundo, por una zanja inmensa, en cuyas vertientes el pico y la pala del obrero habían desenterrado secretos escondidos bajo gruesísimas capas de tierra, exponiendo descubiertas á nuestra curiosidad enormes rocas, que allí juntas, y tan estrechamente unidas como si formaran una misma masa, habían guardado durante siglos el misterio de sus venerables desposorios. Al verlas, pensando en ella, me decía ¡felices piedras! y cuando envidiando aquella unión, su mirada y la mía se encontraron de nuevo, sentimos la misma intensísima emoción de la vez primera y ahora ade-

más, como una especie de pudor santo de habernos sorprendido adivinando juntos el secreto de las soterradas rocas.

Ayer la he vuelto á ver. La he visto leyendo en su jardín, en ese jardín cuyos árboles, presos tras el enverjado, han sido testigos mudos de la desesperación que se apoderaba de mí al pasar uno y otro día y no hallarla jamás. En aquellos momentos, perdida ya la esperanza de que lucieran en mis ojos los destellos de los suyos, parecíame fría, helada la vida del planeta, como si hubiera llegado la hora en que, empezando á arrugarse el saco de los siglos, se hubiera el sol apagado y extinguido.

Al verla, sentí locos deseos de gritar: ¡te adoro! ¡te adoro!; y temeroso de que mis labios repitieran lo que mi alma le dijo al conocerla, llevéme á ellos la mano. ¡Empeño inútil! Cuando con más fuerza los comprimía, sentí en las yemas de los dedos el hálito de un beso, que voló á esconderse bajo los áureos rizos de su frente idolatrada.

Pero no quiero que pueda llegar el día en que la indiscreción de un extraño, penetre traidoramente en el fondo de mis sentimientos y me robe el tesoro de mis secretos, antes de que ella, para quien es la virginidad de mi espíritu, haya recibido de mi alma arrodillada el homenaje de mi ardiente adoración. Y como he visto en sus manos sonrosadas un periódico que temblaba al sentir tan cerca las palpitaciones de su seno virginal, y como no puedo sofocar más en mi pecho los anhelos de ventura que me ahogan, se los confío á estas voladoras hojas de papel para que lleguen cerca, muy cerca, de su corazón, á pintarle mi amor y mis desvelos.—*M. Sánchez Paez.*

IV

El recorte de la sección de *Comunicados,* está concebido y redactado en la siguiente forma:

AVISO

Sr. Director de *El Eco del Naranjillo.*

Muy señor mío:

Ruego á V. que tenga la bondad de insertar en el periódico de su digna dirección, á fin de que lleguen á conocimiento de cierto jovenzuelo que vive entre nosotros desde hace poco, los siguientes particulares que le interesan. A saber:

1.° Que tengo, á Dios gracias, los medios bastantes para sostener y remunerar

debidamente los criados que necesito para guardar mi jardín; ítem más: un par de soberbios mastines, y que, por tanto, no estoy dispuesto á aceptar guardianes gratuitos que vengan á rondarme la casa.

2.° Que no estoy dispuesto tampoco á consentir que me ande dirigiendo cuchufletas ni indirectas en ninguno de los periódicos, ni á mí ni á ninguno de mi familia; y

3.° y último. Que en virtud de lo expuesto, como vuelva á encontrarlo rondándome la casa ó vuelva á leer en cualquiera de los periódicos locales, nacionales ó extranjeros, cualquier cosa que constituya una infracción á esta prohibición terminante, pondré á su osadía el correctivo que merece.

Con este motivo, Sr. Director, tengo el honor de repetirme de V., atento seguro servidor, q. b. s. m.—*El General P.*

V

Y ahora, vengan las obleas ó la goma para pegar la siguiente noticia:

«Ha desaparecido del hogar paterno una bellísima señorita, hija de un ilustre y bizarro militar que desempeña un alto cargo en la gobernación del país, coincidiendo su desaparición con la del joven y distinguido literato, doctor en ciencias físico-naturales, D. M. S. P., que hace algunos meses llegó á esta población, conocido ya de nuestros lectores por habernos honrado con su colaboración alguna vez.

»Dícese que el asunto terminará, si no ha terminado ya á estas horas, en la Vicaría.»

LOS HIJOS DEL BAILARÍN Y SILVIA

PROBLEMA

Por qué Julián, dotado de una sensibilidad exquisita, entusiasta y expansivo como pocos, es tan comedido en demostraciones ruidosas de censura y desagrado, y tan parco en alabanzas y lisonjas?

Las dos narraciones que van á continuación te lo explicarán.

Por lo que á mí hace, puedo asegurar que hasta que le oí referírmelas, no comprendía cómo la educación había podido hermanar en él, con su difusiva espontaneidad cuando exponía sus ideas ó sus impresiones, las reservas delicadísimas que tenía para las personas á quienes trataba.

Y como su carácter sincero y leal excluía toda posibilidad de que acudiese recursos hipócritas, de ahí que fuera la pregunta que encabeza estas líneas, una que me había repetido á mí mismo muchas veces, sin hallarle respuesta satisfactoria; un problema que no había acertado á resolver, y cuya X tenía prendida, entre sus dos trazos cruzados, toda mi atención y todo mi interés.

Si al exponer mi curiosidad he despertado la tuya, sigue leyendo y encontrarás la solución.

LOS HIJOS DEL BAILARÍN

—

Al Sr. D. Juan F. Ferraz.

Ocurrió lo que voy á referir, en Barcelona, hace ya bastantes años. Cursaba yo por entonces las últimas asignaturas del bachillerato y esperaba la hora de recreo para jugar *al marro* en la terraza ó en el jardín del colegio, con la misma impaciencia con que esperaba la noche del sábado, para ir á tomar mis primeras lecciones de billar, de aquellos de mis amigos que estudiaban ya en la Universidad, cuya experiencia en aquel juego, como en la vida, me producía un efecto deslumbrante. En mi inocencia de chico, tanta impresión me causaba un *buen retroceso,* como unos compa-

ses del *Aria de las joyas* tarareados con afinación á media voz, ó el borde, color lila de un billete amoroso, que, sobresaliendo de una cartera de piel de Rusia, se ofrecía, en un momento de descuido, á una mirada indiscreta. Ecos perdidos del ruido de botellas de *champagne* que se destapan entre alegres carcajadas, relámpagos del hermoso solitario que había brillado en la luminosa sala de *El Liceo,* y algo todavía más tentador, en la media obscuridad de aquellos misteriosos rincones del escenario... anuncios todos de un mundo que mi fantasía de muchacho ideaba lleno de infinitos encantos, de irresistibles atractivos; mundo en el cual el arte y el artificio se disputaban la gloria de producir el placer, ese placer inagotable con que hemos soñado todos, al sentir en las venas los primeros latidos en la vida viril.

Es el caso, que, en aquellos tiempos, iba yo una mañana de Navidad por la calle de la Boquería, paseando al azar, cuando vi venir por la otra acera una chica de unos trece años que llevaba en brazos, con la cabeza apoyada en su hombro, un niño de pecho, y

cogido á su desharrapada falducha y caminando á su lado, un rapaz, al cual los dedos de los pies le asomaban por los zapatos rotos, yendo á chapalear el barro de las losas. La niña que hacía las veces de mamá era una chicuela encantadora, de cabello rizoso y negro, ojos grandes, tez pálida, ligeramente sonrosada por el frío, y boca menuda, que ostentaba un lunar seductor junto al labio. Diríase, para *hacer una frase,* que era aquel lunar la huella de un beso dado por la Coquetería en la boca misma de la Inocencia.

Inmediatamente detrás, venían cuatro ó cinco estudiantes de buen humor, alardeando de calaveras, al frente de los cuales destacábase, como tocado del afán de exhibición, uno de ojos pequeños y oblicuos y de aspecto poco simpático, quien, al reparar en la cara vuelta hacia atrás del pequeñín, hizo un ademán para ofrecer á sus camaradas una diversión que acababa de ocurrírsele. Poniendo por obra su idea, adelantó hacia él la cabeza y contrajo y dilató sus facciones en una mueca feroz, horripilante.

Al ver aquella cara espantosa, el peque-

ñito rompió á llorar amargamente, costándoles á los jóvenes no poco trabajo contener la explosión de carcajadas con que hubieran coreado el éxito de la travesura, á no vedárselo el deseo mismo de continuar la broma.

La niña del lunar, alarmada por el llanto del chiquillo, empezó á registrarlo con maternal ternura, recorriendo los alfileres que sujetaban los trapos en que iba envuelto, reconociendo minuciosamente las cintas de sus ropas por si alguna ligadura le hacía daño, y después de esta cuidadosa inspección, sin haber acertado á comprender la causa de su lloro, lo consoló como pudo, y volvió á colocarlo de nuevo en la misma posición.

Una invencible curiosidad me hizo seguir atentamente á los dos grupos, que continuaban su camino sin advertir el interés que en mí habían despertado.

Los estudiantes detuvieron disimuladamente su marcha, mientras la niña hacía todas aquellas pesquisas, y apenas se encontraron de nuevo con la mirada del chiquitín, aun nublada por las lágrimas, empezaron á hacerle muecas infernales todos ellos, á cu-

yas tretas el chiquillo volvió á romper en su ruidoso llanto. Pero aquella vez procedieron con tan poca cautela, que la niña advirtió la burla, y echándose al arroyo, para dejarles el paso libre, les dirigió una mirada de indignación profunda, y temblándole los labios rojos que ostentaban aquel lunar encantador, y vibrándole en la voz todo el desprecio que cabía en su alma infantil, les lanzó como un dardo esta sola palabra:

—¡Cobardes!

II

Un rato después íbamos la interesante chica y yo, charlando, charlando, por la Rambla de las Flores. De nuestra conversación vino á resultar que se llamaba Carmela, que aquellos dos niños eran sus hermanos, que su madre estaba siempre enferma desde que nació el más pequeño y que su padre no tenía trabajo.

Marchábamos Rambla arriba, dejando á la derecha los puestos engalanados con los capullos á medio abrir y con las espléndidas flores, artística y cuidadosamente colocadas en los receptáculos de hoja de lata, en los cuales sus cortados tallos encontraban agua fresca para mantener el esplendor de sus pétalos. Las hojas verdes lucían chispas bri-

llantes que regara sobre ellas un pulverizador.

Mientras atendían á la venta, hacían las floristas ramos. Unos, diminutos, para que tuvieran algo que ostentar los *musquits,* como Carmela los llamaba—la «gens pschut» que dicen más allá de Portbou—otros, grandes, envueltos en cucuruchos de papel resistente y bordeado por un encaje tan sutil como el de la más tenue batista.

Ibamos hacia la plaza de Cataluña, donde los pavos, haciendo la rueda, lucían, al ahuecar su plumaje, reflejos metálicos, azulados y verdosos; donde los capones ofrecían su infecundizada existencia, con gorduras recomendadoras para los paladares delicados, y donde, sobre los improvisados mostradores, saltaban á la vista, entre otros turrones, los adoquines del *de granito,* con los ovalillos blancos de las partidas almendras, en el fondo dorado de su resistente pasta.

Contemplando aquellos niños para quienes el empedrado de la calle sólo tenia chispas de lodo, y que, lejos de lucir adornos y encajes, cubrían sus desnudeces con míseros

harapos, los encontraba mil veces más hermosos que á las cuidadas y ataviadas flores, y un millón de veces más interesantes que á la multitud que se apretaba apresurándose á celebrar, á su manera, el nacimiento del Redentor, deleitándose ante los pavos, los capones ó el turrón, sin quedarles siquiera una mirada para aquellos tres pequeños hambrientos.

Herido por lo brutal del contraste, me asaltó la esperanza de poderles ser útil, pidiendo á mi familia que recomendara el padre á alguno de nuestros amigos, y animado por esta idea le pregunté á la chica:

—¿Tu padre sabe bien su oficio? ¿Quiere trabajar?

—¡Ya lo creo!—me contestó.—Todo el día se lo pasa ensayando; y si sabrá, que le pagan veinte reales al mes por dar lecciones á la andaluza del segundo piso.

—¿Y cuál es su oficio?

Carmela, sujetando con las dos manos á su hermanito para que no se le escurriese, me respondió:

—Mi padre es bailarín.

III

—¿Que cómo puedo ser así.... un poco inglés, yo, un latino que lleva en el alma los ardores de nuestro sol de fuego?—me decía Julián la otra noche en la cervecería.—¿Que por qué á pesar de la intensidad de mis sentimientos soy tan sobrio en las manifestaciones mías que atañen á las personas, así para la censura como para la lisonja?

Vas á saberlo. Pero la historia es larga, mejor dicho, son dos historias distintas. Ahora te contaré por qué no me gusta censurar; en otra ocasión te explicaré por qué las exageraciones del elogio se me han hecho odiosas y repulsivas.

Y mi amigo, después de una pausa, continuó:

—¿Te acuerdas de aquellos tiempos en que nos conocimos en Barcelona? Tú estudiabas entonces Historia Natural y Física en el colegio, y yo Patología en la Universidad. ¡Horas fugaces las que pasábamos en el Suizo, hablando, entre una partida de carambolas y una taza de café, de la teoría de Darwin y de la obra de Ricardo Wagner.

Teníamos entonces entre varios amigos aquel ruidoso palco del Liceo, el *del trueno*, al que viniste alguna vez. Entre los compañeros de palco estaba Jiménez. ¿Te acuerdas de Jiménez? Ahora está empleado en el Gobierno civil. No pasó de la clase de Anatomía que explicaba Letamendi. Estaba Zuagarregui, mi íntimo amigo—pero no hablemos de eso ahora;—estaba Pepe Rodríguez, el actual diputado de la mayoría; Antónez. ¿Te acuerdas de Antónez?

—No lo recuerdo.

—Sí, hombre: uno de ojos pequeños y oblicuos, que iba también al Suizo algunas noches.

—Sí, creo recordarle. Pero sigue y no divagues.

—Nos encontrábamos una noche en el

teatro. Recordarás que por aquella época estaba Terpsícore muy en boga, y que bailarinas y bailarines eran un factor esencial en toda obra de grande espectáculo. Llegó el bailable, y preparábamos nuestros gemelos para no perder un solo detalle, cuando resonaron las carcajadas y tras ellas una silba monumental, indescriptible.

Antónez, de pie en el palco, se adelantó, y metiendo los dedos en la boca, lanzaba silbidos penetrantes, capaces de dejar sordo á un artillero. Y sus silbidos, con ser terribles, se perdían en aquella sinfonía infernal.

Había salido la Fiordini, ¿la recuerdas?, una muñequita monísima, una figurita *de biscuit* que mareó á medio mundo.

—En cuyo medio mundo te contabas tú.

—Así es. Recordarás entonces que era muy chiquita.

—¡Exactamente! Hasta el punto de que entre los muchachos se decía que era tu bastón... un bastón con puño de oro y piedras preciosas que, según se afirmaba, te costó un dineral.

—Habladurías. Lo único que hay de cierto es que me había gustado mucho, y que ha-

bía hecho por ella no pocas tonterías, dos años antes. Nunca habló, sin embargo, más que á mis sentidos, y ya se habían despertado en mí sentimientos que embargaban por completo mi atención. Nuestras relaciones eran, por entonces, de simple cortesía.

Volvamos, pues, al Liceo y al escándalo. Figúrate que tras de aquella miniatura, saliendo de entre la espuma de sus gasas, aparece, haciendo el más ridículo contraste, un bailarín, ¡qué digo un bailarín!, un espantajo interminable, tan alto, que junto á él Tamagno hubiera parecido un enano *exhibible* en barraca de feria, y tan flaco, que no hallo término de comparación; decir una caña de pescar es decir poco: un kilómetro de alambre puesto de pie. Y era esto lo mejor de su figura, porque las piernas, cansadas de no acabarse jamás, se arqueaban para disimular sus dimensiones, y los brazos, cortísimos, parecían dos colgantes puestos en los rudimentarios hombros, de los cuales no se atrevían á salir, por temor de tropezar con una nariz deforme y gigantesca, como el cartabón mayor que hayas visto; y, en fin, para que todas las

desdichas le acompañaran, tenía hoyos y desigualdades en el cutis, tan profundos, que el colorete y los polvos, en vez de rellenarlos, los hacían aún resaltar más.

Al ver tras la Fiordini á semejante mamarracho, el público, como te decía, se echó á reir y á silbar. Se veía que el hombre dominaba su arte. Aquellas piernas-resortes daban brincos tan asombrosos, que parecía que se iban á enganchar en las bambalinas, y el ardor de sus esfuerzos revelaba que quería á todo trance conquistar al público. Pero cada salto inverosímil, cada pirueta prodigiosa, cada postura, ensayada quizá durante largas horas, sólo originaban nuevas tempestades de risas, denuestos y silbidos.

—¡Esto es una estafa!—gritaba Antónez con voces estentóreas.—¡Una burla de la empresa! ¡Fuera! ¡Fuera!

Presumiendo que aquel escándalo podía impresionar á la Fiordini, bajé al escenario con ánimo de tranquilizarla... ¡No te sonrías!... ¿Que no?... Ya lo comprenrás cuando conozcas mis sentimientos en aquella época...

Una vez allí, me coloqué entre bastidores para esperar que ella saliese.

Mientras tanto, el escándalo seguía en aumento. El bailarín desplegaba energías sobrehumanas, pero todo fué inútil: el público no se apaciguó hasta verle rendido por aquella tempestad, bajar la cabeza humildemente y deslizarse fuera.

El hombre venía demudado, pálido y tembloroso. Al encontrarse conmigo, se detuvo. Tenía necesidad de dar expansión á sus terribles emociones, y con una voz desgarradora, cuyas inflexiones ahogadas llegaban á la medula, me dijo:

—¡Ah! ¡Qué cruel es el público! Me he pasado toda la vida estudiando mi arte. ¡Mi arte! ¡Tal vez el arte es sólo lo que se hace con la cabeza, con la garganta ó con las manos y no con los pies y con el cuerpo todo, si es que hay cosas que se hagan con los órganos y no con el alma! ¡Tal vez esto que llamo mi arte, no sea más que un ejercicio grotesco y ridículo, llamado á desaparecer, sobre todo por lo que toca á nosotros los hombres, que no tenemos cierto género de atractivos!

Pero en tanto que eso suceda, ¿por qué ensañarse conmigo de ese modo, mientras se aplaude á los compañeros que me elogian y me llaman con respeto su maestro?

Y es que el público no se fija en las vigilias y los dolores que mi trabajo representa. No ve más que lo ridículo de mi aspecto. ¡Cuánta crueldad y cuánta injusticia! Si cada uno de los que silban y vociferan, indignados contra mi fealdad, supiesen que con cada silbido y con cada grito arrebatan de los labios un pedazo de pan á mis tres hijos, á mi pobre hija que tiene ya catorce años y á quien empujan tal vez por la miseria á la prostitución (y al decir esto juntaba los párpados como para no ver un espectro que le perseguía alzándose en el obscuro porvenir), si supieran que me arrancan de las manos la taza de caldo con que trato de prolongar la vida de mi mujer, enferma desde hace más de un año, ¿cree V., señor, que bajo esas relucientes pecheras, salpicadas de brillantes y rubíes, late un solo corazón capaz de tanta injusticia, de tanta crueldad?

Y dos gruesos lagrimones corrieron por sus mejillas cubiertas de pintura y de pol-

vos, acribilladas y hendidas por los huecos y los surcos que en su cara horrible (en aquel momento iluminada por el dolor) habían dejado la enfermedad y la miseria.

Nunca podré olvidar la impresión tremenda que recibí.

Al oirle, pensé en mi niñez colmada de caricias, deslizada en un hogar feliz y sonriente; en mi juventud hasta allí malversada en la realización de los deleites soñados en el diván del casino, después de unas escasas horas dedicadas al placer de la lectura, habiendo tenido por toda contrariedad unos días de atareo en vísperas de examen, y tuve vergüenza y remordimiento, así, chico: vergüenza y remordimiento, de mi dicha y de mi bienestar.

Y ahora, dime que padezco un sentimentalismo cursi y trasnochado, dime lo que quieras; pero cada vez que voy á censurar el trabajo ajeno, se me presenta en el fondo de la retina la imagen pálida y demudada del bailarín con sus dos gruesos lagrimones corriéndole por las mejillas, me hormiguea en el tímpano el eco de aquella voz de inflexiones graves, ahogadas, desgarradoras;

siento como una repercusión de la conmoción recibida, y opto siempre por dejar á otros esa tarea.

Ya sabes por qué soy tan parco en la censura.

Y ahora... vámonos que ya es tarde. Dejemos la otra historia para otro día.

IV

Salimos de la cervecería y recorrimos varias calles sin que ninguno de los dos desplegara los labios durante el largo trayecto que había hasta llegar junto á la puerta de su casa.

Julián iba absorto en sus recuerdos y yo en los míos.

Entre los cristales de los faroles brillaban esas estrellas enjauladas que palidecen y amarillean, al verse privadas de volar á lo alto, al sentirse presas por el hombre, mientras lanzan sus hermanas desde el firmamento, fulgores azulados.

Y con las tintas azuladas del recuerdo, y los tonos amarillentos de las privaciones y las miserias del desventurado bailarín, que se reflejaban débilmente en las imágenes evocadas por mí, iba reconstruyendo un

grupo; el de los tres chiquillos que encontré una mañana de Navidad en la calle de la Boquería. Poníaseme delante la efigie del rapaz de los zapatos rotos que iba pisando el barro de las mojadas losas, el lío de trapos por el que asomaba la cara abobada del niñito de pecho, y sobre todo la agraciadísima figurita de Carmela, la chicuela de hermosímos ojos que tenía junto á la menuda boca un lunar encantador.

———•———

SILVIA

I

No te podré asegurar si había cumplido ó no los veinte años—empezó á contarme Julián pocos días después.—Estudiaba anatomía, y estábamos una mañana en cátedra, á principios del curso, cuando,

—¡Oscar Zuagarregui!—leyó el catedrático, pasando lista.

Y el chico que estaba á mi lado se levantó.

De este modo supe el nombre de mi vecino de banco, un muchacho tímido, de aire encogido y aniñado, que llevaba á clase

los libros bajo el brazo. Me chocó por sus grandes ojos azules: tenía cara de muchacha.

Cuando salimos le hablé, y en media hora nos hicimos amigos.

A poco de tratarle, me convencí de que el aire de timidez que lo caracterizaba, no era señal de insignificancia, sino por el contrario, de una modestia llevada á la exageración. Hablábamos de nuestros estudios, y al felicitarle por haber ganado hasta allí las matrículas con los premios obtenidos en las asignaturas anteriores, me dijo:

—Eso no vale nada, porque yo tengo muchísima memoria de sonidos. Si V. me dice una frase ahora, se la repetiré cuando quiera, pase el tiempo que pase.

—Es que esa cualidad, constituye por sí un mérito—le respondí,—y para hacer la experiencia, le diré: que si la modestia es una virtud, no debe ser tan exagerada que pueda impedir al que la tiene, ponerse en condiciones de realizar sus aspiraciones legítimas y de cumplir sus deberes para con los demás.

No se me ocurrió una frase más oportuna,

siquiera fuese tan aparatosa y tan sentenciosamente pronunciada, como puedas imaginarte.

El caso es que Oscar quedó encantado de mí y yo de él. Aquel chico pobre, vestido con tanta modestia, siempre con el lápiz afilado y dispuesto á recoger la frase del catedrático, sin distraerse un segundo, era para mí un ser extraordinario.

A medida que iba tratándolo, iba mi compañero interesándome cada vez más. El notaba la simpatía que me inspiraba, y al estrecharse nuestra amistad, fué perdiendo conmigo aquel encogimiento que, unido á una belleza física poco común, le había valido entre nuestros compañeros el sobrenombre de *la monja bonita*.

Gracias á esto vine al cabo á formar una idea de su vida y milagros, que se reducían en suma, á lo siguiente:

Desde los siete años se había quedado huérfano de padres. Era el suyo un hombre inmensamente rico que había tirado su fortuna. A Oscar y á su hermana los había recogido una tía de ellos, que vivía en el último piso de una casa de la calle de Mendi-

zábal, cuya bondadosa señora le costeaba los gastos de la carrera, excepción hecha de las matrículas, que, como ya te he dicho, las había él ganado todas hasta entonces, correspondiendo así lealmente á las atenciones de que era objeto.

Toda la semana la pasaba estudiando. Empleaba la noche del sábado, en hacer una especie de resumen del trabajo de los días anteriores, que le leía á doña Clemencia (así se llamaba la hermana de su padre) al día siguiente, antes de ir á misa con ella y con su hermana.

Su creciente espontaneidad conmigo me permitió hacerle esta pregunta:

—Y tu tía, ¿tiene posición?

—No sé—me contestó.—He oído decir que mis abuelos eran muy ricos, y á ella no le falta dinero nunca. También he oído decir que desde que mi padre murió, tía Clemencia, viendo cómo puede disiparse una fortuna, se mudó al piso en que vivimos, donde pasamos el año entero, porque, aunque tiene una *torre* (1) en Sarriá, la alquila, siempre

(1) Llaman *torres* en Barcelona á las casas de campo.

que puede, á los que van allí en la temporada de verano. La economía es su preocupación constante y me predica mucho sobre esto. Pero no es que sea una mujer avara, es muy buena, y nosotros de nada carecemos.

II

Por aquella época, yo colaboraba ya en varios periódicos, y esto, que me valía la satisfacción de verme tratado con ciertas consideraciónes por mis compañeros de clase, vino á proporcionarme la mayor emoción que podía experimentar en aquellos momentos.

Un día Oscar me dijo:

—Oye, ¿sabes que me gustaría que conocieses los *resúmenes* que hago los sábados?

—Tendré un placer—le respondí, apreciando en todo su valor aquella demostración de confianza.

—Te advierto que lo hago con un móvil interesado. Tu eres escritor, y yo no sé cómo se escribe. Así es que quiero que los corrijas y que me digas lo que te parecen.

No podía Oscar darme una prueba mayor de intimidad. ¡El, tan reservado y modesto, iba á leerme sus trabajos!

Acudí á la cita con toda puntualidad, y cuando hube subido la larga escalera, me encontré con un pasillo, á cuyo final estaba la puerta de su piso. Abrió el mismo Oscar, haciéndome entrar en un comedor donde había cuatro sillas volantes en torno de la mesa. La habitación era grande, y en uno de los testeros estaba el estrado de una antigua sala. Junto al balcón una viejecita de rostro apergaminado y fisonomía bondadosa, ocupaba una silla baja de Vitoria. La buena señora me recibió con afectuosa solicitud diciéndome que su sobrino le había hablado muchas veces de mí.

Mientras Oscar salió en busca de sus papeles, ella me hizo el elogio de mi compañero y de su hermanita, con un cariño enternecedor. ¡Eran tan buenos aquellos muchachos!

Una puerta de cristales que quedaba á mi derecha se estremeció, y ¡no he podido explicarme nunca la causa!... Tal vez sería un movimiento nervioso, pero aquella percu-

sión me produjo un estremecimiento que no pude dominar.

¿Quién había allí? Era indudablemente alguien que había tropezado, alguien que levantaba los visillos y nos miraba á hurtadillas. La puerta de cristales estaba á mi derecha, casi á mis espaldas, y por no cometer una indiscreción ó por otro motivo más inexplicable, es el caso que no me atreví á volver la cara.

Al cabo de un momento, aquella puerta se abrió y apareció, Oscar, trayendo de la mano á Silvia. Me puse de pie y bajé la cabeza, haciendo una profunda reverencia, sin atreverme á fijar en ella los ojos. Y, sin embargo, hubiera asegurado que la conocía. Era Margarita, la Margarita de Goethe, inocente y sencilla. El brillo de aquellos quince años, los reflejos dorados de sus cabellos, cayéndole en dos trenzas por la espalda, los ojos azules, color de cielo transparente y sereno, las manos blanquísimas cruzadas sobre la falda de percal; todo esto lo había yo visto antes de mirarla.

Poco después estábamos sentados alrededor de la mesa. Oscar leía su trabajo,

la anciana bondadosa multiplicaba los pliegues de su cara en una sonrisa de satisfacción maternal, y *ella,* junto á su hermano, escuchaba atentamente la lectura, interrumpida por mis exclamaciones de entusiasmo.

La memoria revelaba una labor paciente y concienzuda. Era el resultado de las explicaciones del profesor, y el profesor desaparecía y se olvidaba. Los grandes maestros citados por él venían en orden admirable á traer el contingente de su ciencia á los puntos tratados por Oscar.

¡Qué sorpresa la mía! ¿Quien hubiera podido esperar aquello de la *monja bonita?* Para sí hubieran querido semejante lujo de erudición más de cuatro pedantes que se dan tono de hombres cultos é ilustrados en Revistas, Academias y Ateneos. Y toda mi impresionabilidad desbordándose en alabanzas, iba á quemarse en caluroso incienso ante aquel santo de madera, ante aquel Oscar asombroso, que se encontraba, por primera vez en su vida, con tales exclamaciones de admiración, sin haberse atrevido á pensar nunca que pudiera la suerte depararle un triunfo parecido.

Por lo que á mi se refiere, he necesitado de la acción lenta del tiempo, para comprender la embriaguez de entusiasmo que me dominaba. Porque si la Memoria leída no era la maravilla que yo pensaba entonces, hay que tener en cuenta que todo allí se conjuraba para producirme una profunda impresión. El aspecto de bondad y de sencillez, el orden de aquel santuario que en sus detalles más nimios revelaba una pureza y una modestia adorables... ¡el amor!, en una palabra, que me hería en aquel ambiente diáfano, puro, y tibio, tan distinto de la espesa atmósfera del café y de la atmósfera de la casa de huéspedes, en que cada colilla dejara una mancha en el ladrillo polvoriento y un olor repulsivo suspendido en el aire; ¡el amor! que con la rapidez de una intuición de la eterna ventura, sacudía las fibras más hondas de mi alma.

III

—Pero fíjate en las faltas—me decía Oscar.—No encuentras más que elogios. Creeré que no atiendes, cuando no ves los defectos.

Ese reproche afectuoso me hizo pensar en la necesidad de dominar el desvanecimiento que se había apoderado de mí. Porque la observación estaba más que justificada. Y era que en aquel momento yo no veía en mi compañero sólo á la *monja bonita*, á la monja milagrosa capaz de sintetizar en unas cuantas hojas la labor de todos aquellos sabios citados en un tono uniforme por el catedrático los días precedentes, en medio del sopor producido por tanta aridez y monotonía, deseando que concluyera, para abandonar los duros

bancos del aula. En aquel momento escuchaba á Oscar junto á *ella,* cerca de aquel ángel que lo perfumaba todo y todo lo embellecía con su presencia, y no creía ni en la cal de los huesos ni en el hierro de la sangre; no creía más que en el milagro, en la divina esencia de un infinito Bien que emplea cal y emplea hierro para dar forma, forma divina á sus divinas creaciones. Oscar era ya algo más que el compañero de banco, era... el hermano de Silvia.

Traté, pues, de atender sólo á su memoria, tras de cuya última letra colocaron mis remordimientos el *da capo* de los músicos, poniendo en esta repetición mis cinco sentidos. La forma era torpe y premiosa, manifestando á las claras la humildad del autor. Había giros que era preciso suprimir, frases que necesitaban corrección. Y con la autoridad que mi amigo me atribuía, taché aquellos repetidísimos «si no he comprendido mal», «si no me he equivocado», «me parece que quiere decir», porque venían siempre detrás de las afirmaciones categóricas del profesor, y á ellas seguía siempre la demostración de que, dadas las premisas sentadas, la conclusión no admitía réplica. El criterio fundamental podía ser erróneo, y en ese caso todo ello lo sería; pero sobre esto no cabía hacer á Oscar más cargo que el de no tenerlo propio. ¿Y se podía ser exigente hasta ese punto con un muchacho que empezaba su carrera?

Después de corregida, le pedí aquella memoria.

—¿Para qué la quieres?

—Tráela, y ya lo sabrás.

Insistí en mi propósito; Oscar, constreñido por una mirada de su tía, accedió por fin, suplicándome que no la leyera á nadie, porque se burlarían de él. Prometiendo no *leérsela á nadie,* reservé mis propósitos, ofreciéndo darle cuenta de ellos al día siguiente.

IV

Cuando al salir de la redacción volví á casa, me sentía rendido, extenuado. Parecía que en cuanto pusiera la cabeza sobre la almohada iba á quedarme profundamente dormido.

No fué así. Apenas me acosté, empecé á fantasear sobre el efecto que iba á causar mi artículo á Zuagarregui, imaginándome la impresión que le produciría ver su memoria en las columnas del periódico, precedida de aquel elogio tan largo casi como el trabajo mismo. Estaba orgulloso de él y de mí. El placer de levantar sobre el liso pavimento de su modestia al compañero trabajador y obscuro; la satisfacción de iluminarlo con todos los reflejos de mis ardores de vagabundo que había recorrido las hojas

de tantos libros, sin detenerme nunca á decir: ¡este es mi sitio!; la alegría de poder señalarlo con el dedo á la multitud, exclamando:

«Ahí tenéis un anatómico del porvenir. Podemos afirmar que la contribución patria á la vida de la ciencia universal es un hecho, ante la labor de inteligencias conocedoras de su propia finalidad, y de voluntades tan decididas, constantes y firmes como la del Sr. Zuagarregui, puestas al servicio de tan altos fines...»

Decir esto de un amigo mío, ¡esto que yo no podía pensar de mí, que era un *dilettanti* de la ciencia; de mí, que había tomado como un *sport* en mi juvenil atolondramiento, los libros, que cuando el dolor ha exprimido mi corazón, han venido á llenarlo de nuevos jugos, de nuevos entusiasmos! Te aseguro que me sentía lleno de gozo y de placer. ¡Y con qué emoción sería leído el periódico en el piso tercero de la calle de Mendizábal! Me imaginaba á Silvia con él en las manos, en sus manos blanquísimas serpenteadas por venas azuladas, fija en las letras su mirada de alma dormida, desper-

tándose á la idea de una simpatía cariñosa para el amigo de Oscar.

Y al dibujarse en mi imaginación la figura de Silvia, bendecía el insomnio que me permitía, en el silencio de la noche, mientras todos dormían, prolongar las horas en que podía, dándome bien cuenta de sus encantos celestiales, adorarlos con el alma entera. Dormir es descansar, y ¡qué necesidad tenía de descansar durmiendo quien despierto descansaba soñando!

Ya se escuchaban los primeros ruidos que anuncian el despertar de una población, cuando el tibio calor de la cama, con traicionera suavidad, vino á dejarme adormecido. Adormecido á mi pesar, adormecido por el arrullo de una voz dulcísima, por los aleteos confusos de un ángel, que tenía hierro en la sangre y cal en los huesos, única garantía de su vida terrenal.

V

Desvaneciendo mis ilusiones, *el bombo* constituyó para Oscar una grandísima molestia. Cuando llegué á clase, por la tarde, los compañeros le habían ya enseñado el periódico, y al sentirse objeto de una ovación, se volvió contra mí. Su enojo alcanzó tales proporciones, que llegó á decirme que nuestra amistad había concluido para siempre.

Traté de hacerle comprender que era una exageración ridícula tomar así las cosas, y le aseguré que de haber podido sospechar que iba á producirle una impresión semejante, me hubiera abstenido de publicar la memoria y su elogio. Aunque seguía creyendo que mi oficiosidad antes bien había de serle útil que perjudicial, no me que-

daba (en vista de su resolución de cortar una amistad para mí tan grata) otro remedio que respetar su decisión. Con lo cual nos separamos sin hablar una palabra más.

Paseaba á la mañana siguiente por la Rambla de las Flores, dirigiéndome á mí mismo duros reproches por haber tomado en serio los desplantes de una modestia tan tontamente exagerada.

Iba absorto en mis ideas, cuando de pronto, como sacudido por una vigorosa corriente, me encontré con los pies pegados al suelo, sin saber si adelantar ó retroceder, si saludar ó hacerme el distraído. Y como el delincuente, sorprendido por la presencia de su propio juez, cuando acaba de cometer un crimen, inmóvil, turbado, vi pasar por delante de mí una viejecilla vestida de negro, con un manto que si no era pardusco precisamente, tenía el brillo de lo usado, que á la larga sustituye al brillo de lo nuevo, y tras aquella mancha obscura la cabeza ideal de Silvia, la Margarita de mi poema, que traía en las manos un periódico: el cuerpo del delito.

—¡Míralo, míralo!—debió decirle á su tía. Porque sentí en lo precipitado de las palpitaciones de mi corazón que las dos se volvían y me miraban, mientras yo taladraba con los ojos un ramo de flores rojas, blancas, y amarillas, del puesto más cercano, que me parecían incoloras, incoloras, incoloras, porque tenía en el fondo de la retina la impresión instantánea de sus labios, de su cutis, de sus cabellos de oro.

Cuando me repuse, anduve de prisa, buscándola con el pensamiento y con los ojos. Ya la creía perdida, á lo lejos, entre la masa de gente, y me exasperaba de mi estulta turbación. Andaba de prisa para ganar el terreno perdido, y en mi afán de apresurarme á alcanzarla, por poco tropiezo con una señora que se inclinaba junto al tenderete de jaulas de un pajarero. El brillo del manto me detuvo. ¡Santo cielo! Era su tía, y al lado *ella*. Entonces, como si aquel encuentro fuera lo que más hubiera temido, me volví rápidamente, y colocándome á bastante distancia para evitar que ellas pudieran hablarme, que pudieran increparme por haber dado al público cosas que en la inti-

midad me fueron leídas, quise deletrear de lejos mi sentencia, en aquellos ojos color de cielo, sereno y transparente.

Compraron un canario, que Silvia puso en su pañuelito cuando emprendieron el camino de regreso á su casa.

Y he aquí un fenómeno incomprensible. ¿Cómo aquella niña de aire distraído que apenas se fijaba en la gente, me vió tan pronto la primera vez? ¿Cómo ahora, absorta en su compra, en cuanto las hube encontrado, me distinguió de nuevo? ¡Ella, que parecía no tener su mirada más que para el pañuelito blanco que llevaba en la mano, al través de cuyo tejido asomaba el pico del avecilla, á cada instante, en la inquietud de sus movimientos de prisionero á quien se le espesan y juntan las paredes movibles de su celda, amenazando ahogarle.

No contaba el aprisionado con la previsión de su dueña, porque si no, bien hubiera podido agradecer su solicitud al dedito que de vez en cuando separaba los pliegues para que el aire penetrara en el improvisado nido de batista.

Todos estos cuidados no impedían á la encantadora dueña, darse cuenta de que en la jaula de mi pecho había otro pobre pajarillo que se ahogaba á la idea de haber incurrido en su enojo, y su mirada limpia y clara vino á encontrarse con la mía, trayéndome una expresión de extrañeza por mi anómala conducta, que como un poco de aire puro vino á infundirme nuevos alientos, nuevas esperanzas en las angustias que me atormentaban. Pero ¡ah intuición femenina! Aquella vez no llamó ya la atención de su tía sobre mi presencia.

No quiero traducirte, porque estas cosas no deberían traducirse, aunque se pudiera, en palabras que están al alcance de todo el mundo, lo que en aquella conversación nuestras miradas se decían.

Pero la charla muda de nuestros ojos duró bien poco. Ya iban á salir de la Rambla, dirigiéndose á su casa, cuando de pronto, ¡Dios mío! ¿qué sucede? Oigo una exclamación, un grito involuntario de Silvia, y veo á las gentes volverse á ellas y mirar á un árbol. ¡Ah! Ya lo comprendo. ¡Se le escapó el canario!

Un momento después, en la calle de Mendizábal, nuestras inteligencias se *reanudan*. Está chasqueada, desagradada, por la fuga del pajarillo. Su mirada me dice: «por V. ha sido», y la mía le responde: «si ha sido por mí, yo la indemnizaré.»

A los diez minutos de haber desaparecido ellas por el portal de su casa, un granujilla se presenta con un canario. El muchacho asegura que es el que se les escapó á las señoras, y ellas, en la alegría de recobrar el pajarillo, se apresuraron á recogerlo de manos del granuja que lo sujetaba por las alas, recompensando su oficiosidad con una propina, que al caer en el bolsillo del enorme y raído chaquetón, tropezó con otras monedas, produciendo un argentino y delator retintín.

Cuando volvió y le di el resto de la cantidad pactada en cambio de su servicio, el pilluelo, loco de contento, removía las monedas en lo hondo del bolsillo, pensando que con aquella doble ganancia se había hecho rico de un golpe. Mirando al letrero de las oficinas de la Compañía Transatlántica, llamóme la atención sobre el rótulo «A. López

y Compañía» (de cuya significación aquel anarquista del porvenir debía haber formado una confusa idea en sus horas de hambre), y con una mueca harto expresiva, exclamó en tono de conmiseración:

—*¡Pobret!*

Y se fué corriendo.

VI

Pero si esto me llenó de un gozo vivísimo, vino luego, por una violenta reacción, á centuplicar la pesadumbre que me causó mi rompimiento con Oscar.

Dos días estuve sin estudiar y sin ir por clase. Ni tenía ganas de abrir un libro ni de volver al odioso lugar en que nuestra amistad nació para morir cuando con más hondas raíces empezaba á cimentarse. Al tercero, venciendo mis repugnancias, fuí á enterarme de lo que se hacía por allí.

No me senté en mi sitio. Me coloqué en otro banco para no encontrarme junto á Oscar.

Creo innecesario decirte que no me enteré de una palabra de cuantas el profesor pronunció; cosa que, después de todo, maldita la falta que me hacía, porque en casa las tenía en la página tal de la obra de texto impresa diez años antes.

Por fin salimos. Yo me quedé de los últimos. Ya Oscar iría por la calle—pensaba—cuando junto á la puerta lo encuentro. Se me acerca y, ¡oh alegría!, me pide mil perdones por la grosería con que había pagado una atención tan grande, un honor que no había hecho nada para merecer.

¡Qué bruscas transiciones!

Pero no era esto sólo. El próximo domingo iban á la *torre* que tenían en San Gervasio, cerca de Sarriá, y quería que aceptara su invitación de ir con *ellos*, en señal de que olvidaba los justos motivos de resentimiento que me había dado con su torpe conducta. Me parecía un sueño cuanto escuchaba.

Pero ¿á qué obedecía aquel cambio tan radical que se había operado en la *monja bonita?* ¿Qué le había ocurrido? Eso era lo que yo necesitaba saber.

—Dispénsame—repetía Oscar—pero yo estaba tan obcecado, que casi le falté al respeto á mi tía, cuando me dijo que me había conducido muy mal y que debía darte una satisfacción.

—Doña Clemencia ha sido demasiado indulgente conmigo. Tú tenías razón para inculparme por haber cometido un abuso de confianza al entregar al público tu Memoria. Para lo que no tenías motivo era para darle esas proporciones á tu disgusto. Pero no hablemos más de eso. En cuanto á ir el domingo á la torre...

—No te excuses, mira que es el único medio de demostrar en casa que has perdonado mis groserías...

—¡Si á mí me es muy grata la idea!... Lo que pienso es que tal vez mi imprudencia, que tan desagradable te fué á ti, le haya podido producir á tu hermana la misma impresión...

—¡No te preocupe eso! ¡Al contrario! Silvia, cuando lo conté, se quedó sorprendidísima, pero en cuanto habló mi tía se puso de su parte, y luego, como estaba muy contenta porque tiene un canario, se empeñó en

alegrarme, y como es así, no paró hasta hacerme reir. Ella tiene muchísimos deseos de que veas su compra. No dejes de aceptar, créeme.

—Bueno, pues iré el domingo con vosotros á la torre.

VII

Estábamos en el fondo del jardín, junto al huerto, cuyas tapias se alzan al borde del barranco. Silvia encargó á Oscar que trajese la podadera para arreglar los jazmines del escondido cenador, porque las nuevas ramas todo lo invadían, obstruyendo el paso, y mientras yo, subido en la escalera de mano, cortara las esbeltas ramas que colgaban, ella iría poniéndolas en haces. Su hermano, para complacerla, se dirigió á la casa situada en el otro lado del jardín.

Una vez solos, Silvia, con aire misterioso, me dijo:

—Tengo que hacerle una consulta.

—Veamos de qué se trata.

—Cuando compramos el canario, yo elegí uno que me pareció muy cantador: era un

canario común. En el momento en que el vendedor metía la mano en la jaula, me distraje...—Bajó la cabeza y se ruborizó. Oscar llegó entonces con las pesadas tijeras de podar.

—Bien—dispuso Silvia.—Tú, véte á igualar la calle de la entrada mientras nosotros componemos un poco el cenador.

Y cuando Oscar se marchó, continuó ella:

—V. sabe bien lo que ocurrió al salir de la Rambla. Luego, un chico de la calle me llevó el canario. Pero el que tengo en casa es un *holandés*.

—¿En qué estriba la diferencia?

—En que el *holandés* es mucho mayor y más esbelto, y tiene las plumas de la pechuga como revueltas y encontradas...

—¿Y á V. le gustaba más el otro?

—¿Luego V. sabe que no es el mismo?

—No es eso, Silvia. V. es quien lo acaba de decir. Lo que yo pregunto es si le gustaba más el otro.

—No, señor, en absoluto. Pero ahora no se trata de eso. Lo que le quiero á V. consultar es otra cosa. Este canario es, por el contrario, mucho mejor y cuesta mucho más.

Si el pajarero se equivocó, yo debo devolverselo. Esto es lo que pienso; pero antes de decirle nada á mi tía he querido oir su consejo. ¿Se lo devuelvo al pajarero?

En este momento venía Oscar; y yo, aprovechando los segundos, sólo pude contestarle:

—De ningún modo. V. supone que ha sido el pajarero quien se ha equivocado: lo mismo puede equivocarse V. en esa suposición. El canario tiene la fortuna de ser completamente suyo.

Oscar, que ya llegaba junto á nosotros:

—Fíjate--me advirtió.—Estás cortando á ciegas. Y tú, mujer, en vez de amontonar las ramas, las estás deshojando y esparciendo los pedazos.

—Dispensa, Oscar; nos hemos distraído hablando del canario.

VIII

—Por entonces me conociste—decía Julián, prosiguiendo su relato. —Era cuando Zuagarregui, arrastrado por mí, empezaba á ir al Suizo algunos ratos y algunas noches á nuestro palco del Liceo. A fuerza de acercarlo á los demás, iba haciéndole perder un poco de su encogimiento.

Cada día era más estrecha nuestra afección. La familia Zuagarregui era mi familia. Silvia estaba llamada á ser mi mujer cuando, terminada mi carrera, me fuese posible ofrecerle una posición.

Mi admiración por sus encantos era tan grande, que rayaba en idolatría y se desbordaba en incesantes alabanzas. Ella hasta entonces sólo sabía que era una muchacha bonita, así en el sentido bruto y sin desbas-

tar de la palabra, y apenas había dedicado atención á su radiante hermosura. Gozaba yo lo indecible en hacerle descubrir sus propias bellezas.

—¿Sabes que tienes unos ojos hermosísimos, Silvia? — le decía. — Mira: ¿ves ese cielo esplendoroso, no aquí arriba, donde el azul es demasiado crudo, sino allá enfrente, donde se dulcifica y atenúa? Pues de ese color son.

—¡Qué tonto eres!

—¿Pero no lo habías observado nunca?

—Yo, ¿qué me iba á entretener en eso?— me replicaba ella.

—¿No te miras al espejo?

—¿No he de mirarme? Si no, ¿cómo iba á sacarme bien la raya? ¿Y el sombrero? No sabría nunca si me quedaba derecho ó torcido. Pero no voy á pasar el tiempo mirándome el color de los ojos; ¡vaya una extravagancia! ¡Anda, burlón, déjame en paz!

Así recibía al principio mis elogios. Su modestia, como el velo blanco que sujetaba al sombrero, lejos de apagar sus hechizos, los multiplicaba.

Cada día iba siendo más expresivo. No me

contentaba con sorprenderla haciéndole notar uno por uno sus encantos, sino que me complacía en analizarlos minuciosamente, entonando un himno continuo á su hermosura, á sus gracias naturales, á los atractivos de su sencilla elegancia.

Y cuando se deleitaba ante la belleza de un paisaje, ante la fragancia de una flor ó ante la armonía de una composición musical, le hacía sentir una y otra vez cómo todo aquello era frío y muerto, y cómo el mérito de las cosas no estaba en las cosas mismas, sino en la imagen que en su alma de ángel despertaban. En aquella alma, que tenía un estuche en que todas las perfecciones se juntaban como en su más alta y armónica expresión.

Al fin fué acostumbrándose á mis elogios ciegos.

Oscar seguía siendo el muchacho trabajador de siempre. Los domingos nos reuníamos á leer sus memorias, ya más breves y menos empalagosamente modestas. Poco tiempo tardé en conseguir de él que, una vez corregidas, me permitiera insertarlas en el periódico.

En cierta ocasión me pidieron un artículo para una revistilla que se hacía en la insignificante población en que vivía mi familia, diciéndome que les hacía falta original. Les envié al mismo tiempo que mi artículo, el último trabajo de Oscar, con una nota de la redacción (puesta por mí), en la que ésta advertía al público, que reproducía aquel trabajo de un periódico de Barcelona, porque, dada la importancia del mismo, creían prestar un servicio á la ciencia contribuyendo á divulgarlo. Cuando le enseñé el periódico á Oscar, ya no se enojó como la vez primera, y admitió que algo debía tener de notable cuando le dispensaban tan halagüeña acogida.

La misma doña Clemencia llegó á pensar que era preciso cambiar de sistema de vida, puesto que su sobrino estaba á punto de concluir su carrera, y no podía establecerse en aquellas condiciones.

Mudáronse, pues, á un primer piso del paseo de Gracia; tomaron una doncella además de la cocinera, y el aspecto de la casa empezó á cambiar sensiblemente.

En esto, ya al terminar mis estudios, recibí una carta de mi padre en la cual me hablaba de volver á su lado, «porque cada día estaba más viejo y achacoso, y no quería morirse sin verme». Al recibir esta carta, me dispuse á aprobar como alumno libre en la primera convocatoria las dos asignaturas que me faltaban para acabar la carrera. Pero á los pocos días recibí otra carta de mi madre, rogándome que lo dejara todo y me fuera, pues el médico afirmaba que mi padre no podría vivir mucho, por haberse exacerbado sus dolencias crónicas, y en vista de esto, hice á toda prisa la maleta, y con el corazón deshecho por lo que dejaba y por lo que me esperaba, salí de Barcelona.

IX

Chico, si me pidieras una receta para pensar, fundándome en los datos de mi experiencia personal, te respondería: pasa un invierno en el campo. Si es árido y triste el paisaje, mejor; si el tiempo es lluvioso nublado y desapacible, mejor aún; si te aguijonean sufrimientos sordos y continuos, muchísimo mejor todavía.

A mi llegada á casa apenas reconocí á mi padre. El espectro que me recibió con los brazos abiertos, no era él, sino una imagen borrosa de aquel á quien en su lugar dejé. Sus padecimientos crónicos se habían agravado de un modo alarmante. Sus dolencias, si se manifestaban desastrosamente en su aspecto, no habían influido poco en su carácter. Era el hombre bondadoso de siempre, pero agriado por mil contrariedades que se unían á sus dolores, se desagradaba con extraordinaria facilidad, y atormentaba á los que le rodeabamos hasta que se daba cuenta del daño que hacía. Entonces resucitaban los sentimientos generosos en aquel corazón enfermo, y trataba de borrar la mala impresión causada, hasta que una nueva excitación, producida por el hecho más insignificante, volvía á producirnos otro rato de indecible amargura.

Cuando llegué, como te decía, me abrazó conmovido. Un momento antes se había incomodado porque volvía sin terminar mi carrera, y á los pocos minutos de estar junto á él, esa idea nos proporcionaba un disgusto. Y al estallido de su desagrado sucedió un movimiento de orgullo y de satisfacción, porque, contestando á sus airadas quejas, le dije que antes que «un médico para los demás, era un hijo para el». Después de pasar escasamente media hora tranquilo, se encolerizó porque no me habían puesto en mi alcoba su relojera.

Y así de continuo. La menor cosa le afectaba exageradamente, la mayor parte de las

veces para proporcionarse imaginarios é injustificados disgustos.

En aquellas horas tristes pensé más que en el resto de mi vida. El paisaje muerto, la llanura afeitada de árboles para sembrar cereales, que habían de derramarse sobre los surcos paralelos del terreno en que la vida vegetativa podía prosperar, terreno que formaba como hondonadas entre las rocas cenicientas, sin que en los reducidos espacios libres que quedaban, brotara más que la retama, el romero y la maleza; un tiempo lluvioso, un cielo encapotado como si el día no fuese el contraste de la noche, sino una noche atenuada por la existencia de un sol lejanísimo, que se presentía tras aquella capa obscura que pesaba sobre el ánimo, como una losa funeraria; mis penalidades de enfermero, mis angustias de hijo, mis torturas de estudiante que busca inútilmente la curación de enfermedades incurables, cuyos alarmadores síntomas eran los tristes heraldos que se adelantaban á anunciar la entrada de la muerte en aquella casa, mis sufrimientos de enamorado lejos del ángel de mis amores, todo lo que había en

mí y fuera de mí, conspiraba para encerrarme en una clausura profunda, que no dejaba más resquicio de comunicación con el mundo que el buzón de correos, donde caían de contínuo mis abultadas cartas para Silvia y mis notas á los libreros pidiéndoles obras de medicina, cuyas hojas registraba ansioso, buscando en vano remedio ó alivio á las incurables dolencias de mi padre.

Estudié y escribí mucho. De esta tarea sólo me apartaba la necesidad de cuidar al enfermo y la de distraer un poco á mi santa madre. Estudiaba para mi padre y escribía para Silvia y Oscar.

Veía tan hermosa á la Margarita de mi poema en aquellas penosas horas de ausencia, que mis cartas eran un canto á su belleza, á sus perfecciones todas.

Empezaba á hablarle de mis tristezas, atenuándolas para no hacerla sufrir, y á la evocación de su imagen bellísima, sonriente y dulce, se evaporaban las gotas de mi cicuta, y caía mi espíritu en un éxtasis, en un deliquio suave y delicado, enviándole en cada línea con loco ardor el incienso de una adoración múltiple; adoración de amante

lejos de su amada y encerrado en su recuerdo; adoración de artista que sueña con la musa de sus inspiraciones; adoración de creyente que en la santidad de su angelical dulzura, cifraba la salvación de un alma á punto de hundirse en los bravíos embates de tormentos indefinibles é interminables, como las olas de un mar negro y borrascoso, en el que la espuma de las masas gigantescas es menos formidable, menos espantosa, menos aterradora, que la idea del oculto fondo, donde siente naufragar una vida que es la suya; del fondo tenebroso donde las presiones de lo infinito rompen los vidrios del escafandro, con que el pensamiento audaz quiere sondearlos, en las tenebrosidades de la duda que obscurecen el seno misterioso de la muerte.

X

No te detallaré todos aquellos sufrimientos. Murió mi padre á los pocos meses de mi llegada, y mi madre le sobrevivió apenas cuatro años, durante los cuales no pude, ni quise, separarme de ella. Y como no era posible, sin una grandísima violencia, hacerla salir del pueblo en que había nacido, y vivido su existencia entera, allí pasé con ella todo aquel tiempo.

Adoraba á Silvia, pero veneraba á mi madre; palpitaba la figura esbelta de mi musa en mis sueños para el porvenir, pero latía la imagen de mi madre en los recuerdos amados de la infancia; la una era la ilusión risueña y grata, la otra el deber con sus satisfacciones, con sus alegrías, con sus enseñanzas. Por mi amada hubiera dado gustoso

mi vida en cuanto era una cosa mía; pero aquella anciana, á quien sólo mis cuidados y mis ternuras animaban y alentaban,—siquiera fuese no más que para prodigarme sus sonrisas y sus bendiciones,—me necesitaba á su lado, y si acariciaba la idea de consagrar mi existencia á la niña de ojos azules y serenos, era porque me inspiraba sentimientos elevados y tiernos, demasiado elevados y demasiado tiernos, para que se me ocurriera sacrificarle la vida de la que para ella la había infundido en mí.

Seguíamos escribiéndonos siempre. Ella á mí, dos ó tres cartas semanales; yo á ella, todos los días, al principio; luego, como ella á mí. Ella me enviaba plieguecitos chicos de una espaciada, extendida y clara letra inglesa; yo á ella pliegos grandes, de letra estrecha y apretada.

Pero no se me ocurría quejarme. Sus cartas eran diminuta chispa de fósforo que prendía la luz de mi cariño, de aquel cariño sin límites que iluminaba con su intensidad cuanto me rodeaba.

Cuando se extinguió la vida de mi madre, traté de arreglar mis asuntos para volver á

Barcelona. No quería ir sin tenerlo todo preparado y dispuesto para poder pedir la mano Silvia.

¿Es que se resintió por mi tardanza en volver á su lado? Tal vez fuera esa la causa. El caso es que sus cartas fueron de día en día más lacónicas. Ya no me escribía más que una semanal, y entonces me pareció empezar á notar que el lenguaje revelaba un engreimiento delicioso.

—«Anoche estuvimos en la reunión del Conde de X, cliente de Oscar, y la Condesa y sus contertulios estuvieron conmigo tan indulgentes como lisonjeros.»

—«Dispénsame que no te haya escrito ayer, según mi costumbre; pero tuvimos la casa llena de gentes que venían á felicitar á Oscar por la maravillosa operación que le ha hecho en el parietal, al banquero Sr. Bofarull de Vendrell, el propietario de la nueva Línea Transatlántica, y tuve que estar recibiendo á las señoras de nuestros numerosos amigos.»

—«Hemos visto lo que has escrito en el periódico de esa población, acerca del estudio de Oscar sobre la enfermedad de Bassedow. *La Revista de Adelantos Medicales* de

París le dedica también un largo artículo. Ya ves que para la reputación de mi hermano no hay Pirineos, como él dice con mucha gracia.»

Lo único que me extrañaba era que Silvia no conociera el estilo del apologista, que en su fraternal afecto hacia Oscar, después de haber escrito para elogiarlo en cuanto periódico español tenía algunas relaciones, había utilizado las de uno de sus amigos de París, escribiendo penosísimamente en una lengua extranjera un artículo, y encargando que le enviaran al elogiado un ejemplar del número en que el *bombo* se publicase, porque su cariño hacia el hermano de su adorada era lo que «no reconocía fronteras».

XI

Pero esta no era la única nota fría de las cartas de Silvia. Había en ellas cierta regularidad, cierta extraña tiesura, que iba acentuándose á medida que iba el tiempo pasando, y que no podía achacarse á disgusto por mi tardanza en regresar, aunque esa fué la explicación que yo di al hecho.

Esta obsesión mía tiene, sin embargo, una explicación bien sencilla. Pasas por un museo, y si llevas la fe del artista, la inmóvil escultura produce una sacudida viva en tu alma al revelarte cómo ha podido llegar á tomar forma la belleza, en la gracia encantadora de la Venus sorprendida y sacada del mármol á la eternidad de la gloria por el cincel de Praxíteles. Cruzas la nave de un templo, con la fe del creyente, y las rodillas se te

doblan ante el cuerpo del Cristo clavado en su cruz, esculpido en la madera del propio ciruelo, junto al cual aparecía su vieja dueña, con una piedra en cada mano, para impedir que los que ahora viven de sus enseñanzas, lo despojaran antes de su sabroso fruto. Y la madera muerta y el mármol helado, nos cobran el tributo de las ideas que despertaron en nosotros, y hacen que sea imagen de nuestras adoraciones lo que ha generado nuestras imágenes y nuestras adoraciones.

¿Te explicas ahora el fenómeno? Silvia era para mí una virgen de Beato Angélico por la expresión y una Venus de Pergamo por la forma de su bellísima testa. Y si con sólo verlas, la virgen y la venus dejaron una huella indeleble en mi alma, ¿cómo querías que pusiera reparos en las reservas de aquella viviente criatura, que tenía para mí, como únicas garantías de su vida terrenal, el hierro de su sangre y la cal de sus huesos?.

XII

Desde la estación, sin cambiarme de ropa, con los desaliños y los descuidos de la ansiedad, fuí á casa de Silvia.

Cuando el coche se detuvo á la puerta, creí haberme equivocado. Sin embargo, aquel era el paseo de Gracia y aquel el número. Sin vacilar más entré en el portal. No había dado en él dos pasos, cuando me salió al encuentro un portero de chillona y ostentosa librea.

—¿Por quién pregunta V.?

—¿Los señores de Zuagarregui?

—En el primero, pero no reciben.

—¿Cómo que no reciben?

—No, señor. No reciben más que á las personas de su mayor intimidad á causa de la desgracia.

—¿De la degracia...?

Entonces me fijé en la ancha gasa que cubría el sombrero de aquel hombre hasta la escarapela.

Una sospecha terrible me asaltó. ¿Habría muerto Silvia? Y casi sin aliento hice al portero la pregunta.

—No señor. Doña Clemencia, que falleció antes de ayer—fué su respuesta.

Respiré. No era ella. Y sin oir más, subí de cuatro en cuatro los peldaños.

Un criado abrió por fin la puerta.

—Los señores no reciben. Tenga V. la bondad de darme su tarjeta.

—Soy una persona de su intimidad que acaba de llegar á Barcelona. ¿Dónde está la señorita?

—En sus habitaciones particulares.

—¿Dónde están sus habitaciones?

—Le anunciaré. ¿Me hace V. el favor de decirme su nombre?

Se lo dije andando ya por el pasillo; pero detrás del criado entré en el gabinete sin dar tiempo á tales ceremonias.

La habitación estaba á media luz. Cuatro ó seis personas había allí. En un canapé estaba Silvia. Dos caballeros y un sacerdote se pusieron de pie al entrar yo.

Al verme, tuvo la hermana de Oscar una expresión de extrañeza.

—¡V. aquí!

Y pasada la sorpresa, después de tenderme la mano ceremoniosamente, procedió á las presentaciones oficiales.

—Mi director espiritual, el P. Tal.

—La señora condesa de Cual, la señora marquesa de Vázquez, la señorita Fulana.

—El general López, nuestro gobernador militar, y el Sr. Pérez, su ayudante. El señor *** (aquí mi nombre seguido de esta coletilla), «antiguo amigo nuestro, compañero de Oscar y entusiasta admirador suyo». Y después me invitó no menos ceremoniosamente á sentarme.

Yo estaba aturdido. No acertaba á explicarme nada de lo que ocurría. Silvia se pasó la punta de la lengua por los labios, arreglóse los pliegues de su traje de luto, examinándome al través del cristal del impertinente de concha y oro, y al reparar en el polvo que me cubría:

—¿Llega V. ahora?—me preguntó.

—En este instante.

—¡Qué grato es recibir esas muestras de afecto en estos acibarados momentos! No hallo palabras para agradecer á todos nuestros amigos las señaladas distinciones de que nos rodean en nuestro duelo! Y haciendo girar sus hermosos ojos, dejó caer una lánguida mirada sobre el rostro grave y afectado del general.

—Pero, Silvia, ¿qué ha pasado aquí?—dije sin poder contenerme.

—Le ha sorprendido á V. la noticia? ¿No es verdad, nuestro fiel y excelente amigo? Ha sido una cosa repentina. Oscar podrá explicárselo á V. mejor. ¡Oh! ¡Esto es una horrible pesadilla!

No es posible imaginarse mis emociones. La señorita que tenía delante no era Silvia ni física, ni moralmente. La figura elegante y esbelta se había achatado y contraído: lo que eran líneas casi rectas en su cuerpo, habíanse convertido en curvas de redondeces mundanas. Sus mejillas sonrosadas, eran carrillos encarnados cubiertos de una capa de polvo para atenuar el color. Sus ojos, que parecían haber robado al cielo su transparencia y su serenidad, siempre abiertos, se habían alargado y tenían ahora los párpados entornados para velar la mirada vaga de una miopia convencional. Sus labios se habían engruesado, y todo su cuerpo revelaba un cambio radical, aunque no tan grande, tan profundo, como el trastorno moral que denunciaban sus actitudes estudiadas. Estudiadas hasta el punto de que no había un solo músculo en su cara, ni en su cuerpo, que pareciera poder contraerse espontáneamente, como no había en sus frases ni en la manera de decirlas una sílaba, ni una inflexión, que brotara con naturalidad de aquel tórax, comprimido por el corsé de un falso ideal de perfecta elegancia, que desnaturalizaba, afeándolas horriblemente, negándolas en absoluto, todas aquellas perfecciones de que era en otro tiempo la ideal encarnación.

Una conversación pausada, artificial, helada, siguió á las primeras frases. No pudiendo resistir más, hice un movimiento para levantarme.

—¿Va V. á pedirme autorización para ir á saludar á Oscar? Concedido, amigo mío.

Y tendiéndome la mano derecha como una soberana al más humilde de sus vasallos, á quien hubiera otorgado tan alta gracia, comprimió dos veces un timbre con la izquierda, mientras me detenía para indicarme, que, aunque su hermano estaría trabajando, porque gravísimas ocupaciones le retenían en su despacho, tendría, sin embargo, mucho gusto en recibirme.

Hice una inclinación de cabeza, y salí.

XIII

En el pasillo tropecé con el criado, que, advertido por el timbre, venía á mi encuentro.

—¿Dónde está Oscar?

—En su despacho. Anunciaré al señor.

—¡Qué anuncio ni qué ocho pitos! ¿Dónde está el despacho?

—Al extremo del corredor... Más adelante.

—¿Es aquí?

—No, señor; esa es la puerta de escape...

Y sin oirle más, abrí y entré.

—¡Oscar!—dije, abriéndole los brazos.

—¡Hola! ¿Tú por aquí?—exclamó él sorprendido, pero tan poco emocionado como su hermana.

Y soltando la pluma, se adelantó pausa-

damente á darme un abrazo como el que da en las tablas un actor que trabaja por compromiso.

—Chico, ¿pero qué sucede?—le pregunté.

—¡Ya ves! ¡Una terrible desgracia! Un caso de... complicado con... y agravado por...

Y como si estuviera dando una conferencia en un congreso médico, lució, con todos los nuevos tecnicismos de las últimas producciones europeas, sus conocimientos y sus dotes...

Mi sorpresa seguía en aumento. Hasta que, interrumpiendo su erudita disertación, no pude menos de exclamar, *ex abundantia cordis*.

—¡Pero chico! ¡Qué cambiados os encuentro!...

—Es natural, ¡la acción del tiempo! ¡La acción del tiempo que todo lo modifica en virtud de leyes inflexibles! Mira, ya tengo tres canas en la barba, ¿ves? ¡Qué días aquellos de las escolares tareas!

Me sentía anonadado. Por decir algo, no pude menos de preguntarle.

—¿Y qué haces ahora?

—¡Ah! ¡No te puedes figurar! ¡La prensa nacional y la extranjera!...

—No. Te preguntaba qué hacías en este momento.

—¿En este momento?

Mi pregunta le desconcertó un poco. En seguida, rehaciéndose:

—¡Ya ves! Todo debo decírtelo á ti, que has sido siempre un amigo tan benévolo para mí—añadió en tono confidencial.—En estos acibarados instantes no me ha sido dable atender á mis compromisos científicos, profesionales y sociales y para no exponer mi seriedad á interpretaciones torcidas, estoy haciendo algunas noticias á fin de que los periódicos que no han dado aún cuenta de nuestra desgracia, la den, y con ella satisfacción á los que pudieran sentirse agraviados.

Entonces me fijé en las cuartillas que había escrito ya sobre la mesa. Eran las noticias á que se refería, en las cuales, más bien que de la muerta, se hablaba de los supuestos méritos y cualidades de su «conocido» é «ilustre» sobrino.

—Figúrate—continuó Oscar—el ánimo

que tendré yo para hacer estas cosas. Yo, que, como tú sabes, era tan excesiva y ridículamente modesto! Pero, como tú me dijiste muy bien el día que nos conocimos, he comprendido al fin que si la modestia es una virtud, «no debe ser tan exagerada que pueda impedir, al que la tiene, ponerse en condiciones de realizar sus aspiraciones legítimas y de cumplir con sus deberes para con los demás». (¿Ves qué excelente memoria tengo?) Y como el mundo es así...

—¡No, Oscar, el mundo *no es así!* Pero no discutamos ahora acerca de esto. Mi visita tiene tanto de una llegada como de una despedida. Adiós, pues, porque esta tarde salgo para Madrid, y tengo poco tiempo. Adiós.

XIV

Cuando pude reflexionar, la frase mía, recordada por Oscar en aquellos críticos momentos, me explicó lo ocurrido.

Al principio sólo tenía en mi espíritu el crespón del aturdimiento con el luto de mi corazón, huérfano y desgarrado por la muerte de todo lo que constituía mi vida, mi pasado y mi porvenir.

Porque allí no había muerto una persona sola para mí. Enterrada doña Clemencia, encontré muerta á la Silvia de mis sueños, á la visión celestial que llenó con sus destellos mi alma, á la ideal criatura que tenía la expresión de una virgen de Beato Angélico, la cabeza de la Venus de Pergamo, y la ideal figura de la Margarita de Goethe; tan muerta, que la negación de su existen-

cia era aquel ajamonado maniquí, con maneras afectadas de comedianta torpe. Muerto el amigo sencillo, trabajador y modesto, á quien llamaban en otro tiempo sus compañeros «la monja bonita», atestiguando su desaparición aquel personaje ridículo, de alma desecada por el vacío de una vanidad huera, que le permitía hacer materia de reclamo lo que en otro tiempo fué para él lo más santo y lo más respetado. Y otro muerto, además, más muerto que ellos, porque le quedaba la facultad de mirar, y la desgracia de asistir á sus propios funerales; más muerto que ellos: yo.

¿Qué había sido ¡cielos! de todo lo que encontré al conocerlos? ¿Quién el miserable ladrón que me robó mis tesoros? ¿Quién el asesino vil que mató á mi virgen y ahogó el corazón del que debía ser mi hermano?

La frase de Oscar lo revelaba claramente. Su asesino fuí yo. Yo, que no podía culpar á nadie, porque mi muerte moral era un suicidio irreflexivamente preparado.

Como el anarquista que carga él mismo la bomba que destroza y disemina á pedazos sus entrañas entre las ruinas de lo que de-

rrumbó, penetré en aquella casa toda *interior*, para hacer estallar en ella la bomba de mis impetuosidades, introduciendo con mi funesta influencia los sibaritismos de la ostentación, la hidropesía insaciable del aplauso público, y el prurito deshonesto de una celebridad malsana, que aniquilaron y esparcieron, arrojándolos á la calle, á la plaza pública, los pedazos del santuario.

Si hubiera conocido un poco más la vida, en vez de aquella aparatosa frase que Oscar me recordaba, retorciendo su sentido, en los momentos en que veía derrumbarse el edificio entero de mis ilusiones, de mis esperanzas y de mis sueños, en vez de aquella frase que le dije al conocerlo, hubiera sido mil veces mejor, que, elogiando su meritísima modestia, al abrirle los ojos sobre la conveniencia de que abandonara las exageraciones con que en él se daba, le hubiera dicho el sabio proverbio francés que expresa la observación profunda de que:

On n'a jamais vu un sot modeste (1).

---

(1) No se ha visto nunca un tonto modesto.

Pero no. Para que ni aun de ellos pudiera quejarme nunca, me han quedado en mi soledad moral, con las amarguras de la decepción, las torturas del remordimiento. Porque si el aturdimiento de los pocos años atenúa mis responsabilidades, queda en pie delante de mí, el hecho brutal de haberme acercado á aquellas dos almas que la vida me ofreció buenas, puras y sencillas, para entregárselas luego al mundo, lesionadas, corrompidas, desnaturalizadas.

¡¡A ESE!! ¡¡A ESE!!

I

Te he entristecido, lectora mía, al ofrecerte el cuadro que Julián me pintaba con los colores sombríos que velaban su espíritu al evocar sus recuerdos?

Si este libro tuviera otro carácter, es posible que, entregándome á un concienzudo análisis de los elementos palpitantes de su historia, viniéramos á hallar conclusiones consoladoras, en medio de las tristezas que invadían el alma de Julián. La índole de esta obra no lo consiente. Sólo me es dable, para que veas cómo es varia y múltiple la vida en cualquiera de sus manifestaciones,

ofrecerte esta otra historieta que me contó un andaluz ilustre, al enseñarme un día en su estudio tres dibujos á pluma.

Vaya, pues, tras el cuento de Julián el médico, el que con sus confidencias me dió hecho un pintor famoso, cuyo nombre callo por razones que á tu discreción seguramente no han de escaparse.

II

¿Ves—me decía—esa torre que se levanta esbelta, destacándose en el cielo transparente y puro de la árabe Granada, tras el muro protector, cuya geométrica horizontal rompen las hojas y los tiestos en que el culto de Flora luce esplendores y derrama perfumes?

¿Ves ese otro dibujo, en el cual, sobre el heráldico escudo, en el corrido balcón, asoman esas dos monísimas figuritas de alta peineta, mantilla blanca y falda corta?

Fíjate en las maravillas de ejecución de esos dos trabajos, en la gracia y precisión de las líneas, en la magia de la luz que les da bulto, forma y vida.

Ahora mira este otro dibujo. El pensamiento ha nacido en el mismo cerebro. Pero la pluma que trazó este último es una plu-

ma inexperta, una pluma profana. Esa mujer que cruza la plazoleta con el cántaro al brazo, dirigiéndose á la vieja fuente, tiene carnosidades burdas, desaciertos de un *naturalismo casual.* Las rayas que señalan las sombras son vacilantes, sin saber á punto fijo dónde han de empezar y dónde concluir. Es la interpretación torpe, de una impresión delicada, ejecutada por una mano grosera, no hecha á los refinamientos de la factura artística.

Los dos primeros son dos originales; el último una copia. Pues bien; esos tres dibujos tienen su historia, y voy á referírtela.

Empezaba yo á estudiar mi arte, y tenía, á lo que parece, una facilidad extraordinaria para el dibujo. Mi tío, el pintor fué quien me dió las primeras lecciones, demostrando una paciencia envidiable, que le prestaba su confianza en el éxito. Me elogiaba tanto que llegué á creerme ya un gran artista.

Mi padre, sin embargo, que no tenía en mis aptitudes la misma confianza que su hermano, me obligó á seguir la carrera de Filosofía y Letras, con la esperanza de

que pudiera algún día llegar á ser profesor del Instituto.

En tanto, yo, en vez de estudiar seriamente, me entretenía en comprar cromos cuyo contorno calcaba á escondidas, llenando los huecos con colores, que, si no eran los del original, á ellos los prefería, razonándolos á mi manera. Así me iba haciendo una falsa reputación en casa y entre mis amigos.

La obsesión de mi halagado amor propio llegó á sugestionarme la idea de que sería capaz de realizar prodigios. Un día ya me decidí á ponerme frente al natural. Fuíme por la cuesta de los Gomérez, y entré en el bosque de la Alhambra. Iba loco de orgullo, porque creía que las gentes todas me supondrían un artista.

Por el camino me encontré á un compañero de clase.

—¿Dónde vas?—me preguntó reparando en el bulto de la caja y demás enseres del oficio.

—A tomar un apunte—le contesté con aire desdeñoso.—Un apunte para un cuadro en proyecto.

—Pues yo voy á la Universidad—me respondió.

Y hacia ella se fué, con gran contentamiento mío, que me hubiera visto en el peor de los aprietos si él, siguiendo mi ejemplo, hubiera dejado la clase por venir á ver lo que yo hacía.

Entré en el bosque, y dando un rodeo, me situé en una altura inaccesible para los que viniesen por el camino recto que conduce á Siete Suelos. Así nadie podría ver lo que yo hacía, y cuantos pasaran me tomarían por un pintor estudioso.

Monté el aparato, coloqué sobre el caballete de campo una tablita, y en ella empecé á tratar de hacer algo, tomando todo el aspecto de una persona atareadísima.

El espectáculo que se ofrecía á mis ojos, si no propiamente pictórico, era de lo más hermoso que te puedes imaginar. La luz se filtraba por el espeso follaje, formando en el suelo y en los troncos manchas elipsoidales, temblorosas, de una transparencia delicadísima que, bajando en forma de cintas de viva claridad, cruzaban el ambiente. En ellas millares de órganos ó de organismos,

vivos ó muertos, partículas casi invisibles como plumas diminutas de alas de mosquito, se atropellaban, se perseguían, se cruzaban, caían anonadadas algunas y ascendían las más, como si, correspondiendo á los besos del sol, los ardores de la tierra le enviaran aquella procesión de sutilísimas menudencias á ofrecerle un tributo de homenaje y gratitud.

Al querer dar una idea de aquello, los troncos se multiplicaban delante de mí; la hierba menuda tenía tantas hojitas alargadas, tantos detalles, que era imposible reducirlos á una expresión concreta en los límites de aquella madera rectangular. Las plantas y los retoños de los elevados árboles, los grupos de hojas, los cruces de ramas y sus divisiones y subdivisiones, parecían multiplicarse á medida que los miraba. Luego tenían tantas formas, tantas quebraduras, tantos ángulos, curvas y sinuosidades tan raras, que parecía como si, riéndose de mí, la naturaleza las borrase, haciéndome una continua mueca burlona, á medida que trataba de copiarlos. Lejos de desalentarme, eché mano de la siena tos-

tada. Había oído á mi tío que esto daba mucho vigor al colorido, y con siena dibujé una porción de rayas casi perpendiculares, matemáticas. Luego traté de colorearlas. La pintura se me ensuciaba, los colores se destruían unos á otros, y era aquello un disparate sin sentido.

No por eso perdía un momento las apariencias de un inspirado. Echaba atrás la cabeza para contemplar mi obra, como si tuviera en mis ojos la chispa del genio. Si por un momento me distraía, en cuanto notaba que alguien cruzaba por abajo, por la calle de árboles, manteníame dignamente á la altura de mis pretensiones. En esto pasó un joven que tendría unos veinticuatro años, seis ú ocho más que yo. Llevaba su caja, su caballete y su asiento de bambú. Me miró, y sentí un ligero escalofrío. «Si diera la vuelta, pensé, y viera lo que estoy haciendo, ¡qué vergüenza!»

A pesar de eso, continué en mi labor, que en su grotesca superchería tenía para mí, sin embargo, encantos que se sobreponían á las sugestiones de mi propia necedad. Gozábase allí de una temperatura deliciosa, y

los ruiseñores gorjeaban, suspendiendo y encantando el ánimo. Si no era lo bastante hábil para pintar la hermosura del sitio, era lo bastante delicado para sentirla. A veces, en medio de la grotesca farsa, me distraía de la postura pretenciosa, atraído por la belleza del tronco que tenía cerca, demasiado cerca para abarcar la imagen en las proporciones que requería un detalle de mi tabla, pero lo necesario para que, como una totalidad artística, se me impusiera. Aquel tronco que yo había querido representar poniendo entre las dos líneas del ancho del meñique un color igual, pardusco, en fuerza de mirarlo, empezó á enseñarme todos los colores de la paleta, graduados, combinados y dispuestos de un modo prodigioso. En el borde de un nudo, de una cicatriz redonda que dejó el hacha podadora al segar una rama años atrás, había fibras que, al ser besadas por uno de aquellos óvalos luminosos, tenían tonalidades de un amarillo más delicado que el amarillo brillante y el cromo claro, con hilachas de un rojo intensísimo que en vano hubiera querido remedar el vermellón, y ofreciendo una

claridad al lado de la cual el blanco plata hacía el efecto de un poco de yeso que quisiera imitar las transparencias de un pedazo de nácar. Junto á estos tonos claros había notas obscuras que prestaban al nudo un relieve extraordinario. Yo, guiado por el color uniforme de mis cromos, pintaba, como una mancha uniforme también, los obscuros de mi apunte; ¡pero aquella obscuridad era otra cosa tan distinta! Los azules intensos del ultramar, los rojos del carmín, las opacidades del negro hueso, todo aquello bailaba allí dentro, produciendo en mi espíritu el vértigo de la impotencia.

Entonces tuve miedo de la naturaleza. Recogí los chirimbolos, y taciturno y cabizbajo, con la vergüenza en el alma y el sonrojo en las mejillas, salí de allí pensando no volver más á abrigar las gárrulas pretensiones de mi vanidad estúpida. Al entrar en la calle central, después de deshacer mi rodeo, me encontré al joven pintor, que en una esquina tomaba de verdad un apunte. Tenía dibujada la Puerta de los Carros con una destreza encantadora.

—¿Me permite V. ver lo que hace?

—Con mucho gusto, señor—me dijo, separando ligeramente el cuerpo para que viera su obra.—Dígame lo que le parece de esto. V., que por lo visto es del oficio, ¿cree V. que va bien?

Mi confusión no tuvo límites. Le dije que yo no sabía pintar en absoluto, que me gustaba mucho el arte, y que no había hecho hasta entonces más que calcar cromos; que aquel día había querido hacer una primera tentativa de acercarme al natural, y que no había sacado de mi infructuosa tarea más que el convencimiento de que no servía para aquello.

El insistió en ver lo que había hecho, y yo, que empecé por encerrarme á piedra y lodo á su petición, concluí por abrir la caja y mostrarle aquel mamarracho. Una carcajada espontánea y sonora brotó de sus labios. Se reía de mi obra con toda su alma. Yo debí romperle la crisma, y te aseguro que hubo un momento en el cual apreté en la mano los tres listones del asiento que llevaba en ella. Pero si tenía un temperamento de actor, tenía ya un alma de hombre; y mi conciencia, rápida como un rayo,

atajó el estallido de la ira, haciéndome ver que aquello era no más que un castigo merecido. Además, su risa tenía una cosa especial. No resbalaba en sus sonoridades la befa mortificante. Diríase, por el contrario, que la sorpresa era lo que dominaba en la impresión del extranjero. Las palabras con que expresó su pensamiento confirmaron en seguida esta instantánea apreciación mía.

—¡Diablo!—exclamó—V. no sabe pintar, pero es un pintor de primera fuerza. Esto, que parece una paradoja, es una verdad tan cierta como puede serlo la más firme que yo pudiera hallar.

—Por esa luz que nos alumbra, que no le entiendo.

—Me explicaré. Tenga V. en cuenta que soy alemán, y como alemán un poco filósofo, es decir, aficionado á buscar por la meditación el claro-obscuro de mi propio pensamiento, tratando de precisarlo en la aparente indefinición de sus contornos.

—Deje la metafísica á un lado, si no quiere que me pase con V. lo que me pasa con Kant, que aprendo de memoria la definición suya que cita el profesor sin entender una letra de lo quiere decir.

—Pues bien, trataré de expresarme con claridad. Sólo á un hombre que lleva un pintor por dentro se le ocurre atreverse con un asunto tan endiabladamente complicado, con unos efectos de luz tan difíciles de *rendir*. Y una vez ante tal maraña, sólo los alientos de un genio son capaces de revolverse en la red de tanta dificultad, sin sentirse desalentado en su labor, apenas emprendida. V. ha pasado varias horas batallando con esto. Ha hecho V. cosas de memoria delante del natural, oyendo á *su inteligencia* en vez de *creer* á *sus ojos*, no educados todavía para poder *ver* una cosa tan difícil. No ha conseguido V. romper esa red en que una genialidad de artista había metido su inocencia de muchacho, lo bastante para salir de ella, pero ha trabajado V. lo suficiente para enseñar esas alas.

—Mire V., de toda esa filosofía, lo que yo saco en claro es que me está V. *tomando el pelo*.

—¿Cómo?—dijo sorprendido.—Ahora soy yo quien no entiende á V. No sé si porque

no tengo bastante preparación para conocer su filosofía, ó bastante conocimiento de su lengua para apreciar el sentido de sus palabras.

—Quiero decir que creo que se está V. burlando de mí.

Y el alemán, poniéndose muy serio, me contestó:

—Yo no soy un hombre que puede burlarse de nadie. En prueba de que no creo esto un disparate en tonto, sino que encuentro en ello lo que le digo, y que esto me interesa mucho, estoy dispuesto á hacer con V. un cambio. Venga conmigo al hotel. Yo le abro la cartera de mis dibujos, y V. elige lo que quiera á cambio de esta tabla con que ha hecho *su debut*.

Hasta muchos años después, no he comprendido al joven pintor alemán. Entonces yo no tenía de lo bello más que intuiciones, vagas, poderosas, enérgicas, que era lo que, desviado por mi vanidad y por mis pretensiones ridículas, me sostenía en el desempeño de aquella comedia en la que de ordinario se daba en mi espíritu el extraño fenómeno, de que la artería, mirando á la

satisfacción mezquina del aplauso, se sobrepusiera al sentimiento honrado del arte, que, sin embargo, asomaba en mis descuidos, imponiéndoseme, como esos árboles que en las ruinas de un castillo brotan entre las junturas de las losas que fueron pavimento, sobre el que la vanidad de un señor amontonó sus enjaezadas cabalgaduras, sus pajes, sus hombres de armas, sus heraldos, que anunciaran al mundo su brillo y su esplendor; como esos tallos que, al crecer, levantan poco á poco el tablero de damas formado por las rectangulares berroqueñas, arrancándolas y separándolas, en el transcurso del tiempo, con las tenaces y persistentes energías de sus nerviosas raíces.

Pero aún mis sentimientos honrados de artista no habían hecho esa labor. Tenía todavía sobre mí las miradas indiscretas del aplauso casero, y el artero vándalo latía bajo mi piel.

Cuando llegamos á la fonda, el joven alemán me entregó, á cambio de mi mamarracho, tres dibujos á pluma, que revelaban su maestría, su mérito y su trabajo.

III

Entre las familias amigas nuestras contábase la de Rosillo de Santa Fe. Componíanla un viejo arquitecto, solterón, que vivía con su hermana, cuyo marido murió en la güerra de Africa, y con su sobrina Angustias. Por esta muchacha sentía yo una simpatía vivísima. Ella celebraba siempre mis pinturas, que encontraba mucho más interesantes que los croquis, planos y proyectos de su tío. Es difícil trabajar sin pensar en alguien, y te aseguro que su imagen no se separaba de mí un segundo. El deseo de que ella encontrara bonito algo mío era el acicate qne me empujaba á realizar mis arterías.

El día que fuí al bosque, al salir de casa miré á sus balcones,—porque éramos vecinos.—Allí estaba, graciosa, esbelta, encan-

tadora, regando sus tiestos y poniendo en su clavo la jaula del jilguero.

Cuando volví la encontré en mi casa.

—¿A ver, á ver lo que has hecho?—me dijo.

Tuve por un momento el deseo de referírselo todo, pero mi fatuidad se interpuso. ¿Le iba á contar que aquella era la primera vez que me ponía frente al natural? ¿Yo, que para que sus miradas se fijasen con admiración en mis pinturas, le había ocultado tan cuidadosamente las artimañas de que me valía para la reproducción de los cromos? ¿Le iba á decir que había hecho un mamarracho, del cual se habían reído? ¿Que un joven—que podía gustarle más que yo—me había dicho que era un pintor que *no sabía pintar?* ¿Y luego, aquella cara de esperar algo muy bien hecho, la iba á cambiar por una cara de desencanto y desilusión? No; esto era superior á mis fuerzas. Me faltó valor, y tras de la cobardía vino la infamia.

—Mañana lo verás. Se me ha ocurrido una idea. He trabajado para ti, pero hasta mañana no tendré concluido lo que preparo.

Aquella noche, después de comer, me fuí

á mi cuarto. Sobre el dibujo del alemán coloqué un papel fino y empecé á calcarlo. Era imposible tomar la expresión de cada rasgo, y mis trazos, flojos, lacios, temblorosos, tenían un desconcierto, una falta de firmeza, una ausencia de intención tal, que aquello no resultaba ni artístico ni cosa que lo pareciera.

Entonces abandoné aquella penosa tarea, afilé el lápiz y traté de copiarlo. La reproducción de los rasgos principales resultó menos *exacta,* pero más *fiel* que el calco. Comprendía la intención del artista, que, perdida cuando seguía los trazos al través del papel, resultaba así mejor interpretada. Después de apuntadas con lápiz las líneas principales, apoyándome en ellas, terminé la copia á pluma. Luego cogí el original y lo quemé para que no quedaran huellas de mi delito.

Al día siguiente el producto de mi robo me valió una ovación de ella, ¡de *ella!* Angustias lo miró, me miró á la frente, y pagó con un beso aquellas rayas que yo no había hecho más que imitar, pero que pasaron para ella por una cosa original mía. Y una

vez en aquel camino de superchería y de ficción, al poco tiempo no tuve inconveniente en apropiarme los otros dos apuntitos. Recorté la firma, y se los regalé como míos, sin tomarme ya siquiera el trabajo de copiarlos.

IV

Pasó el tiempo, y lo que había sido un recreo, estimulado por mis vanidades de adolescente, fué poco á poco convirtiéndose en una pasión profunda por los encantos de la naturaleza, y constituyendo en mí una necesidad absoluta el deseo de transmitir á los demás mis impresiones.

Estudié, estudié con ahinco. Obtuve una segunda medalla en la Exposición de Madrid de 18** y una primera en la de París de 18**.

De vez en cuando nos escribíamos Angustias y yo. Ella me felicitaba cariñosamente por mis triunfos, y yo, distraído ya de aquellos amores infantiles, seguía recordándola con verdadero afecto.

Cuando hace dos años volví á mi país, obtuve de ella que, á cambio de un cuadrito al óleo, me devolviera esos dibujos que tenía un vivo empeño en recuperar.

Porque no puedes imaginarte lo que me ha preocupado el recuerdo de mi acción indigna y despreciable.

Más de una vez, cuando iba distraído por la calle y oía á las gentes gritar, corriendo tras alguno, «¡A ese, á ese!», se me figuraba que aquel grito debían darlo por mí. Y apenas pasada la sorpresa, sentía deseos de calmar la indignación y el odio de las gentes diciéndoles:

—¡No os ensañéis con él! Bastante tiene con el rigor de la ley y con el rigor mil veces más terrible de su propia conciencia. No le hagáis mal, hacedle el bien de que llegue á conocer su delito. Mirad que en todo delincuente es tan fácil que haya un hombre honrado, como es fácil que en todo hombre honrado haya un delincuente. Yo empecé mi vida artística robando al extranjero, que una mañana en la Alhambra, me reveló mi porvenir. Y le robé cuando me abrió su tesoro artístico, para confirmarme su afirmación de que con el tiempo me aguardaba la gloria y el bienestar, que pródigos me otorgáis.

1.º de Abril del 94.

DEL VAGÓN Á LA CELDA

—«Vinieron *necios filántropos, sofistas*, alquimistas en busca de la *piedra filosofal, revolucionarios*, que clamaban á sus contemporáneos: «Nosotros no tenemos el derecho de imponer pena alguna que haga imposible al hombre el cumplimiento de su destino.» —(MODDERMAN, *La pena no es un mal.*)

—Anch'io son-*rivoluzionario.*— —(GABBA, *La pena de muerte.*)

Véase Röder: *Las doct. fund. reinant. sobre el Delito y la Pena.* —Traduc. de D. F. Giner.—Madrid, imp. de V. Suárez, 1876.

I

OIR y hablar á multitud de gentes que traen variadísimos acentos á tu oído y no menos variadas impresiones á tu espíritu: eso tiene su antítesis.

Ver campos, pueblos, ciudades, montañas, valles, ríos, árboles, rocas, paisajes y

marinas, conjuntos y detalles, que, á veces, con los contornos deformados por el vértigo de la velocidad, pasan tras el cristal de la ventanilla, cambiando de continuo, como cambian las caprichosas combinaciones de colores y líneas, tras el vidro de un kaleidoscopio: eso tiene su contraste.

El vagón, viajera mía, tiene su opuesto: la celda del preso.

Arranca el mullido tapizado, dejando al aire las encaladas paredes; tapia las portezuelas para que nada ni nadie entre, convirtiendo una de ellas en maciza puerta con cerrojo, cerradura y *condena,* con una mirilla ó *espión* para que el vigilante pueda fiscalizar, con un ventanillo para introducir la comida, y otro más abajo, para sacar las basuras y suciedades, que al mismo tiempo sirva de ventilador; levanta un poco más el techo, y en la pared opuesta, allá en lo alto, abre un agujero rectangular para que se pueda ver que hay cielo, por si el prisionero llega á ponerlo en duda; inmoviliza el tren y rodéalo de un, como *andén* prolongado, de una faja de terreno, *el paseo de ronda,* encerrado entre altos muros, con

centinelas rígidos de calada y reluciente bayoneta.

¿Has imaginado la transformación?

Pues ahora permite que te cuente las impresiones que experimenté el otro día.

Porque yo tengo un lema. No lo busques en la cubierta de mis libros; no es en ella donde está. Búscalo en las líneas y en las *entrelíneas* de lo que escribo, en mis ideas y en mis sentimientos. Que en mi entendimiento y en mi corazón lo grabó una mujer, y lo menos que puedo hacer es repetirlo, alma amiga mía, para que tú á tu vez lo infundas con tus besos y tus caricias en la conciencia de tu padre, de tu esposo y de tu hijo. Ese lema dice sencillamente: *ama y trabaja.*

Perdona la digresión, y vamos á mi cuento.

II

—Anda, Boní, échale estos cigarrillos á esos desventurados.

Y Boní, alcanzando al lento coche celular, cumplió mi encargo. Los que iban dentro volvían de las Salesas á la Cárcel Modelo.

Encerraba aquel cajón negro en su interior culpables ó inocentes, quizá absueltos, quizá condenados, que recobrarían pronto la libertad ó verían prolongarse su prisión hasta el infinito, en la soledad horrible de la celda-tumba.

Inocente ó culpable el preso, aquellos cigarrillos, al desvanecerse en ondas azuladas, irían á repetirle:

—Junto al coche ha pasado un hombre que simpatiza con tu infortunio; un hombre que porque estés procesado no te cree

delincuente, y que si lo fueras, no por eso te odia. Venimos á decirte, que el calor de la vida no se manifiesta sólo para ti en el rayo ciego de la indignación que destruye y mata, y que del que arde en los corazones hay un poco para suavizar esta atmósfera helada. Piensa que fuera de aquí hay gentes que, lejos de odiarte, te aman.

Las mulas aligeraron el paso. Dejamos de distinguir las letras blancas que decían:—*Prisión Celular,*—y poco después el obscuro armatoste desapareció á lo lejos.

Marchamos silenciosos y preocupados.

Me acordaba yo de un senador conocido mío que, al entrar en la Alta Cámara, mira siempre á los rincones por si una mano anarquista ha puesto en ellos alguna bomba. Me acordaba del día en que, hablándole de teorías penales, apenas pronuncié la palabra *corrección,* me dijo con una expresión agria, enconada por el odio:

—Qué, ¿es V. de los que quieren dar á los criminales dulcecitos, eh?

Y de su sorpresa cuando le respondí tranquilamente:

—Sí, señor; soy uno de esos.

—Entonces, ¿qué les dará V. á los hombres honrados?

—¡¡Yo!! ¿Pero cree V. que ni yo ni V., excelentísimo señor, ni nadie, puede dar á un hombre honrado algo más grato, más dulce, mejor, que las satisfacciones y las alegrías que él gana con serlo?

III

Un espectáculo callejero nos llamó la atención.

Un grupo de gentes rodeaba á un bohemio que se disponía á lucir las habilidades de un enorme oso.

Boní y yo nos acercamos al corro.

Bajo los pardos y sucios vestidos del domador había un hombre hermoso, recio y fuerte. En la misma mano con que sujetaba la cadena, tenía un grueso palo, mientras con la otra preludiaba un aire, movido y alegre, agitando las sonajillas de la pandereta.

A una señal suya la hercúlea bestia empezó á bailar, de pie sobre sus patas traseras, con movimientos torpes. Primero sola, luego con el palo cruzado sobre el pecho como un disciplinado centinela, lanzando al

aire sonidos cavernosos, enérgicos y formidables, como el lanudo pecho de que salían, pero de quejumbrosa y triste expresión, como la esclavitud á que se veía reducida.

Viendo á la fiera obedecer mansamente al domador, sentí hacia él un movimiento de simpatía.

Cuando el oso colocó otra vez las poderosas garras de sus patas delanteras en el suelo, desde un balcón, arrojaron al joven un puñado de mendrugos, que partió con la terrible fiera.

—¿De dónde es V.?—le pregunté.

—Austriaco.

—¿Pero de qué punto?

—De Cuti, junto á Hungría.

—Y á venido V. á pie atravesando la Francia?

—Sí señor.

En su humildad de mendigo, tenía aquel joven, atenuados por la dulzura de sus facciones, señalados rasgos de orgullo.

Por el contraste tal vez, volvió á presentárseme la imagen del asustadizo senador, de expresión envenenada por el miedo, ante el reposo de aquel tronco aplomado sobre

las macizas piernas y ante la expresión serena y dulce de aquel rostro curtido, que encuadraban rizosos y empolvados bucles.

Era el bohemio un hombre que se había acercado á la fiera y en vez de acosarla partía con ella su pan. Con ella había atravesado media Europa y junto á ella había dormido en noches serenas y en noches tempestuosas. Era un valiente que había recorrido caminos desiertos, haciendo en el Norte frente á la nieve que se arremolina en copos incesantes, y en el Mediodía á los rayos derretidores de un sol de fuego que caen á plomo sobre nuestras caldeadas carreteras.

En aquel momento se sentía orgulloso, porque se sentía admirado.

A mí me contrarió separarme de él, sin haberle podido decir:

—Me es dable comprenderte, porque me he acercado á la fiera monstruosa que los pusilámines se imaginan: á los hombres que sufren la esclavitud de la prisión por delito propio, ó por error ajeno. Y cuanto más me he acercado á ellos, más firmemente he pensado, que así como no sanaban de su extra-

vío los locos cuando—no hace de esto mucho—eran perseguidos y apedreados en calles y plazas, por el odio salvaje (antes de que la ciencia aplicara á su curación remedios adecuados), tampoco haremos que sanen las voluntades dañadas, dando suelta á las explosiones de un odio no menos cruel y absurdo.

Por eso soy de los que piensan, que para despertar en el delincuente la noción de los lazos que á los demás le ligan, y que con su delito muestra desconocer, antes que la repulsión de parte de todo elemento sano, necesita que, con un poco de generosidad, se le arrojen unas migajas siquiera, de los dulces que la vida sirve en tranquilo festín á los hombres honrados.

EL HADA DE LAS EXCURSIONES[1]

Era una noche de Abril; una noche clara, transparente y serena.

Parpadeaban las estrellas en lo alto, y el bosque de la Alhambra hallábase sumido en la tranquila quietud de la Naturaleza dormida. Pero si el sol, al hundirse en las lejanías borrosas del horizonte, había extinguido con la ausencia de sus rayos los tonos ardientes de las hojas jugosas y de las flores recién abiertas, abrillantadas por la frescura primaveral; si tras los vívidos resplandores de aquel día podía aparecer, por el contraste, el paisaje, con el relieve muerto

(1) Cuento leído en el Ateneo la noche del 1.º de Marzo último, en que celebramos con una velada el primer aniversario de nuestra «Sociedad Española de Excursiones.»

del campo estereoscópico que ilumina una lamparilla incandescente; si la calma del sueño, como un inmenso pedal, parecía haber apagado el ruido en la simulación de un letargo: á pesar de todas esas engañosas apariencias, la noche tenía su luz y sus murmullos.

Derramaba la luna sus azuladas claridades, filtrándolas en el bosque al través de sus copudos árboles, mecidos dulcemente por la suave brisa, para dejarlas caer jugueteando sobre las hebras del menudo césped, haciéndolas rielar allá abajo en las movibles ondas del Darro y del Genil, con reverberaciones temblorosas que, contempladas al través del encaje formado por troncos, ramas, tallos y follaje, remedaban en su inquieto agitarse, el incesante aleteo de palomas argentadas, símbolos de los espíritus luminosos de la inspiración.

Al subir por la cuesta de los Gomérez, ya en lo alto, á la izquierda, oíase la armonía de los besos que lanzaba al aire el agua de una diminuta cascada al tocar las piedras musgosas, saltando en gotas cristalinas. La atmósfera se embalsamaba con el aroma de

los claveles, de las rosas y de los jazmines, y los ruiseñores elevaban sus gorjeos y sus trinos, acompañados por él *pianissimo* susurro, que la brisa arrancaba de las hojosas ramas, reuniéndose todas aquellas notas delicadísimas en un himno que la naturaleza entonaba en las vertientes de la colina misma, en que, como remate de la Acrópolis árabe, se levantan los rectangulares muros del Palacio-Maravilla.

Aquella noche el bosque estaba imponente y hermoso como nunca. Era que el Arte vagaba por aquellas soledades, llorando sus perdidos amores, contando sus tristezas á los árboles y á las piedras, que fueron testigos de pasados triunfos allí obtenidos, y recordando días felices que se deslizaron rápidos en las turbias nebulosidades del tiempo.

Hablábales de su amada, de la virgen de cabellos ondulosos y ojos azules como el infinito de los cielos, que escribía en su libro de oro, fechas y nombres, hechos é ideas, deteniendo el vertiginoso volar del tiempo por el ministerio glorioso de su misión divina, que en el zénit de lo eterno refleja jun-

tos, acontecimientos separados para nosotros por distancias de siglos.

Apuntaban ya las primeras tintas del alba, empezando á teñir las alturas de la sierra, cuando distinguió, cerca de una línea de arrayanes, las huellas ligerísimas de la gentil amada, y arrodillándose junto á ellas, besó con ternura la tierra en que se dibujaban débilmente.

Y al beso del Arte en las huellas de la Historia, iluminado por los resplandores augustos de la Naturaleza, surgió el Hada de las Excursiones, cuando asomaba por Oriente una alborada de Abril.

Madrid y Febrero 28 del 94.

EL SUEÑO DE LAS VÍRGENES

A mi amigo el poeta José Cubas.

Una virgen es un ángel. Viene al mundo envuelta en una atmósfera de candor y de inocencia, de que la rodean sus hermanos en el cielo al separarse de ella. Atmósfera sutilísima de reverberaciones nacaradas, que tiene fosforescencias de aureola.

Cuando salta y cuando corre jugando, su ambiente se colorea con matices rosados bajo las ondas rizosas de sus cabellos. La alegría anida en su pecho, la risa gorjea en su garganta, en sus labios laten los besos de la castidad, y la pureza, al tornear su frente, pone en ella destellos luminosos; eso que parece nada y que hace de una chispa de carbono una piedra preciosa.

¡Terrenal y traidora pluma! Para traducir una cosa tan delicada, te asiste á las aristas de un pedazo de mineral! ¡Es posible que tú, mi herramienta, me seas infiel! Pero... ¡silencio! El alma de la virgen duerme.

A medida que, dejando de saltar y correr, empieza á caminar por la tierra, la atmósfera divina va adelgazándose, adelgándose cada vez más. La luz de la frente empieza á prender en los ojos con llamaradas de curiosidad; sus orejitas menudas se colorean de súbito con tonalidades de un rojo ardiente, recogiendo en sus pliegues y transmitiendo á lo hondo por las vibraciones del tímpano rumores de frases inconexas, pero intensas á la vez, como las de un sueño, y agradables como una promesa de desconocidas venturas; palpitaciones extrañas que le envían latiendo el arrullo de las tórtolas y el piar de los canarios en el fondo blando de su nido. Por su frente purísima pasan rápidamente nubecillas tibias, como el aliento que empaña en un segundo la bruñida superficie de acero...

¡Pluma mía, anda con cuidado, en puntillas, sobre tus agudas extremidades! ¡No rasgues con ellas esta cuartilla delgadísima! ¡No manches con un borrón negro la blancura satinada de esta hoja de papel!

¿Sabes lo que pasa? ¿Has visto los cristales brillantes por fuera, reflejando las primeras tintas rosáceas del alba, cubrirse por dentro de un vaho blanquecino que, un poco más tarde, el sol licuará en lágrimas? Pues dilo con tiento.

Es que una impresión externa, como un rayo de luz, penetrando intensa y viva en lo más hondo del alma de la virgen, ha iluminado las cristalinas estalacmitas y estalactitas, formadas por la corriente silenciosa y profunda de sus conmociones anteriores, sacudiéndola con las fantásticas seducciones de lo ignorado y las misteriosas revelaciones de lo eterno; es que en un alborear encantador la durmiente sueña.

Los tenues ruidos de la cáscara que la simiente de la vida rompe al brotar en la tierra, llegados á su oído en borroso y confuso tropel; las siluetas vigorosas y las manchas de intensísimo color que impresionaron su retina, los elabora y transforma su espíritu,

creando con ellos, sobre las ocultas impurezas de la vida material; una vida ideal que el amor viste con sus galas esplendorosas, anima con sus alientos entrecortados, con sus nerviosas pulsaciones, y fecunda con el *¡Fiat!* que estalla en el beso centelleante de sus labios de fuego.

¡Pluma mía, no me traiciones! ¿Que no puedes seguir? ¿Que del fondo del tintero vienen pelillos que sombrean y engruesan tus rasgos más delicados?

Levantemos los ojos al cielo.

¿Qué ocurre allí? ¿Qué agitación extraña se ha producido entre los ángeles? Que uno lo dijo, y ya saben los demás que la infortunada ha perdido la atmósfera de que la rodearon, aquella atmósfera nacarada con fosforescencias de aureola.

Unos lloran, se enojan otros, se desesperan todos. Pero aquel angelote pesado y redondo, ¿qué va á hacer? Baja cautelosamente y le arranca las invisibles alas, sin que ella, en la abstracción de su sueño, sepa ni pueda defenderlas.

Pero son ángeles. Al estupor sigue la compasión. ¿Cómo indemnizar á la desventurada? Se reunen en asamblea para deliberar. El Espíritu de Justicia preside, el de la Elocuencia informa. Comparecen el travieso despojador y el guardián de la infeliz despojada. ¿La resolución? Cópiala, pluma mía.

«Condenamos al que privó á nuestra hermana de sus alados atributos, á pasar tantos años y tantos días en la tierra. Durante todo ese tiempo, el proscripto deberá consolarla en sus penas, llevándose para acompañarla en sus tristezas todas sus gracias y todos sus encantos...»

¿Que no puedes copiar más, pobre y grosera pluma? Bien, basta. Acabemos de una vez.

Esa virgen despojada, que, en cambio de su perdida aureola, refleja en la frente pensativa los destellos de una cabecita rubia apoyada en su seno, es la madre, y aquel ángel despojador, el niño. Por eso llora al nacer, por la terrible sentencia que le obliga á separarse de sus compañeros de juegos y travesuras divinas.

Enero 94.

PALOTE Y LA MONTAÑA

I

Ese balcón en que apoyas el brazo tiene su leyenda. ¿Quieres saberla?

—Inventor de embustes, ¿pretendes que crea los que andas urdiendo?

—No aspiro más que al deleite de charlar un rato contigo. Si los hilos de la urdimbre consiguen enredar tu atención y tu interés en su trama, lo oirás; si no, levanta el dedo del corazón, y con su yema de almendra cierra en tu oído el paso á mis palabras.

—Empieza, pues.

—La época en que ocurrió no importa precisarla. Baste decir que estos amores tuvieron lugar antes de que hubiese balcones de hierro en las casas.

—¡Cómo! ¿Tratarás de probarme que los inventó un enamorado?

—No te precipites, mujer. Lo que quiero decirte, es, que si el poeta de arriba, al evocar con los ojos en blanco el recuerdo de las casas que «poblaban los campos» en los gloriosos tiempos de Felipe II, halla horribles estos modernos caserones, yo les encuentro más poesía que á aquellas míseras casuchas, á juzgar por lo que dice un testigo ocular (1), hablando de la villa en que aquél rey alzó su famoso Monasterio. De la cual afirma, «que en toda ella no había ni una chimenea ni una sola ventana, de modo que la luz, el humo, las bestias y los hombres, todos tenían una entrada y salida común». Pero si quieres que te refiera la leyenda de nuestros modernos balcones, no me interrumpas.

—Deseo conocerla. Cuéntamela, pues, que yo estaré más callada que papá cuando habla el presidente del Consejo.

---

(1) Fray Juan de San Jerónimo en sus *Memorias manuscritas*, citado por D. José de Quevedo.—*Historia y descripción del Escorial.*—Madrid, imp. de Aguado, 1854.

II

Era el pobrecito Palote un chiquitín amarillo-verdoso, flaco como una aguja, ojeroso y débil. Tenía ya diez años, y ni su desarrollo aumentaba, ni su raquitismo disminuía, sino que, por el contrario, parecía ir decreciendo y arrugándose cada vez más.

Sus padres no querían hacerle estudiar, porque temían que el trabajo aumentara las penurias de una vida tan pobre. Así es que la mayor parte de los chicos de su edad estaban mucho más adelantados que él, que ni había llegado á saber cuántas eran las partes de la oración, ni cuál el multiplicando y cuál el multiplicador, y, lo que es más grave, no sabía siquiera hacer una letra, porque no había pasado de los aborreci-

dos palotes en escritura, pues como iba tan poco á la escuela, y como allí lo que le gustaba era jugar; cuando reanudaba sus clases, después de abandonarlas á cada paso, tenía que volver de nuevo al principio.

Por eso sin duda le llamaban *Palote* los otros chicos, y con este mote se quedó.

Pero todo lo que no tenía el muchacho entonces de aplicado, lo tenía de travieso. Había en su casa ventanas—porque los balcones no existian aún,—y por las ventanas andaba Palote asomándose siempre, sin oir advertencias ni amonestaciones, hasta que un día ¡patapum!, se cayó por una de ellas y se rompió un brazo.

El médico le curó. Le puso un armatoste, y tranquilizó á los padres, diciéndoles que el hueso se soldaría, y Palote no se quedaría incompleto. Pero algo más alarmante debió encontrar en la salud del pequeño, cuando, siguiendo sus indicaciones, los padres resolvieron llevarlo á la montaña.

—¡La montaña!—se dijo Palote.—¿Y hay allí escuela, papá? Porque eso me hace daño, ¿no?

—Sí, hijo mío; te hace daño, y no irás

á la escuela. Jugarás con otros niños en la arena del mar que se extiende al pie, correrás por el bosque donde hay pájaros, y riachuelos que bajan corriendo, y flores, y otra porción de cosas bonitas.

Aquello fué para nuestro héroe un verdadero *coup de foudre*, un *flechazo* en el corazón. Se enamoró de la montaña antes de conocerla, y en los pocos días que precedieron á su marcha, soñaba despierto con ella. Allá fueron sus padres á vivir con él, y pronto empezaron de veras los amores de Palote y la montaña.

Pasaba el niño las horas enteras en el pinar que cubría su vertiente septentrional, y poco á poco sus correrías fueron siendo cada vez más largas. Por la noche caía dormido como un pedazo de plomo. Su madre fué quien hizo esta observación: desde que era muy pequeño, no había sentido ella que le pesara tanto la cabeza al chiquillo cuando estaba dormido.

Y era pasión, una pasión verdadera la que Palote sentía por la montaña. Apenas se despertaba, tomaba su desayuno en el huerto, bebiendo la leche recién ordeñada

de las abultadas ubres de la vaca, con una avidez de ternerillo hambriento. Luego, á correr por el pinar; antes de almorzar, á zambullirse en las espumosas olas, y concluido el almuerzo, otra vez á trepar y á correr, para comer á la noche con un apetito que no había sentido nunca, cuando en el estrecho cuarto de la ciudad, andaban embuchándole á cada rato bocaditos, porque el médico decía que le hacía falta nutrirse. Y al acabar de comer con verdaderas ganas, quedábase dormido saboreando aún el delicioso postre. A la mañana siguiente, vuelta á entregarse á la misma vida, llena de mil incidentes que le atraían y le encantaban, aumentando cada día su amor por la montaña.

Y en verdad que su pasión era correspondida. Las montañas quieren mucho á los chicos, y aquélla le pedía al mar sus brisas, que cargaba con los efluvios de sus resinosos pinos, para entrar en los pulmoncitos de Palote, dilatándolos, en las aceleradas inspiraciones de sus agitados juegos. Cubría amorosamente su cabecita, protegiéndola contra los rayos del sol con la sombra de

sus copudos árboles; le daba el barro de sus arroyuelos y sus piedras para que él recreara su imaginación realizando variadísimas construcciones, que, ya consistían en un canal de un palmo de ancho, ya en una habitación de algunas pulgadas de alto. Le enseñaba, sin que lo advirtiese casi; topografía al mostrale las arrugas de su lomo; mineralogía, con sus piedras lindísimas y raras; botánica, con sus hojas y sus flores, y otra infinidad de cosas. Y fortaleciéndolo y enseñándolo correspondía con largueza á su cariño.

Pero cuando el idilio llegaba ya á su perfección, el padre, al ver á aquel angelito de papel de estraza, convertido en un mozo robusto y colorado, le dijo un día:

—La montaña te ha puesto sano y fuerte, es preciso que pensemos á qué te vas á dedicar.

—¡Pues á la montaña, papá!

Así empezó el diálogo. Discutieron padre é hijo, y al fin, interviniendo la madre, se encontró una solución conciliadora. Palote estudiaría cosas que á la montaña, á sus árboles y á sus piedras se refirieran. Haría

sus estudios en la ciudad y vendría á pasar junto á la montaña todas sus vacaciones.

Y así se hizo. Palote estudiaba, estudiaba con entusiasmo, pensando en su amada, y adelantó á los más pequeños con quienes empezara y superó á sus iguales á quienes alcanzara pronto. Y todo por la montaña.

A fuerza de trabajar, Palote se ponía ojeroso y paliducho durante el curso. En cuanto aprobaba sus asignaturas, volvía al campo. De la montaña recogía insectos, hojas y piedras, que coleccionaba cuidadosamente, poniéndoles, en diminutos letreros, sus nombres. Pero este trabajo era para él mucho más grato que el de la ciudad, en la que seguía pasando la mayor parte del año.

Por fin llegó el día solemne de sus desposorios. Palote llevaba á su amada su título de ingeniero, extendido en un papel apergaminado, en cuya orla no cabía el relato de las angustias, de los dolores, de las privaciones y de las sacudidas por que había pasado para obtenerlo, y la montaña, grande y generosa, le abrió sus virginales entrañas, y á falta de oro, dióle su sangre, en negros y azulados coágulos, que bajo la acción

de temperaturas elevadísimas, se licuarían de nuevo entre sus manos, amoldándose á los caprichos de la fantasía, para formar rectos barrotes y artísticos dibujos, que, tendiéndose como una resistente red ante las ventanas prolongadas hasta el suelo, permitirían á los hijos de Palote asomarse sin el temor de que cayeran y se rompiesen un bracito, como le pasó á su padre cuando era un niño amarillento y encanijado, antes de recibir en las mejillas, el beso fresco de la Montaña.

SUEÑO DE ORO

Á MI MUY QUERIDO AMIGO D. JOSÉ LOREDO.

> Es hora de luchar contra el abandono físico y moral, en nombre de sus víctimas inmediatas primero, y después en nombre de las generaciones venideras, que tienen derecho á que les leguemos una herencia de salud, de robustez, de alegría y de buen humor, en vez de un amasijo de seres raquíticos, endebles y entecos de alma y cuerpo...— SELA. —Véase la *Memoria de la señora Wilhelmi de Dávila*, citada en otro lugar de este trabajo.

CON que ese es el comentario que le pones á la historia de Palote, mi encantadora amiga? ¿Con que quedamos en que soy un soñador? Tienes razón. ¿Que esto no me lo dices como un reproche?... ¿Que lejos de enojarte te agrada? Ya lo sé, y porque lo sé me complace tanto hacerte estos cuentos.

Pues bien; si no te cansa, hablemos un poco más de chicos y de sueños.

Anoche he dormido un poco, pero he soñado mucho. ¡He tenido un sueño de oro!

He soñado que mis cosas marchaban muy bien, que tenía mucho dinero. ¡Tener mucho dinero! ¿Y qué? Aquí viene lo mejor.

Soñé que estábamos en nuestra casita de... ¿Para qué escribir el nombre de aquel ideal pueblecillo situado junto al mar, engalanado por los encantos de una naturaleza espléndida y provisto de todos los atractivos y de todos los recursos de la civilización?

Soñé que había comprado el terreno del vecino, el solar donde se alzan las tres barracas. Soñé que había encargado á Pepe (ese arquitecto á quien yo quiero tanto y á quien cito siempre como un modelo de rectitud y de bondad) la construcción de un edificio que había sido ya terminado. Soñé que había llegado el momento de darte una sorpresa. ¡Y qué sorpresa!

Pero oye antes cómo se originó en mí ese sueño. Anoche volvía del Ateneo. Se había discutido allí acerca de «la educación física», y se había hablado de «las termas» de

los romanos, de los gimnasios antiguos y modernos, y de otra porción de cosas que no son del caso. Venían por la misma acera que yo

«un hombre y una mujer
que obreros mostraban ser
por los trajes que vestían»,

como dice Rafael en su comedia, y no entre ellos, como en la obra de mi amigo, sino delante, iba un niño que, al pasar junto á mí tropezó y cayó. Hice un movimiento para ayudarle á levantarse, pero el rapazuelo se puso en pie de un salto antes de que tuviese tiempo de alcanzarlo, y echando de ver mi solicitud, con un mohín de su carucha pálida y ojerosa, en la cual brillaban unos ojos tristones me dijo:

—No ha *sío na.*

—¿Cuántos años tienes?—le pregunté.

—Doce—me contestó.

Y haciendo un esfuerzo como si se avergonzara de haberse caído, siguió adelante, perdiéndose con sus padres calle arriba, en tanto que yo tomé por una travesía para llegar más pronto aquí.

Mi encuentro con ese niño me dejó una impresión penosa, penosísima.

Doce años dijo que tenía y te aseguro que su cuerpo era el de un chico de seis. ¡Qué raquitismo tan horrible! Me parece que cuento sus costillas al través de la blusa. ¡Y qué tórax! No había en él espacio para que se dilataran sus pulmones, hueco para que la combustión de la vida se realizara.

Y la idea de aquel niño me despertó la imagen de otro niño á quien tú y yo queremos mucho (ya sabes), y estos dos niños me llevaron á pensar en todos esos pobres pequeñuelos condenados á muerte por la escrófula, candidatos á la tuberculosis, plantas nuevas cuyas raíces no hallan tierra en que arraigar, en los adoquines y las losas que cubren el alcantarillado de estas grandes ciudades. Pajarillos encerrados en un infecto y obscuro rincón de sus altos edificios, sepultados allí cuando empiezan á vivir, sin otra expansión que el juego en la estrecha y húmeda calle, donde arroja su hálito envenenado la boca de la alcantarilla, sin tener nunca un poco de aire puro, ni un rayo de sol.

Y la angustia que experimenté me llevó con la imaginación... ya sabes dónde. Pensé en aquella atmósfera saturada de iodo y de bromo que, como sueles decir, penetra hasta lo más hondo de los pulmones; en aquel cielo esplendoroso y radiante, y con la rapidez misma con que me asaltó la idea adquirí, como te decía, el terreno del vecino, eché por tierra sus viejas barracas, construí el edificio, y ¡mira tú qué bien se ve cuando se sueña! Te veía á mi lado en la coquetona *charrette,* tirada por el fogoso *Spark,* nuestro brioso *pony;* vestías un traje azul de cielo, como el que llevabas la tarde aquella en que desde las obscuras rocas del faro, veíamos las olas encrespadas y rugientes romperse á nuestros pies en brillantes nubes de nítida espuma; te sentía á mi lado rozándome casi el hombro con el ala de tu sombrero de paja, palpitante el seno, y veía (con más claridad que ahora mismo que te estoy hablando) la mirada curiosa que me dirigías á través del velo blanco, y más distinta y más timbrada aún que ahora mismo, oía tu voz de notas cristalinas, que llegaba á mi oído una y otra vez, con las inflexiones

dulces de una súplica, trayéndome estas palabras:

—¿Para qué es ese edificio? ¡Dímelo! ¿No me ofreciste revelármelo todo cuando se terminara? ¿No está ya concluido?

—Mañana lo sabrás—te repetía yo, gozando ya con la sorpresa que iba á proporcionarte al día siguiente.

—¡Qué noche aquella! La pasé en un segundo tal vez, y, sin embargo, me pareció interminable. Llegó por fin la mañana, y á las doce salí solo en la *charrette*. En la plaza me esperaban cinco ómnibus vacíos. ¡Y qué emocionado y absorto iba yo! *Spark* conocía bien el camino y él lo hacía todo. Dos ó tres veces hubieron de advertirme que evitase los coches que venían en dirección contraria.

Seguido de mis ómnibus, llegué á la estación. Estaba seguro de que todo había de resultar admirablemente organizado. Para conseguirlo me había dirigido á los doctores Tolosa y Salillas, y á mis amigos del Museo Pedagógico.

Hendió el aire el agudo silbido de la locomotora, y al aproximarse el tren vi asomar

por las ventanillas á los esperados huéspedes. Los Sres. Cossío y Rubio dirigían la expedición, y los pequeños veraneantes, elegidos entre los niños pobres de las escuelas de Madrid, llenaban media hora después el nuevo edificio, en el que iban á proveerse durante una temporada de aire y de luz, de salud y de vida.

Tu padre se reía para disimular su emoción que las lágrimas traicionaban; tu hijo, al recibir aquella impresión que le revelaba un mundo desconocido para él, con las energías de la realidad entrándole por los ojos, estaba entre suspenso y emocionado, y tu corazón de madre latía con fuerza cuando te presenté á mis amigos, y, rodeados por los pequeños, entramos en el nuevo edificio.

En el sencillo vestíbulo una Victoria griega escribía en su escudo de mármol el nombre bendecido de M. Brion, iniciador de las colonias escolares y la fecha (13 y 14 de Agosto de 1888) del Congreso internacional de Zurich, el primero á que acudieron hombres ilustres de todos los pueblos cultos para ocuparse de los resultados físicos, morales y pedagógicos que estas excursiones ofrecen,

y de otros temas referentes á las mismas y no menos interesantes ciertamente (1).

Después de almorzar fuimos todos al bosque de pinos, en uno de cuyos claros se organizó el juego. Los chicos, acostumbrados al martirio del silencio en las escuelas y habituados á sentirse á cierta distancia del maestro, al hallarse allí libres de esas impuestas trabas, dirigidos, pero no cohibidos, parecían polluelos que, atados uno y otro día por fuertes ligaduras, se encontraran de pronto sueltos en medio de una pra-

(1) Véanse: *La Primera Colonia Escolar de Madrid* (1887) y *La Segunda Colonia Escolar de Madrid* (1888). Memorias publicadas por el *Museo Pedagógico de Instrucción Primaria*. En *La Segunda* (Apéndice núm. 1, pág. 45) encontrará el lector un capítulo dedicado á «Bibliografía de las colonias de vacaciones».

Como indicación bibliográfica, al par que como un debido tributo á la justicia, debo anotar aquí especialmente *La Primera Colonia Escolar Granadina, Memoria presentada por su directora Doña Bertha Wilhelmi de Dávila á la Sociedad de Amigos del País* (1891), citada en el epígrafe de este trabajo. Esta distinguida señora, á quien el autor de este artículo sólo tiene el honor de conocer por su *Memoria* y por la fama de sus virtudes y de su talento, ha sido la iniciadora de esta institución en la ciudad de los recuerdos y de las leyendas árabes. ¡Que halle en el porvenir *de los dos colonos de pago* de la primera expedición que organizó tantos motivos de legítimo orgullo y de profunda satisfacción como emociones dulces y esperanzas risueñas despierta su obra meritísima!

dera verde y lozana. Al principio sus movimientos eran torpes, todo les sorprendía, miraban con extrañeza á los maestros jugar con ellos, y apenas acertaban á coger la pala ó la pelota. Pronto, sin embargo, se familiarizaron con aquella disciplina del espíritu, que dejaba á sus cuerpecitos en libertad de fortalecerse y desarrollarse, excitando su atención sobre el espectáculo hermoso de la Naturaleza, la cual, al sentirlos en su seno, coloreaba suavemente sus mejillas, y devolvía poco á poco la vida y la animación á sus caruchas ajadas.

Al volver del bosque nos explicaba don Manuel los tecnicismos de *la hoja antropológica,* en la cual constaban la filiación (1), los datos anatómicos descriptivos (2) y métricos (3), los datos fisiológi-

(1) Nombre del colono. Edad. Nombres de los padres. Edad de éstos al nacer el niño.

(2) Constitución física. Estado de la nutrición. Desarollo óseo y muscular. Estado de la dentición. Color de la piel, del pelo y de los ojos.

(3) Se dividen en *generales* (estatura total, medida del tronco, abertura de los brazos); *del cráneo* (su circunferencia, curva antero-posterior y transversal, diámetro antero posterior máximo y transversal máximo, índice cefálico); *de la cara* (altura de la frente, diámetro frontal mínimo, distancias del vértice al nacimiento del pelo, al nacimien-

cos (1) y las anomalías de cada uno de los niños. Esa interesantísima suma de pormenores nos permitiría apreciar bien el resultado físico que aquel cambio de vida había de producir en en ellos.

Me parecía oirle con la misma claridad con que te oía á ti decirme al separarnos:

—¡Qué sencilla y qué hermosa es la ciencia!

¡Con cuánto interés seguimos al otro día la vida de los pequeños colonos!

Se levantaron á las seis de la mañana, y, después de atender á su aseo personal, bajaron al comedor y se desayunaron cada uno con su copa de leche y sus ciento setenta y cinco gramos de pan. De nueve á diez, cada cual en su mesita escribía sus impresiones. ¡Qué relatos tan sencillos! ¡Qué espontaneidad tan simpática! No hablaban

---

to de la nariz, al punto infra-nasal y al mentón, diámetro bizigomático y bimandibular); *del pecho y vientre* (diámetro biacromial, transversal máximo, antero-posterior máximo, circunferencia mamilar y umbilical); *de la mano* (longitud, anchura y longitud del dedo medio) *y del pie* (longitud, anchura por la inserción de los dedos).

(1) Peso, dinamometría: con la mano derecha y con la izquierda, respiraciones y pulsaciones por minuto, reflejos rotulatorios.

de memoria: contaban lo que habían visto, repitiendo las mismas palabras muchísimas veces (1).

Primero escribían la fecha, número de kilómetros, descripción del camino, montañas principales, poblaciones importantes y sus edificios notables que veían desde el tren, naturaleza de los terrenos recorridos y otra porción de detalles, en los cuales se adivinaba el índice extendido del profesor.

Luego venía el relato de la llegada. Casi todos los chicos hablaban de ti. El pequeñuelo verde, de ojos azules, decía que eras

---

(1) Para que el lector pueda saborear por sí mismo la frescura de estos trabajos, reproduciré un párrafo tomado de uno de esos diarios infantiles:

«Era por la mañana. Llegamos á Reinosa y compramos pantortillas de manteca, que costaban un real, y también compró D. Manuel pantortillas de manteca para los que no habían comprado; y cuando llegamos á Torrelavega nos pusieron los equipajes en un montón á la puerta de una tienda; luego nos metieron en dos diligencias, y empezó á llover antes de llegar á Cabezón de la Sal, y Bazaco se echó encima de D. Agustín, y llegamos á San Vicente á las nueve de la noche, y nos salieron á recibir con un farol, y Medel estaba medio dormido, y le preguntó D. Agustín que si estaba dormido, y en vez de decirle *sí, señor*, le dijo *sí, señora*, y todos los que le oyeron empezoran á reirse, y luego nos llevaron á una casa y nos dieron de cenar y nos acostamos. (M. L.)» *La Primera Colonia Escolar de Madrid*, pág. 31.

«bonita como una muñeca grande, que le habías dado un beso á él y otros besos á los otros chicos»; otro observó que llorabas al recibirlos «como madre cuando padre volvió de América»; otro que tenías «la mano color de rosa como el vestido, y las uñas también color de rosa y redonditas y suaves». Hablaban luego de los pinos y del mar.

Por aquí iba en mi sueño cuando me llamaron esta mañana. Pero aún me parece tener delante todas aquellas imágenes frescas y rientes de los niños de la colonia escolar. Y al recuerdo de las horas dulcísimas que mi sueño me ha proporcionado, siento una emoción tan honda y tan viva, que no puedo por menos de levantar los ojos á ese cielo nublado que se ve por encima de las tejas de enfrente y pedirte que bendigas conmigo al niño raquítico, con quien me encontré anoche al volver del Ateneo, cuya imagen ha despertado en mi alma ese sueño de oro.

Madrid y Junio del 92.

EL ALMOHADÓN DE LA MARQUESA

Sra. Marquesa de la Cruz de Yedra.

Aquí estoy, señora, con su perfumado billete delante, sumido en tales perplejidades, que antes de responderle necesito invocar en mi favor todas sus benevolencias.

El caso no es para menos.

Me increpa V. por mi *huida*. Así lo llama V., y por mi parte hallé el nombre tan adecuado á la acción, que pienso que al calificarlo no se dió todavía cuenta de toda la propiedad y exactitud con que la palabreja designa el acto. *Huida, huida* fué, y la impresión de miedo no se me ha quitado toda-

vía. Y como no me faltó valor para huir, tampoco me falta para reconocer la naturaleza del hecho.

Y considere que se necesitan más ánimos para lo segundo aún que para lo primero. Tanto más, cuanto que no deja de ocurrírseme que el temor grandísimo que me ha invadido haciéndome salir precipitadamente de su casa, tal vez no llegue á encontrar justificación ante sus hermosísimos ojos ni ante los de otras personas que pudieran fijarlos en estos renglones.

Créame, mi ilustre señora y bellísima amiga. Toda la noche la he pasado sin que los párpados pudieran cerrar la entrada de mis pupilas á las visiones pavorosas, que, penetrando por ellas, venían á causarme tormentos indecibles.

Una y otra vez reconstruia la escena. Una y otra vez entraba de nuevo en su *boudoir* como si María, su doncella, me acabara de abrir la puerta del gabinete. A la enérgica evocación de lo ocurrido, volvía á sentir el suave y tibio ambiente en el cual se percibían aromas delicadísimos, aunque no tanto, sin embargo, como los de limpieza y de

cuidado que hacen de su gentil personilla la idealización de lo físico, porque el agua del baño que se había evaporado tenía por impurezas los dejos de la de Colonia, y al precipitarse por la puerta entornada que comunica con el cuartito de las abluciones, traían al gabinete revelaciones vagas que aletargaban los sentidos, mostrándoles todo lo que el viajero echa de menos en el maravilloso *baño* de la Alhambra.

Aún me parece sentirla á V. tras la abierta hoja del armario de luna asomando sólo por debajo sus piececitos metidos en las *mules* de terciopelo forradas de blanquísima piel, cuyos matices subrayaban las negras medias, sobre las que caían los encajes de sus ropas, y sobre todo el borde de ese maravilloso peinador en que las *Brujas* tejieron una fantasía de finísimos hilos para adornar el abandono de su deslumbrante belleza. Abandono que contemplan en la intimidad el Mefistófeles de bronce que sostiene la lámpara junto á la mesa tocador, con sus cejas en ángulo y su perilla puntiaguda, sonriendo diabólicamente; el ídolo japonés esculpido en madera, de grotesca

expresión, cara ancha y redonda, ojos oblicuos y barba esquemáticamente ondulosa, que mantiene la caja de los jabones sobre sus rodillas sujetándola con sus dedos geométricamente cincelados; el Cristo del siglo XIII, de amarillento marfil, colgado sobre el reclinatorio gótico de ébano, en el fondo de la alcoba, con sus deficiencias de factura que se revelan sobre todo en los ojos enormes y desproporcionados asumiendo la expresión de un dolor infinito, y el macizo paje del renacimiento, de expresión inocente y bondadosa, que, al servicio de un señor feudal, adquirió el aire sumiso y resignado con que levanta el hermoso y artístico tapiz. Con los ojos cerrados podría dibujar los elegantes, largos, pliegues de aquella suntuosa tela que separa la alcoba del gabinete, dando paso á la luz del día que viene por la ventana para penetrar en la alcoba todas las mañanas, y á la luz de las gracias y de los encantos que todas las mañanas salta del blando y mullido lecho de la alcoba, para salir á aquel encantador gabinete de mis pecados.

Y en este cuadro que una vez y otra se

me metía por los ojos, volvía á encontrarme de nuevo, y en él tropezaba con la novedad del día: con el almohadón.

En el fondo gris-plata del raso veía destacarse las flores admirables bordadas por esas dos infelices de que V. me habló. Y me parecía oirle alzar la voz para decirme desde su escondite aquel,

—Fíjese; ¿no es verdad que es una labor esmerada, primorosa, meritísima?, con que llamaba mi atención sobre el espléndido bordado.

—Así es, así es...—repetía yo examinando aquel prodigio.

—Vaya, ¿á que no acierta cuánto me ha costado?—me preguntó.

—¡Quinientas pesetas!—me aventuré á calcular, creyendo decir poco.

—Mire V., Marquesa, aún me parece sentir en la cadenita de huesos que transmiten al cerebro las sacudidas del tímpano, el hormigueo de las vibraciones argentinas, es decir, algo así como metálicas, con las que se burlaba de mí al tratar de articular un expresivo,—*¡quiá, hombre!*—Al oirlo empezó á invadirme este miedo que no me dejaba

conciliar el sueño, reproduciéndome anoche una y otra vez lo ocurrido.

—¡Doscientas cincuenta!—exclamé, para dejarle el placer de que me rectificara aumentando la cifra.—Y no puedo decirle cómo penetró más hondo todavía, y más mortificador, el gorjeo de su garganta, recordándome el ruido de las moneditas que el Conde hacía bailar, por arte de prestidigitación, en la copa de sutilísimo cristal mediada de champagne, durante la sesión que nos dió la otra noche de sus arterías sorprendentes.

—¡Menos, menos aún!—me aseguraba V.—Entonces me confesé vencido, entonces me explicó desde el dormitorio oculta por la luna, trasteando en el armario, las circunstancias especiales que le habían permitido tenerlo por un precio inverosímil.

Me contó V. que era la obra de dos pobres muchachas que tenían poquísimo trabajo, que el invierno pasado les dió aquel raso, encargándoles que en sus ratos de ocio le fueran haciendo el almohadón, que tres días antes se lo habían traído y que (tengo la seguridad de no haberme equivocado,

porque me lo hice repetir para asegurarme bien), y que V. había pagado por él *¡veinticinco pesetas!*

Cuando le pregunté si las obreras no habían reclamado más por su trabajo, me respondió que fué María quien se entendió con la que vino á hacer le entrega, y que la bordadora, al darle el billete, trató de recoger su labor, pero que le doncella la convenció sin duda, cuando la otra concluyó por dejarla.

¡Qué impresión tan extraña me produjo aquel diálogo! Hablaba V. satisfecha del excelente negocio que había hecho, vanagloriándose de él, y al reproducirse en el espejo el rincón del gabinete en que me hallaba yo, destacábase mi propia imagen aparentemente más allá del marco, en el mismo sitio en que sus palabras vibraban de tal modo, que parecía ser yo mismo el que pensaba y sentía aquellas cosas, diciéndolas sin mover los labios, como si por arte de ventriloquia imitara á la perfección su voz.

¡Qué escalofríos sentí! ¡La impresión fué viva, pero rápida! Al cerrar el armario gi-

raron las paredes con cuanto de ellas pendía, y la otomana en que estaba sentado, y el almohadón, y todo, como si el gabinete, arrancado por su base, resbalando oblicuamente, hubiera ido á caer de golpe en las penumbras de la alcoba, bajo los arcos tallados del reclinario.

Dejando cerrado el ropero,

—Vuelvo en seguida—me dijo, saliendo por la puerta de escape hacia el interior de la casa.

Y al desaparecer V., me quedé solo con el almohadón.

Yo no sé si las ansiedades, las amarguras, los anhelos, las vicisitudes, que se alinean en una y otra de las cuartillas que escribo en las faenas de mi arte, saltarán por las entrelineas de lo impreso á revelarle al lector esas elocuencias del trabajo; pero si mis cuartillas, á falta de otros méritos, no tienen ese, lo que es aquel almohadón, puedo asegurárselo á V., tenía ese mérito además de los otros muchos que en puesto y lugar tan distinguido le habían colocado.

Así, á medida que iba fijando la atención en los detalles de aquella preciosidad, iban

éstos revelándome interioridades que me ponían, se lo confieso, *piel de gallina.*

El dibujo de las esbeltas hojas y de las coquetonas flores me llevó, atravesando calles, á un cuarto cuarto interior, al que se subía por una escalera, también interior, que empezaba al otro lado de un patio hasta cuyas húmedas losas no había bajado nunca el sol.

Llegué al cuartucho abuhardillado. Había allí dos mujeres, jóvenes por la edad, envejecidas por las privaciones y la anemia. La mayor no tendría treinta y seis años, y la vista se le acababa por haberla gastado en las puntadas invisibles dadas con esas finísimas agujas en cuya extrema delgadez apenas se concibe que haya sitio para hacer un taladro, siquiera sea éste tan menudo que para percibirlo haga falta la penetración misma de la luz al filtrarse por él.

Esas puntadas invisibles de las cuales se habían dado millares y millares para formar una sola de aquellas brillantísimas flores cuyos pétalos parecían haberse abierto sobre el mismo raso que formaba el fondo, me dijeron que la cabeza de la diestra obrera

había pasado inclinada sobre la labor, velando y preparando el abrirse de aquellos capullos, horas y más horas de tristeza infinita, vacilando, con los mareos del hambre y de la debilidad, en los días que sumaban aquellas horas, y en los meses que sumaban aquellos días de sus ocios impuestos por la carencia de trabajo.

Las sedas, que compraron por menudo aquellas infelices, me contaron que ellas solas valían diez y ocho ó veinte pesetas, y quedaban para pagar á las desventuradas bordadoras *cinco,* ¿oye V.?, *¡cinco pesetas!*

Entonces me pareció oir á la obrera pedir á la habilidosa doncella el almohadón y negarse á aceptar lo que le daban por su trabajo; escuchaba la insistencia de María, que con sus gracias de gata mimosa le escamoteaba las energías para reclamar lo que era suyo y de su compañera de infortunios; sentí el golpazo seco de la puerta, vi á la bordadora volver la cara al salir del espléndido zaguán para que el portero no sorprendiera las gotas que el sufrimiento hacía resbalar por sus mejillas; la seguí por la calle, viéndola llevarse con disimulo un

pedazo de tela á los párpados; asistí á su entrada en la buhardilla helada donde la otra, la que ya está casi ciega, se abrazaba á ella, porque á falta de vista le quedan aún lágrimas en los ojos; y lleno de pavor, viendo al Mefistófeles burlarse de mí con su sonrisa diabólica, al ídolo japonés hacerme su mueca aterradora, y al paje levantar el tapiz enseñándome humildemente la imagen del Crucificado amarillento de la alcoba, á él dirigí la vista, y en sus ojos saltones, enormes, vueltos hacia arriba, con la expresión suprema del dolor eterno, encontré un testigo mudo é inteligente en el que la mano aún inexperta del arte había escrito una frase que repercutía en aquel momento en lo más hondo de mi propio ser. Y el Cristo, clavado en su cruz, haciéndome levantar los ojos á lo alto, me dió el valor necesario (V. lo ha dicho en su perfumada esquelita) para *huir* de allí.

Ya sabe V., amiga mía, por qué me escapé antes de que volviera, y por qué hoy tampoco pienso ir por allá.

¿Recuerda V. el horror conque el conde y yó—él un absolutista y yo un republicano

rojo—hablábamos del último eco de esas explosiones sangrientas de la anarquía, que la demente autocracia incubó en el más vasto imperio de Europa al retar á la desesperación de la miseria y que han venido luego á repercutir en nuestras naciones infundiendo el espanto, la desolación y la muerte?

V. lo recordará, Marquesa, V. recordará que el Conde y yo disentíamos acerca de los remedios que el mal podía tener, pero que compartíamos el horror que el hecho nos inspiraba.

Pues bien; cuando vi que al Cristo parecían salírsele los ojos como si quisieran marchársele al cielo para no ver lo que en la tierra ocurría, escapé dirigiendo una última mirada al almohadón, porque me parecía que V. y las personas que en iguales condiciones procedan del mismo modo, son otros tantos autores de crímenes tan horribles como ese execrable y odioso que la dinamita anuncia con su horrísono estallido, con la diferencia de que así se mata con una pólvora sorda que casi no produce más ruido que el del sollozo, y el del estertor apenas perceptible de la tisis que la anemia va engendrando poco á poco.

V. sabe que esas dos infelices no irán al juzgado á reclamarle la deuda, y que en el caso extremo de que fueran, con darle unos cuantos duros el apoderado que la represente á V. se había arreglado todo, y como castigo le bastaría con cerrarles para siempre su puerta, si es que esas desgraciadas se sienten con fuerzas para llamar á ella otra vez en busca de trabajo.

El delito cometido queda así impune á los ojos de todo el mundo. De todo el mundo, menos á los míos. V. seguirá recibiendo á sus numerosos amigos, mi bellísima señora, pero yo no he vuelto ni puedo volver más, porque su acción me inspira un horror parecido — no encuentro otro término de comparación—al que me producen los estallidos de la dinamita.

Y si morir á consecuencia de una explosión es cosa que me preocupa tan poco como morir de una tifoidea, en cambio me causa miedo, un miedo profundo, la risa argentina con que V. se burlaba de mí cuando yo decía que valía quinientas pesetas, calculando

muy bajo los jornales, una obra de arte que había V. encargado como una limosna y que le había costado sólo veinticinco.

Y como el miedo de prestar á un acto de esa índole mi sanción con mi presencia, es superior en mí á todo lo demás, debo de antemano declararle que, aun en el caso de que V. no compartiera estos escrúpulos y se dignara tratar de quitármelos, resultaría inútil que me invitase á quebrantar la resolución firmísima de no volver por allí, enviándome encantadoras y monísimas líneas en sus perfumadas esquelitas color malva.

De una sola manera habría V. de escribirme para que yo pudiese volver: utilizando el reverso de un recibo de esas infortunadas con el que me diga que ha recompensado V. su trabajo.

Es este el único billete de entrada con que puedo penetrar de nuevo en su gabinete, sin que me envenene su ambiente tibio y perfumado y sin que me atormenten en monstruosa pesadilla, el Mefistófeles y el ídolo japones, el pajecillo que levanta el artístico tapiz y el Cristo de ojos saltones, con aquella expresión de angustia y de dolor del que,

después de diez y nueve siglos de crucificado, no ha conseguido aún ser entendido por los que atormentan impíamente su agonía, poniéndole delante un almohadón obtenido de ese modo.

¡BUENAS NOCHES!

Con el cuento anterior ha terminado el libro. Pero de la imprenta me avisan que faltan algunas páginas para completar este pliego, y puesto que dediqué las primeras á saludarte, voy á destinar las últimas á despedirme de ti.

Me imagino que es de noche, que el cansancio empieza á pesar sobre tus párpados, que te dispones á correr la cortinilla de la lámpara á fin de amortiguar la claridad para entregarte á una dulce somnolencia, y quiero aprovechar el papel y los momentos para decirte *dos palabras*.

***

Los signos de la escritura retratan las voces, y nos bastan unas cuantas líneas de trazos retorcidos para dar expresión á las exigencias ordinarias de la vida. Pero ¡cómo prender en esos rasgos el espíritu de la palabra!

Porque las curvas sinuosas que traza la pluma, son ya no más que siluetas incoloras de los vocablos, y éstos á su vez, sólo las cristalizaciones de lo que hemos sentido y pensado, y como los brillantes valen no más, que por cuanto reflejan, con limpieza y claridad, los varios é intensos colores y matices del simbólico *arco-iris*, en que se quiebra, se divide y se fracciona, la diáfana luz de nuestros juicios más claros y de nuestras emociones más puras.

Cuando hablamos nuestra vida interior colora las modulaciones de la voz, animándolas con los latidos de nuestros sentimientos. Cuando escribimos, y la palabra compuesta con letras de plomo, sufre la presión de la máquina, aparece como la flor prensada, disecada, para que se conserve entre las hojas de un libro, y precisa disponer de un don maravilloso para comunicarle su

pristina frescura, su vigoroso colorido y su finísimo y tenue aroma.

***

—¡Buenas noches!—dice con las temblorosas inflexiones de una conmoción vivísima el enamorado á la mujer que le revela una alborada de infinita ventura en el fulgurar de su pupila luminosa.

—¡Buenas noches!—arrulla quedo, con dulce y serena placidez, la madre, al acariciar con un beso la frente de su hijo adormecido.

Con un cordial ¡Buenas noches! saludamos al amigo, mostrando en nuestro acento, la grata impresión que su presencia nos causa, y ¡Buenas noches! repetimos al separarnos de él, después de oir el relato de un dolor que desgarra y deshilacha las fibras de su corazón, ó de una alegría que le enloquece y trastorna.

Por raro azar decimos dos veces de idéntica manera, ¡Buenas noches!

***

Una gota de rocío que tiembla sobre una hoja verde y se evapora, ¿no es verdad que parece una cosa insignificante?

¿Qué es eso al lado de las grandes masas de hierro y de las enormes construcciones modernas?

Y sin embargo, si esto tan grande existe, se debe á las energías de aquello, á primera vista, insignificante.

Esa gota de agua al desvanecerse ha ofrecido al hombre una fecundísima enseñanza; le ha proporcionado una de las más grandes conquistas de nuestro siglo. Le ha hecho admirar un fenómeno interesantísimo de la naturaleza: la evaporación. Le ha provisto de un arsenal de elementos-fuerzas para su poderosa industria: la vaporización.

Suprimido el vapor en la naturaleza, ¿cómo concebir la vida? Suprimido en la industria, ¿cómo imaginar la civilización?

Sus energías, transformadas por la mecánica, se hallan de continuo á nuestro servicio. Arrastrando vagones y más vagones sobre los carriles que cruzan el mundo, te han creado á ti como viajera; haciendo girar rápidamente el volante de la máquina de imprimir, me han acercado á ti como autor. Sin él, es posible que ni tú viajaras, ni yo escribiese.

***

Un deseo, una aspiración, una idea, ¡qué cosas tan insignificantes!

Deseos, aspiraciones é ideas, se dan en cada uno de nosotros en número infinitamente mayor, que el de las gotas de rocío que puedan contarse sobre las hojas de un árbol ó de una planta.

Y sin embargo, todos los grandes hechos de la historia, todas las maravillas del progreso, no son otra cosa que deseos, aspiraciones é ideas, realizados.

Como todo libro, representa este una suma de deseos, de aspiraciones y de ideas.

Pero no las menosprecies por la insignificancia del que á tu atención las ha expuesto.

Si admiras las energías del vapor cuando las ves moviendo masas enormes y haciendo maravillas, no las desdeñes al presentársete en la gota de rocío que tiembla sobre la verde hoja y se desvanece á la claridad ardiente de los rayos del día.

***

Si los sueños que forja la fantasía en sus momentos de loco ambicionar pudieran tener realización, y me fuera concedido, por un instante, el prodigioso don de hacer

sentir el espíritu de los signos, al notar que el libro se acaba, que se acaba en esta última cuartilla, condensaría en ella todos esos deseos, todas esas aspiraciones y todas esas ideas, escribiendo sólo para terminar estas dos palabras:

—¡Buenas noches!

Y si has acogido bondadosamente estas hojas, si no has desdeñado ni menospreciado las gotas de rocío, que el amor, el dolor y el trabajo, han hecho resbalar por ellas, cuando juntes los párpados, entre los extraños y confusos ruidos que percibirás apagados por tu somnolencia, escucharás, clara y distinta, una voz amiga que te repite al oído:

—¡Buenas noches!

F. Degetau y González.

Madrid y Mayo 18 de 1894.

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
La Injuria	9
Corriente eléctrica	39
El Principio de autoridad	53
Los Hijos del bailarín y Silvia.—*Problema.*	69
Los Hijos del bailarín	71
Silvia	91
¡¡A ese!! ¡¡A ese!!	151
Del vagón á la celda	173
El Hada de las excursiones	183
El Sueño de las vírgenes	187
Palote y la montaña	193
Sueño de oro	203
El Almohadón de la Marquesa	215
¡Buenas noches!	231

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CUENTOS Y NOVELAS CORTAS

De venta en las principales librerías, á

	Ptas.
¡Qué Quijote! (agotada).....	»
El Secreto de la domadora y El Fondo del algibe.....	2

OTRAS OBRAS

La Redención de un Quinto: album de trabajos de varios autores (agotada).....	»
El Sistema Frœbel.—*El Primer juguete*....	1
» *El Segundo juguete*...	1
» *El Tercer juguete*....	1

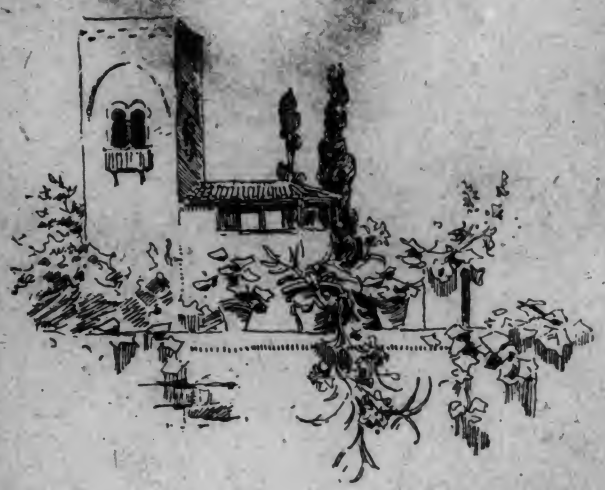
NOTA.

Los dos dibujos de la cubierta, en unión de un tercero, constituían un recuerdo de un pintor alemán á quien el autor de este libro conoció en Granada en Mayo de 1887. El filo cruel de una *guillotina*, al cortar en cuartillas una *mano* de papel, inutilizó uno sin dejar de él más que un pedazo, salvándose los otros, á los cuales la cuchilla quitó sólo la firma que los avaloraba.

Esos dos originales y una reproducción del tercero, inspiraron el cuento *¡¡A ese!! ¡¡A ese!!*, que forma parte del presente volumen.

Y van dibujos y nota en la cubierta, para que pueda así llegar el hecho más fácilmente á conocimiento del compañero de hospedaje, de cuyo nombre pudo una máquina privar al autor de esta obra, pero cuya cultísima sociedad le dejó un recuerdo inolvidable.

Tudescos, 39 y 41.
MADRID



COLUMBIA UNIVERSITY

86D36 I

Degetau

Cuentos para el viaje

27 MAY 4